



VILLENA. ARQUEOLOGÍA Y MUSEO
Ciclo Museos Municipales en el MARQ



MUSEO EUROPEO
DEL AÑO 2004

MARQ

VILLENA, ARQUEOLOGÍA Y MUSEO

MARQ, 20 Diciembre 2005 – 19 Febrero 2006

Fundación MARQ
Diputación de Alicante
Ilmo. Ayuntamiento de Villena

MARQ, Museo Arqueológico de Alicante
Museo Arqueológico "José María Soler" de Villena
Fundación Municipal José María Soler de Villena

Dirección del programa

Jorge A. Soler Díaz

Comisariado

Laura Hernández Alcaraz

Coordinación

Rafael Azuar Ruiz
Manuel H. Olcina Doménech

EXPOSICIÓN

Diseño

José Piqueras
Llorenç Pizá

Producción

Unidad de Difusión y Exposiciones:
Juan A. López Padilla
José L. Menéndez Fueyo
Teresa Ximénez de Embún Sánchez

Museo Arqueológico "Jose María Soler" de Villena:

Luz Pérez Amorós
José Menargues Giménez
Jesús García Guardiola
Cristina Rizo Antón

Restauración

Unidad de Colecciones y Excavaciones:
Sílvia Roca Alberola
Elena Santamarina Albertos
Antonio Chumillas Sáez
José Vicente Bonete Ruiz

Asistencia a la producción

Miguel Benito Iborra
Julio Ramón Sánchez
Consuelo Roca de Togores Muñiz
Vanessa Alguacil Varona
Juan Antonio Mira Rico

Textos

Luz Pérez Amorós

Traducción

David Azorín

Carpintería, soportes e iluminación

Sebastián López Valero
Arketypo

Impresión

Cartel Rotulación

Transporte y montaje de piezas

Viguer S.L.

Seguros

Helvetia Previsión

Audiovisual e interactivos

Gerencia de Imagen Institucional. Departamento de Imagen.
Diputación de Alicante

CATÁLOGO

Textos

Francisco Arenas Ferriz
Laura Hernández Alcaraz
Francisco Javier Jover Maestre
Juan Antonio López Padilla
José Menargues Giménez
Luz Pérez Amorós
Feliciano Sala Sellés

Fotografía

José Piqueras
Llorenç Pizá
Miguel Flor Amat
Archivo Gráfico MARQ
Archivo Museo Arqueológico "José María Soler" de Villena
Gerencia de Imagen Institucional. Archivo Gráfico. Diputación de Alicante
Archivo Fundación Municipal Jose María Soler de Villena

Diseño

Engloba Brandesign

Depósito Legal: A-1074-2005

I. S. B. N.: 84-609-8557-1

Imprime

Gráficas Díaz, S.L.

VILLENA. ARQUEOLOGÍA Y MUSEO

Ciclo Museos Municipales en el MARQ



M. I. AYUNTAMIENTO DE VILLENA



MARQ





José Joaquín Ripoll Serrano

Presidente de la Diputación de Alicante

4 / 5

Desde 1957, custodia el Museo Arqueológico José María Soler una magnífica colección de piezas, en su mayoría resultantes de la inmensa labor que realizó quien le da el nombre, a lo largo de su dilatada y fructífera trayectoria. Quienes acceden a su sede pueden disfrutar de la contemplación de cuencos de loza dorada hallados en la *Puerta de Almansa*, de cerámicas medievales de distinta índole procedentes de los castillos de *Salvatierra* y *La Atalaya*, de esculturas ibéricas como la *Dama de Caudete* y la cabeza de *Leona de Zarizejo*, o de la delicada *Arracada de la Condomina*, una de las mejores realizaciones orfebres de esa época, datada en el s.VI a.C.

El *Tesoro de Villena* y el denominado sólo a efectos comparativos con éste, *Tesorillo del Cabezo Redondo*, dan importancia internacional a una colección que en lo que atañe a la Prehistoria reúne una de las mejores series de la Península Ibérica. La Edad del Bronce del Alto Vinalopó es muy rica en contenidos y en la misma destaca el poblado del *Cabezo Redondo*, verdadera capital de la época, en cuya excavación José María Soler puso todos sus esfuerzos.

De sus excavaciones en las cuevas de enterramiento eneolíticas y de sus prospecciones en los yacimientos neolíticos al aire libre de la *Casa de Lara* y el *Arenal de la Virgen* resultan elementos de distinta naturaleza, sílex, hueso, concha o cerámica, imprescindibles para el conocimiento de los primitivos agricultores y su posterior evolución hacia la conformación de las sociedades más jerarquizadas del Bronce. Además, el Museo de Villena, contiene útiles en pedernal que testimonian la presencia de cazadores y recolectores del Epipaleolítico y Paleolítico, resultando los más antiguos aquellos que se relacionan con los neandertales.

Buena parte de ese magnífico conjunto llega ahora al MARQ en la exposición *Villena, Arqueología y Museo*, cuarta muestra del exitoso programa *Museos Municipales en el MARQ*, de la que resulta este catálogo. De modo paralelo, y para participar de una manera significativa en el centenario del nacimiento de Don José María, se realiza también en el Museo Arqueológico Provincial una segunda exposición centrada en el *Tesoro de Villena*.

Todo este esfuerzo resulta de la colaboración de dos instituciones con las que Soler guardó una estrecha relación, el Ayuntamiento de Villena y la Diputación de Alicante. Debemos felicitarnos por esta muestra, trazada de un modo ejemplar por los equipos del Museo Arqueológico José María Soler y del MARQ, que acerca a los ciudadanos de Alicante todos los tesoros de Villena.



Ilma. Sra. Dña. Vicenta Tortosa Urrea
Alcaldesa de Villena

La Diputación de Alicante y el Ayuntamiento de Villena son dos instituciones con una larga y sólida línea de colaboración que participan de una concepción abierta y responsable de los horizontes que perfilan nuestra historia. Les une, asimismo, la convicción de que las exposiciones temporales son uno de los más importantes vehículos de dinamización de los museos.

En esta ocasión, coincidiendo con el Centenario del nacimiento del ilustre arqueólogo nacido en Villena, José María Soler, fundador del museo arqueológico de su ciudad natal, han hecho una unión de objetivos, esfuerzos y equipos cuyo trabajo conjunto ha permitido presentar este proyecto común, una exposición que muestra las principales piezas del patrimonio arqueológico villenense, así como los yacimientos más relevantes de nuestro término municipal.

La muestra la componen 97 piezas rigurosamente seleccionadas entre nuestros fondos para hacerlas llegar al público de uno de los mejores museos de Europa. La finalidad es ofrecer una completa visión de la evolución histórica de Villena a través de sus restos arqueológicos, tan sólo un pequeño testimonio de la riqueza que el Museo Arqueológico José María Soler alberga; tal y como ha puesto de relieve la investigación especializada, en muchos casos son hallazgos arqueológicos imprescindibles para comprender el pasado del territorio que actualmente es nuestra provincia.

Con ella pretendemos mostrar también nuestras diferencias, papel que asume la institución museística villenense desde su fundación hace casi medio siglo. La evolución experimentada por el Museo desde su apertura queda reflejada entre los textos de las páginas siguientes, de cuya lectura se desprende cómo se ha convertido actualmente en un foco cultural de primer orden y motor de iniciativas vinculadas a la conservación y difusión de nuestro patrimonio histórico.

En nombre de los ciudadanos villenenses, mi agradecimiento a la Diputación de Alicante por hacernos partícipes del programa *Museos Municipales en el MARQ*, así como a los técnicos del Museo Arqueológico José María Soler de Villena y del MARQ por hacer realidad con su trabajo este interesante proyecto.

ÍNDICE	10	El Museo Arqueológico “Jose M ^a Soler” y la experiencia de la modernidad. Francisco Arenas Ferriz
	18	La ocupación humana de la cubeta de Villena: De los primeros grupos cazadores-recolectores a los orígenes del iberismo. Francisco Javier Jover Maestre Juan Antonio López Padilla
	42	La cultura ibérica en el Museo Arqueológico Municipal de Villena. Feliciano Sala Sellés
	66	Origen y desarrollo del Museo Arqueológico José María Soler. Laura Hernández Alcaraz
	100	Catálogo de piezas Luz Pérez Amorós Josep Menargues Giménez Laura Hernández Alcaraz
	129	Bibliografía

EL MUSEO ARQUEOLÓGICO "JOSE M^a SOLER" Y LA EXPERIENCIA DE LA MODERNIDAD



El penetrante ensayista norteamericano Marshall Bermann dio a la luz en 1982 su más conocida obra: "All that is solid meets into air: The Experience of Modernity", que pocos años más tarde apareció en España como **Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la Modernidad**¹. El título reproduce una frase del capítulo primero del Manifiesto Comunista de Carlos Marx con la que el filósofo y revolucionario alemán caracteriza concisamente al mundo moderno, a la nueva sociedad cuyo emblema es la incontenible destrucción de lo considerado hasta entonces fundamental y fundamentante. Lo que distingue la época burguesa de todas las demás es, precisamente, según Marx: *la revolución continuada de la producción, la conmoción ininterrumpida de todas las relaciones sociales y la eterna inseguridad y movilidad*. En ella *todo lo estamental y estable se evapora, todo lo sagrado es profanado*.²...

Nada es capaz de detener este atropellado proceso de cambios, determinado por la nueva estructura económica de la sociedad, que afecta a todos los órdenes de la vida: políticos, sociales o espirituales. Este proceso deifica lo nuevo, envilece lo viejo, destruye antiguos valores, crea otros inéditos y trueca veloz el presente en pasado con la vista fija en un futuro de caducidad anunciada. Por eso, para Bermann

...ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventura, poder, alegría, conocimiento, transformación de nosotros y del mundo, y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos (...). Ser modernos es formar parte de un Universo en el que, como dijo Marx: todo lo sólido se desvanece en el aire.

El flujo perpetuo, el imparable devenir, que el filósofo antiguo consideraba rasgo esencial del mundo natural, es ahora el más notable atributo del mundo humano. La experiencia frente a tal circunstancia es la experiencia del vértigo, pues vértigo es lo que se siente al inclinar la cabeza ante el abismo; es decir, ante el vacío. Como quien huye de un peligroso perseguidor, el hombre moderno avanza borrando el rastro: confiado en saber a dónde va, pierde todo interés en recordar de dónde viene. La sensación de desvalimiento y desnudez que ello causa queda rápidamente remediada por la arrebatada visión y adoración del futuro, nuevo dios en cuyos altares se inmolan tradiciones, costumbres, creencias y valores.

¹ Op. Cit., Madrid, 1988

² Op. Cit., edición a cargo de E. Hobsbawm. Barcelona, 1988



Jose M^o Soler y Mauro S. Hernández
en el yacimiento de Cabezo Redondo

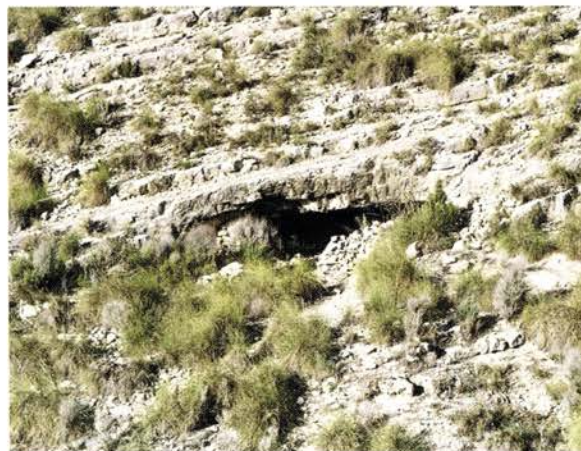
La inquietud que despierta la constatación personal de tales hechos es lo que Bermann llama la “experiencia de Modernidad”. Una experiencia en la que se mezclan sentimientos contradictorios: desasosiego y alegría, turbación y esperanza. Con el ayer que liquidamos, liquidamos también el yo que fuimos en ese ayer, eso asusta; más lo hacemos dominados por la confianza en construir un nuevo yo más apetecible, eso alegra. Ahora bien, dejar atrás el pasado no siempre ha significado lo que ahora significa: hacerlo desaparecer del mapa.

La meditación clásica sobre la brevedad de la vida pide serenidad ante el dolor que causa el alejamiento de un mundo al que los jóvenes inician su acercamiento, reanudando un proceso sobre el que el filósofo, anciano y nostálgico, reflexiona al concluir. Un mundo al que el anciano no podía volver, pero sí era accesible a las nuevas generaciones. No es de distanciamiento del pasado de lo que habla el hombre moderno, sino de total transformación, de mutación absoluta, de aniquilación del mismo. No es que ya no podamos saltar a píndola, jugar con la estornija, pescar ranas en las acequias... El problema es que ya no podemos siquiera sentir el agridulce veneno de la melancolía al observar cómo otros más jóvenes lo hacen, porque han desaparecido las ranas, el palo, la estornija y las quietas calles vacías en las que poder brincar sobre el lomo de un compañero de juegos. La vida ya no es hoy un trayecto entre dos posiciones

identificables desde el segmento final, como lo fuera en el pasado que aquellos filósofos glosaban, es un punto que se mueve entre el vacío de un pasado desaparecido y la conjetura de un futuro inexistente

No son escasos los testimonios de D. José María Soler en los que podemos encontrar la huella de esta personal experiencia de la Modernidad, decisiva para la confección de su itinerario vital. Experiencia que le ayudó a tomar clara conciencia tanto de este proceso de destrucción del pasado, como de la necesidad de actuar para impedirlo. Por fortuna para nosotros Soler transformó el dañino sentimiento de zozobra y angustia en un impulso positivo y creador. El Museo Arqueológico que lleva su nombre puede ser considerado desde esta perspectiva, como la consecuente respuesta personal de Soler al desafío de la Modernidad y de los más negativos efectos de ésta. Nos caben pocas dudas de que este “moderno” fenómeno de desaparición y desvanecimiento de todo aquello que antes parecía más firmemente anclado en el terreno de las cosas y las ideas intentó ser contrarrestado por el estudio, la recopilación de datos, el incremento de sus colecciones o las salidas al campo. Con estas labores ¿no pretendía D. José María rescatar del presente y para el futuro las frágiles huellas de un pasado que las poderosas mareas modernas amenazaban con borrar definitivamente de los archivos y los yacimientos, de los usos y las costumbres sociales? No es difícil imaginar la

Cueva del Cochino



rabia con que contempló, impotente, las inmisericordes voladuras de las viviendas ibéricas del Cabezo Redondo, que habían permanecido incólumes durante siglos, milenios incluso y que ahora, en poco tiempo, estaban siendo definitivamente borradas de la historia ante la indiferencia o ignorancia de los descendientes de aquellos remotos antepasados? Con estas palabras confiesa D. José María su desolación ante los bárbaros embates que sufría el yacimiento del Cabezo Redondo en la introducción a su obra "Excavaciones Arqueológicas en el Cabezo Redondo" (Alicante 1987):

*Con medios escasos, nos vimos obligados a remover varias veces las mismas tierras, ante la prohibición de los industriales de verter escombros **en las inmediatas canteras, que se iban ampliando implacablemente ante nuestros ojos.***

Pocos días después de su extracción, había volado ya toda aquella zona, como anteriormente desapareció también un largo tramo de un muro bien visible en sus hiladas superiores, y es de señalar, como hecho inusitado, la entrega que nos hicieron los propios canteros de un gran cuenco grisáceo, con cereales carbonizados.³

Y un poco antes

Nos guiaba el deseo de resaltar ante los ojos de los profanos,

*y muy especialmente de los propietarios del cerro, **la necesidad de conservar para la ciencia aquellos antiquísimos vestigios de pasadas civilizaciones,** pero hemos de confesar que nuestro fracaso fue absoluto, pues las sistemáticas destrucciones llevadas a cabo por los industriales del yeso continuaban implacablemente.*

La expropiación del Cabezo no acabó, sin embargo, con los problemas

*Con ello se culminaba un proceso iniciado veinte años antes, pero no se terminaban las malandanzas del Cabezo, que al quedar en posesión estatal, sin protección alguna, **fue sometido a la acción depredadora, cada vez más frecuente e intensa de los excavadores clandestinos...***

Los efectos destructivos de las cargas explosivas de los canteros no eran menores, por otra parte, que los de la avalancha de las nuevas modas y melodías traídas por el cine o la radio, con respecto a las coplas y danzas del folclore tradicional que D. José María rescató para la posteridad en su "Cancionero Popular Villenense".

Decíamos también que entre las fuerzas que se oponían a la conservación de las antiguas tradiciones estaba la acción unificadora de los cinematógrafos y los cada vez más numerosos aparatos de radio, así como la afición de la juventud a los bailes modernos. (Prefacio. Página 14. Alicante 1986)

³ Los resaltados son nuestros

Este mismo impulso y esta conciencia se halla presente en sus restantes áreas de investigación.:

Tal progresiva pérdida, la de nuestros entrañables y peculiares expresiones, hace todavía más valiosa esta obra que recoge y determina, para que, si algunas de ellas llegan a perderse, podamos al menos evocarlas de nuevo... (Alfredo Rojas. “Prólogo al Diccionario Villenero”. Alicante 1993)

Cabe, pues, la interpretación de que esta experiencia desasosegada y dramática de las fuerzas aniquiladoras de la Modernidad constituyese uno de los estímulos fundamentales que animaron su decidida tarea de estudio y acopio de materiales. La obra escrita (y, también, la no escrita de la que el Museo es el mayor exponente y la síntesis) puede entenderse desde esta perspectiva no sólo como una convencional investigación del pasado, animada por el deseo de conocerlo mejor y divulgarlo, sino también –y sobre todo– como la expresión de una voluntad que trata de dar pervivencia sólida a todo aquello que necesitamos conocer antes de que se desvanezca, fatalmente, en vaporoso e inasible estado. Una posición más madura y fecunda, sin duda, que la de quien no encuentra otra forma para enfrentarse a este hecho que la de una resignada pose nostálgica y melancólica.

La fuerte tensión a que nos sometió el hallazgo no logró empero hacernos olvidar que era aquella una de las contadísimas ocasiones en que un tesoro de tal naturaleza

iba a poder ser exhumado con toda suerte de garantías para su futuro estudio, y hubimos de hacer acopio de serenidad para templar nuestros nervios y los de nuestros colaboradores, cuya explicable vehemencia podía hacer peligrar los resultados que estábamos obligados a obtener de tan excepcional coyuntura.

(“El tesoro de Villena”, memoria redactada por D. J.M.Soler García. Excavaciones arqueológicas en España. N^o 36. Madrid 1965)

El Museo Arqueológico José María Soler (sucesivamente denominado Museo Municipal de Arqueología –acta municipal del tres de noviembre de 1957–, Museo Arqueológico de Villena –orden ministerial del dieciséis de febrero de 1967–, Museo Municipal Arqueológico José María Soler –resolución del 10 de diciembre de 1963 de la Consellería de Cultura– y, más popularmente, Museo de Villena o, incluso, Museo de Soler) no sólo es de Villena porque se encuentre en Villena. Es de Villena porque Villena se encuentra en él. Y Soler fue precoz, lúcidamente consciente de que si no se depositaban en él sus hallazgos ya no podrían ser encontrados en ningún otro lugar.

El Museo de Soler constituye la salvaguarda para el futuro de un enorme caudal de datos que sin la providencial entrega de D. José María Soler habrían desaparecido sin remedio. Preguntémonos, simplemente, si sería posible hoy, en el 2005, iniciar esa tarea con los resultados que





conocemos. No es necesario que nos detengamos mucho tiempo para contestar. Soler supo ir contra el espíritu de los tiempos justamente para salvar aquello que nos permitiría entenderlos, aunque para ello tuviese que desmarcarse de la lógica dominante que Fernando Pessoa caracteriza así:

El mundo es de quien no siente. La condición esencial para ser un hombre práctico es la ausencia de sensibilidad. La cualidad

principal en la práctica de la vida es aquella que conduce a la acción, es decir, la voluntad. Ahora bien, las dos cosas que estorban a la acción son la sensibilidad y el pensamiento analítico. ("Libro del desasosiego". Barcelona. 1985)

Felizmente Soler no fue "práctico" en el sentido descrito por Pessoa, aunque sí lo fue en otro sentido, más valioso y fecundo y, si se quiere, antimoderno. La sensibilidad y el pensamiento analítico no sólo no estorbaron a Soler

Entrada del Museo
Arqueológico
"Jose Mª Soler"



16 / 17

Cabezo Redondo.
Tinajas

en su "práctica" recuperación de vestigios y documentos, sino que constituyeron, precisamente, las coordenadas en las que se inscribió su trabajo intelectual. Para ello no dudó, en oponerse a aquellos "bárbaros" que con una mentalidad más "moderna" consideraban extravagantes y superfluas sus propuestas en torno a la necesaria creación de un digno lugar en que depositar sus continuos y trascendentales hallazgos:

se imponía, pues, la creación de un Museo Municipal (...), no sin la oposición de algún concejal que consideraba un derroche innecesario gastarse el dinero en comprar piedras.

Discurso pronunciado el 30 de noviembre de 1985 en el acto de su Investidura como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Alicante.

Villena, octubre de 2005

LA OCUPACIÓN HUMANA DE LA CUBETA DE VILLENA: DE LOS PRIMEROS GRUPOS CAZADORES-RECOLECTORES A LOS ORÍGENES DEL IBERISMO



Francisco Javier Jover Maestre
Juan Antonio López Padilla

A José María Soler García

Estamos aún muy lejos de poder realizar una propuesta debidamente contrastada sobre el desarrollo histórico en la cubeta de Villena. No a causa del objeto de análisis, ni tampoco por la escasez de base empírica, que la hay, sino más bien por la dificultad que entraña elaborar un conjunto de hipótesis que de forma adecuada den cuenta del proceso y de los factores que orientaron y determinaron los cambios sociales acontecidos en estas tierras. Por ello, a pesar de que en el presente texto vamos a proponer, desde un plano diacrónico, una nueva visión sobre el desarrollo histórico en la cubeta de Villena desde las primeras comunidades que habitaron en la zona hasta los orígenes de los pueblos iberos, somos conscientes de sus limitaciones en la explicación de numerosos aspectos. Con todo, creemos sinceramente que es una propuesta que puede contribuir a abrir nuevos caminos en la investigación prehistórica de la zona.

Antes de abordar esta tarea es fundamental, no obstante, tener presente cuál es la calidad de la información arqueológica disponible (Bate, 1998), tanto en el área geográfica de Villena como de la cuenca del río Vinalopó y áreas colindantes, ya que sólo en el registro arqueológico reside la posibilidad de validación o refutación de cualquier hipótesis relacionada con los cambios en la esfera de lo social.

En este sentido, las bases arqueológicas con las que contamos para la cubeta de Villena son numerosas y bien articuladas, al haberse realizado en la zona diversas prospecciones sistemáticas y excavaciones con objetivos científicos para momentos prehistóricos. Los trabajos de campo realizados por J. M. Soler en numerosos asentamientos de la comarca –más de una veintena– han sido pioneros en la arqueología valenciana, y los trabajos emprendidos por M. S. Hernández Pérez (2001) en Cabezo Redondo y también en la Peña de Sax (Hernández, 1997a), junto a los realizados por nosotros en Barranco Tuerto (Jover y López, 2005) y Terlinques (Jover y López, 1999; 2004) constituyen las bases para el análisis de la Edad del Bronce. Además, las excavaciones realizadas en yacimientos próximos como la Cova Sant Martí (Agost) (Torregrosa y López, 2004), la Torreta- El Monastil (Elda) (Jover *et alii*, 2003) y Tabaià (Aspe) (Hernández, 1990; Hernández y López, 1992), La Horna (Hernández, 1994a), La Foia de la Perera (Cerdà, 1994) y El Monastil (Poveda, 1988), vienen a reforzar los importantes trabajos desarrollados hasta la fecha en la comarca (Jover y Segura, 1995; Segura y Jover, 1997; Hernández, 2002; Fernández Peris, 1998; Fernández López de Pablo, 1999; Pérez Amorós, 1997).

Ahora bien, se han de señalar igualmente las limitaciones que ofrecen los estudios del Pleistoceno en esta zona, a pesar de que haya existido una larga trayectoria investigadora (Soler, 1956; Fortea, 1973; Villaverde, 1984) y recientemente se hayan realizado nuevas revisiones con una importante labor crítica (Casabó, 2004).

Pero en definitiva, una documentación lo suficientemente amplia en conjunto como para aproximarnos al devenir histórico en estas tierras.

La primera presencia humana en la cubeta de villena: los grupos cazadores-recolectores

A grandes rasgos, el corredor del Vinalopó es una línea de fractura que con dirección NO-SE corta las alineaciones béticas orientadas en dirección SO-NE, cuyas máximas elevaciones no superan los 1.200 m s.n.m. La presencia del río se debe precisamente a la configuración de esta línea de fractura estructurada a base de diferentes cubetas –Villena, Elda, Novelda– separadas por umbrales montañosos. Las escasas pendientes del fondo de la fosa por la que discurre el río, unido a las afloraciones del Keüper, han favorecido la demarcación de espacios endorreicos y de avenamiento irregular, especialmente en la de Villena, donde de forma fósil e incluso activa, podemos distinguir un buen número de ellas. Los humedales de Villena, por tanto, no están constituidos únicamente por la gran laguna que se extendía entre el paraje de los Cabezos y el sistema formado por el Cerro de la Virgen y el Castellar, sino que comprendía todo un conjunto de áreas encharcadas, comunicadas entre sí y escalonadas. Entre otros topónimos destaca La Lagunilla, El Balsón, Hondo de Carboneras, la Macolla, la Rajal, Prados del Lancero o las Huertas del Carrizal.

Por ello, frente a la imagen subdesértica del paisaje actual, resulta difícil imaginar la riqueza bio-ecológica que tuvo la cubeta de Villena hasta hace relativamente muy poco tiempo. La abundancia y variedad de recursos

biológicos y ecológicos de los espacios encharcados se halla definitivamente perdida en la actualidad. Sin embargo, de lo que no cabe la menor duda es de que su aprovechamiento por parte de comunidades humanas ha sido una constante a lo largo de la Historia, y que la presencia de humedales ha sido un condicionante importantísimo en la elección del lugar de hábitat, tanto para grupos con un modo de vida cazador-recolector, como para aquéllos eminentemente orientados a la producción agropecuaria.

En este sentido, poco podemos proponer sobre los grupos humanos de base cazadora-recolectora que habitaron en la cubeta de Villena y tierras próximas. Por el momento, tenemos constancia arqueológica de su presencia a través del estudio de algunos yacimientos realizado por J. M. Soler (1956; 1976) y del análisis pormenorizado de los materiales líticos recuperados (Fortea, 1973; Villaverde, 1984; Casabó, 2004).

La evidencia más antigua la constituye la ocupación de la Cueva del Cochino en Villena (Soler, 1956). La excavación realizada por J. M. Soler en los años 1950 permitió descubrir la ocupación de esta pequeña cavidad situada en la sierra del Morrón y en pleno corredor de Beneixama, por parte de un grupo humano poco numeroso de *Homo neanderthalensis* y con una antigüedad superior a los 35.000 años. La falta de datos paleoclimáticos y paleoecológicos impiden aproximarnos a las condiciones del paleoambiente



y a su economía. No obstante, al igual que ha sido planteado para otros yacimientos del Levante peninsular, parece muy probable que la ocupación de la Cueva del Cochino fuese esporádica, a lo sumo estacional, con el objeto de explotar los recursos que podría ofrecer la sierra así como aprovechar las facilidades en el seguimiento de las manadas a través del valle de Beneixama.

Aparentemente, la zona ya no parece ocuparse hasta varios milenios más tarde por parte de *Homo sapiens*. A pesar de que la ocupación de las tierras valencianas por parte de esta nueva especie humana venida de África se había producido varios milenios antes, las únicas evidencias arqueológicas que existen en Villena se localizan en la Cueva Grande de la Huesa Tacaña (Soler, 1976), cavidad situada en las estribaciones occidentales de la sierra de la Peña Rubia, evidenciando la presencia de humanos anatómicamente modernos en la cubeta de Villena en el Paleolítico Superior Final, sobre el 14000-12000 B.P. En este sentido, las industrias líticas recuperadas en las excavaciones efectuadas por J.M. Soler en la Cueva Grande de la Huesa Tacaña y que fueron estudiadas también por J. Fortea (1973), han sido revisadas recientemente por J. Casabó (2004: 313), descartando la posible existencia de un nivel Gravetiense y determinando que estamos ante una ocupación claramente Magdaleniense.

El hecho de que a partir de momentos avanzados del Magdaleniense y sobre todo, del Epipaleolítico microlaminar,

se constate un aumento del número de asentamientos de grupos predadores en todo el Levante peninsular es explicado por parte de algunos autores como consecuencia de un aumento demográfico y de un cambio en las estrategias de subsistencia (Casabó, 2004). La entrada en crisis del sistema de desplazamiento de grandes distancias en busca de recursos situados dentro de rutas preestablecidas es abandonado por una estrategia en la que los grupos se desplazan en territorios más limitados donde existen todos los recursos necesarios para su subsistencia. El desarrollo de esta nueva práctica se vio favorecida durante el estadio del Allèrod, al modificarse las condiciones medioambientales y desarrollarse ampliamente la biodiversidad faunística y vegetal, especialmente en los alrededores de las áreas lagunares.

Al Epipaleolítico microlaminar corresponden dos yacimientos situados en la cubeta de Villena: El Pinar de Tarruella y la Cueva del Lagrimal; mientras que al Epipaleolítico geométrico se pueden adscribir la Cueva Pequeña de la Huesa Tacaña, Casa de Lara y, probablemente, el Arenal de la Virgen.

El Pinar de Tarruella y el Arenal de la Virgen están situados a escasos metros de la zona suroccidental de la Laguna de Villena y a los pies del Cerro de la Virgen y de la sierra del Castellar. La Cueva del Lagrimal, en cambio, se ubica en lo alto de la sierra de Salinas y en un medio claramente montañoso, al igual que la Cueva Pequeña de la Huesa Tacaña, emplazada en las estribaciones occidentales de



la sierra de Peña Rubia. Por último, Casa de Lara es un yacimiento de llanura situado en los márgenes de El Balsón, una de las áreas endorreicas que jalonan toda la cubeta.

Teniendo en cuenta su localización, es evidente que existe una clara elección de los lugares de hábitat en función del mayor o menor acceso a los recursos. Los yacimientos de llanura se localizan en las proximidades de zonas endorreicas, lugares que se caracterizan por una amplia diversidad de recursos alimenticios –vegetales, faunísticos, etc.–, mientras que en los hábitat montaña se debe contar con recursos muy concentrados para poder subsistir, por lo que las ocupaciones serían más estacionales u ocasionales que en las zonas de llanura, donde ya parece existir una cierta continuidad, como se puede intuir en el caso del Pinar de Tarruella y Arenal de Virgen.

5000-3500 a.C.: La implantación de nuevos modos de vida

Como hemos visto con anterioridad, la ocupación del río Vinalopó por parte de las primeras comunidades de *Homo sapiens* tuvo lugar hace algo más de 20.000 años. No obstante, la estabilización definitiva de dicha ocupación humana del valle se tuvo que producir milenios más tarde, con la irrupción de comunidades campesinas, ya que por el momento los estudios indican con claridad que todas las especies domesticadas (trigo, cebada, cabra, oveja,

cerdo, etc) fueron introducidas en la Península Ibérica por grupos humanos procedentes de otros lugares de la cuenca mediterránea, siendo el denominado “modelo dual”, la explicación que en la actualidad da mayor contenido al registro arqueológico disponible.

Dicho modelo se ha ido enriqueciendo y perfeccionando, desde sus primeras formulaciones (Forkea, 1973; Forkea et alii, 1987; Bernabeu, Aura y Badal, 1993) a lo largo de más de veinticinco años. No obstante, no hemos de olvidar que se trata de la simplificación de una realidad que con total seguridad fue infinitamente mucho más compleja (Martí y Juan Cabanilles, 1997).

Hacia el 6000/5500 a.C. en el Levante peninsular se empieza a constatar la presencia de comunidades humanas con un modo de vida agropecuario, desconocido hasta el momento en estas tierras, que durante un período de tiempo algo impreciso convivieron con grupos indígenas con un modo de vida cazador-recolector. En efecto, durante los primeros momentos del desarrollo de esta fase –Neolítico en la secuencia regional (Bernabeu, 1989)– el substrato indígena, compuesto por comunidades con un utillaje que arqueológicamente ha venido definiendo el Epipaleolítico geométrico, se caracteriza por un modo de vida cazador-recolector y una economía predatoria. Testigos de sus formas económicas son el predominio de armaduras de sílex (Juan Cabanilles, 1992), que en ningún caso presentan lustre de cereal, la

Punta de flecha.

Casa de Lara

Vasija.

Arenal de la Virgen



ausencia de vestigios vegetales que indiquen la práctica de la agricultura y la inexistencia de una cabaña doméstica; a esta caracterización podríamos añadir la presencia de algún objeto relacionado con las comunidades agropecuarias –cerámica y piedra pulida (Martí y Juan Cabanilles, 1997)– pero su escaso número podría ser explicado gracias al intercambio. En el corredor de Villena, estas características se hacen reconocibles sobre todo en el yacimiento de Casa de Lara (Fernández, 1999).

Contemporáneo a este modo de vida, encontramos otro radicalmente distinto, el modo de vida agropecuario, propio de las comunidades campesinas que llegaron, al parecer, a las zonas levantinas en torno al 5800 a.C., ocupando buena parte del área montañosa de Alicante, siendo la Cova de la Sarsa en Bocairent (Asquerino, 1998) uno de los yacimientos más cercanos a Villena en los que se ha detectado su presencia. Este modo de vida agropecuario se caracteriza por la presencia de un utillaje agrícola desarrollado en el que las armaduras de hoz representan su rasgo más característico, acompañadas de un instrumental de piedra pulida relacionado con la práctica agrícola, complementado con los molinos y morteros destinados a la transformación de alimentos, formas cerámicas cerradas, un importante instrumental óseo –cucharas, espátulas, etc– y el desarrollo de una manifestación gráfica rupestre –el arte Macroesquemático (Hernández, 1995) y también el Esquemático (Torregrosa, 2002)– que ha sido

tradicionalmente vinculado con los cultos a la fertilidad propios de las comunidades productoras.

Sobre el 4800/4500 a.C. comienza a vislumbrarse cierta homogeneidad en el registro arqueológico, donde las diferencias visibles durante los primeros años de coexistencia de dos modos de vida y culturas diferentes empiezan a diluirse en lo relativo a la materialidad social. Es este el momento en el que se iniciaría, siguiendo a Guilabert, Jover y Fernández (1999), el surgimiento de un modo de vida agropecuario de base mixta, basado en el desarrollo de prácticas agrícolas y ganaderas, pero con una destacada relevancia de los modos de trabajo predadores basados en la caza y la recolección, patente en la disminución de las armaduras de hoz con lustre, el predominio de las armaduras geométricas, la progresiva aparición de formas cerámicas abiertas –indicando un cambio en la dieta alimenticia– acompañadas por la desaparición de las cucharas y tubos sobre hueso y, sobre todo, por el gran desarrollo del Arte rupestre Levantino, un arte figurativo con motivos propios de grupos agropecuarios en los que las actividades predadoras siguen jugando un papel destacado, y que se encuentra presente también sobre soporte mueble en yacimientos como la Cova de l'Or (Martí y Hernández, 1988). Este tipo de arte coexistirá con el Arte Esquemático, reforzando la idea de ese modo de vida donde se combinan las actividades productoras de alimentos y la predadoras.



Aunque la base empírica disponible en la actualidad es escasa y fragmentaria, su lectura deja entrever dos formas distintas en las que se pudo desarrollar el proceso de neolitización en esta cuenca. Por un lado, encontramos los yacimientos ligados a las áreas endorreicas del corredor de Villena y más cercanas al núcleo principal de comunidades agropecuarias, en los que el contacto de los grupos de cazadores-recolectores con los grupos agricultores se realizaría sobre una base industrial tardenoide como es el caso del yacimiento de Casa de Lara (Fernández, 1999) y posiblemente también de Arenal de la Virgen (Forte, 1973).

Por otra parte, se sitúan aquellos yacimientos que carecen de indicios de ocupaciones del substrato geométrico anterior y que, por lo tanto, debieron crearse *ex novo*. Es el caso de los yacimientos situados al sur de la cubeta de Villena y ubicados a lo largo del corredor del Vinalopó: el Chorrillo-Chopo y l'Almorxó en Petrer (Segura y Jover, 1997), Ledua en Novelda (Hernández y Alberola, 1988), la Cova de Sant Martí en Agost (López Seguí, 1996), la Cova dels Calderons (La Romana), la Alcudia en Elche (Ramos Molina, 1989) y la Cova de les Aranyes del Carabassí en Santa Pola (Ramos Folqués, 1989). La lectura de los materiales cerámicos de estos yacimientos, con decoraciones con relieves, inciso-impresas y peinadas y de instrumentos pulidos con filo, les colocaría a partir de momentos avanzados del neolítico antiguo o neolítico medio de la secuencia tradicional.

De este modo, el panorama general que parece dibujarse en el Vinalopó sería el de la presencia de grupos de base cazadora-recolectora –substrato geométrico tardenoide– en su curso alto –más concretamente en la cubeta de Villena– sobre los que incidió la expansión de grupos productores cardiales. En un momento cronológicamente posterior, en torno al 5000/4700 a.C. –Neolítico IA2-IB de la secuencia regional propuesta por J. Bernabeu– se desarrollaría la colonización efectiva de la cuenca en dirección a su desembocadura, con asentamientos al aire libre muy distantes entre sí, situados en las zonas de mayor rendimiento para la producción agraria. Finalmente, y al igual que ocurrió en muchos otros lugares de la Península Ibérica hacia esos mismos momentos, a partir del 4700/4500 a.C. se culminaría este proceso con la colonización de las tierras de óptimo agrícola cercanas siempre a cursos de agua, que hasta entonces no habían sido aún ocupadas.

Esta situación encaja bastante bien con la idea de una progresiva expansión por parte de comunidades familiares extensas que ocupan preferentemente las áreas más adecuadas para el desarrollo de la agricultura, principalmente en el entorno de zonas encharcadas o zonas de agua (Molina Hernández, 2001), reproduciendo el mismo patrón observado en otros yacimientos al aire libre en la cuenca del Serpis (Bernabeu *et alii*, 1989).

Carecemos de evidencias constructivas claras relacionadas con estos yacimientos. Los trabajos y recogidas superficiales



Arqueólogos en
Casa de Lara,
1975

efectuadas en Casa de Lara únicamente depararon restos de improntas y pellas de barro correspondientes a fragmentos de paredes y techumbres de viviendas (Soler García, 1961), cuya cronología no se puede fijar con exactitud al proceder de un registro de superficie, mientras que en la única excavación sistemática practicada hasta ahora, llevada a cabo en la partida de Lédua, en Novelda (Hernández y Alberola, 1988) sólo se halló una pequeña capa de piedras asociada a unos escasos fragmentos de cerámica. En definitiva, las alteraciones post-deposicionales han afectado de manera importante a unos yacimientos cuyo conocimiento, en la mayoría de los casos, se debe al estudio de materiales procedentes de superficie.

Otro de los aspectos importantes en los que actualmente empezamos a profundizar es el referente a sus prácticas funerarias, cuya documentación –aunque no en la zona de Villena– ya no se reduce a las evidencias parciales de la Cova de la Serreta la Vella en Monóvar (Segura y Jover, 1997), en la que se hallaron restos de diversos cadáveres inhumados junto a un ajuar compuesto por materiales cerámicos que denotan cierta antigüedad –como varios fragmentos cerámicos en los que se combinan decoraciones impresas con incisas y acanaladas– sino que, por primera vez, y a partir de las evidencias documentadas en la Cova de Sant Martí en Agost (Torregrosa y López, 2004) y la Cueva de los Tiestos (Jumilla) (Molina Burguera, 2004), podemos

inferir que aquellas primeras comunidades neolíticas ya inhumaban a sus difuntos –adultos y niños– en cuevas y de forma colectiva.

3500-2500 a.C.: La consolidación de las primeras comunidades campesinas

El Neolítico II, fase que se desarrolla entre el 3500 y 2600 a.C. (Bernabeu, 1995), resulta bastante bien conocida gracias a los trabajos realizados en yacimientos como Jovades, Niuet y Cendres (Bernabeu et alii, 1993), que complementan para el Vinalopó las excavaciones en yacimientos como La Torreta-El Monastil (Elda) (Jover et alii, 2002) y algunos trabajos de síntesis (Guilabert, Jover y Fernández, 1999; Soler y López, 2001).

Dado que el registro arqueológico disponible para la cubeta de Villena procede casi exclusivamente de la excavación de algunas cuevas de enterramiento y de las recogidas superficiales y los sondeos practicados por J. M. Soler (1981) en yacimientos como La Macolla, se hace necesario acudir a los datos obtenidos en estos yacimientos excavados recientemente en la cuenca del Vinalopó, como la Torreta-El Monastil o la Playa del Carabassi.

En primer lugar, comparando la información disponible con los momentos anteriores, constatamos un aumento considerable de asentamientos al aire libre y también



del número de cuevas empleadas como lugar de enterramiento. La cifra se cuadriplica, pasando de 6 a 26 enclaves de hábitat y de 2 a 20 cuevas. Todas las cubetas geográficas del valle están ocupadas en estos momentos, y los núcleos de hábitat se ubican en el fondo de las mismas, próximos a las zonas endorreicas que dominarían el paisaje de la cubeta de Villena así como al discurrir del río Vinalopó, emplazándose en las mejores tierras cuaternarias.

Mientras en el corredor de Villena se observa una clara continuidad en el emplazamiento de los asentamientos –Casa de Lara, Arenal de la Virgen, etc– junto a otros de nueva creación como La Macolla (Soler García, 1981; Guitart, 1989), y siempre en los bordes de las zonas lagunares, es en la cabecera y desembocadura del Vinalopó donde parece determinarse una ocupación humana más intensa, cuestión que podemos relacionar con el hecho de que son los lugares de toda la cuenca del Vinalopó donde existen las mejores tierras para uso agrícola.

Por otro lado, también asistimos ahora a la multiplicación de evidencias constructivas en los asentamientos al aire libre, destacando la documentación de fosas, silos (Hernández, 1982), posibles fondos de cabañas (Ramos, 1989) y segmentos de foso. Toda esta serie de construcciones han sido documentadas por primera

vez de forma conjunta en las excavaciones efectuadas en el yacimiento de La Torreta-El Monastil (Jover et alii, 2002), excavadas todas en el substrato pleistocénico y levantadas con materiales muy endebles, hechas con barro y materiales fácilmente deleznable y con la necesidad de un mantenimiento constante. Ello permite plantear que la ocupación de los asentamientos no era estable y probablemente discontinua.

En otro orden de cosas, a tenor de las evidencias de cultura material registradas, se podría inferir que en esta fase se produjo un abandono prácticamente definitivo de las cuevas como lugares de hábitat, y un uso casi exclusivo de las mismas como lugar de enterramiento. Esta es, de hecho, una de las características señaladas para estos momentos en todo el Levante peninsular, y siempre con un ritual de carácter múltiple (Soler Díaz, 1990, Bernabeu, 1995). Este aspecto se constituye como una práctica social generalizada donde los ajueres funerarios alcanzan un alto grado de normalización. Frente a las escasas evidencias de prácticas funerarias en la fase anterior, se han registrado más de 20 cuevas de enterramiento en la cabecera del Vinalopó, corredor de Villena, Valle de Novelda y Elda (Hernández, 1982; López y Ortega, 1991; Segura y Jover, 1997; Soler Díaz, 2002). Todas ellas se ubican en las proximidades de asentamientos al aire libre,

Puñal y puntas
de flecha.
Peñón de la Zorra
(cueva oriental)



por lo que resulta viable realizar una asociación entre lugares de hábitat y sus contextos funerarios, como sería el caso, por ejemplo, de Casa de Lara y la Cueva de las Lechuzas (Soler García, 1981).

En Villena destaca el conjunto de cuevas de inhumación colectiva localizadas en el Cabezo de las Cuevas: Cueva de las Delicias, Cueva del Alto nº 1, Cueva del Alto nº 2, y Cueva de las Lechuzas (Soler García, 1981), así como también, posiblemente, la Cueva del Molinico (Soler García, 1986), situada en un cerro próximo. Los ajuares que acompañaban a los inhumados consisten básicamente en puntas de flecha, hachas y azuelas, adornos y algunos vasos cerámicos.

En definitiva, el conjunto de las proposiciones observables nos permiten plantear que a partir del 3500 a.C. se inició un proceso de consolidación y expansión demográfica de pequeñas comunidades campesinas que conllevó la ocupación plena de los fondos cuaternarios próximos al curso del río Vinalopó, proceso generalizado en otras cuencas del marco peninsular.

Es muy probable que estas evidencias de densa ocupación de los fondos del valle, se corresponda con la presencia de diferentes comunidades familiares extensas, que estarían implantadas en cada una de las cubetas geográficas. Estos grupos basarían su subsistencia en el cultivo de diversas

especies vegetales como el trigo, cebada y legumbres, cría de una pequeña cabaña ganadera constituida básicamente de vacas, cerdos, cabras y ovejas, jugando todavía un destacado papel la recolección y la caza. En estas unidades familiares, dado el limitado desarrollo tecnológico de sus instrumentos y medios de trabajo, cualquier crecimiento demográfico acusado obligaría a una segmentación del mismo, trasladando su lugar de residencia a lo largo de las riberas del río una vez que las tierras puestas en explotación del entorno inmediato a donde estaban asentados, se agotaran. La disponibilidad de terreno con condiciones favorables para el cultivo facilitaría el traslado del grupo y la puesta en explotación de nuevos territorios dentro de la misma cubeta geográfica donde estaban implantados.

2500-2100 a.C.: Las primeras actividades metalúrgicas

A partir del 2500 a.C. se constata en todo el ámbito regional una serie de transformaciones en el registro arqueológico que debemos poner en relación con cambios en las estrategias económicas y en la relaciones de producción de aquellos grupos.

En efecto, en el denominado "Horizonte Campaniforme de Transición" –2500-2100 a.C.– y en contraposición al



Peñón de la
Zorra

amplio número de enclaves registrados en la fase anterior, se constata en Villena y en todo el valle del Vinalopó una considerable reducción del número de asentamientos, ahora en general de pequeño tamaño, que muestran un patrón de distribución agrupado respecto de cada una de las cubetas geográficas. Los encontramos ocupando tanto enclaves en el llano cercanos al río o a zonas endorreicas –Casa de Lara en Villena– como sobre algunas crestas de estratégica situación dispuestas en los umbrales montañosos existentes a lo largo del corredor –Peñón de la Zorra y Puntal de los Carniceros en Villena, El Monastil o El Canalón en Elda– que constituyen los primeros asentamientos en altura conocidos en el valle (Hernández, 1994b). Al mismo tiempo, diversos asentamientos como La Macolla o La Torreña-El Monastil, de gran importancia en la etapa anterior, fueron totalmente abandonados.

Algunos de los enclaves en altura se hallan protegidos además por muros de considerables dimensiones que evidencian la necesidad de proteger sus bienes subsistenciales (Jover y López, 2004). Este es el caso del Peñón de la Zorra y del Puntal de los Carniceros (Jover, López y López, 1995). Las evidencias de su ocupación son conocidas gracias a los sondeos practicados por J. M. Soler (1981) y se reducen a algunos fragmentos cerámicos con decoración incisa y pseudoexcisa de estilo campaniforme, diversos vasos sin decorar, algunos dientes de hoz y alguna punta de flecha.

Al mismo tiempo, no podemos olvidar algunas evidencias funerarias con ajuares plenamente campaniformes, como son los documentados en las cuevas oriental y occidental del Peñón de la Zorra y de la Cueva del Puntal de los Carniceros (Soler García, 1981), en las que, manteniéndose claramente el ritual de enterramiento colectivo, se registran algunos ajuares manifiestamente singulares, como el hallado en la Cueva Oriental del Peñón de la Zorra (Jover y De Miguel, 2002), integrado por dos puntas de Palmela, un puñal de lengüeta y un arete de plata que probablemente constituían el ajuar de un solo individuo.

La aparición de los núcleos de hábitat *ex-novo* en altura aludidos, distribuidos a lo largo de la cuenca del Vinalopó, responde a toda una serie de transformaciones que desde finales de la fase anterior pueden observarse en el registro arqueológico del ámbito regional y que consideramos relacionados con un proceso expansivo de intensificación económica iniciado en el Sureste y que permitió la definitiva consolidación del modo de vida campesino de base cerealista, basado en la mejora de los medios de trabajo (Jover, 1999; Jover y López, 2004) y vinculado con un aumento demográfico en las agrupaciones de asentamientos existentes en cada una de las cubetas que integran el corredor del Vinalopó, en función de los mecanismos de reproducción social que actúan en el seno de los grupos de economía doméstica (Meillasoux, 1981).

Al mismo tiempo, la conformación hacia el 2300 a.C. de la sociedad argárica (Lull, 1983) al sur de la línea que conforman la sierras de Crevillente-Negra-Tabayá (Jover y López, 1995; 1997b) hubo de repercutir necesariamente en la dinámica interna de los grupos ubicados al norte de la misma, especialmente en el valle del Vinalopó, con consecuencias no sólo en cuanto a la propia articulación del territorio, sino también en relación al acceso a los recursos metalúrgicos y otras materias como el marfil.

Ante la necesidad de intensificar una producción agropecuaria y desarrollar las fuerzas productivas, los grupos de la cuenca del Vinalopó se vieron abocados a superar esta situación que conducía, por una parte, hacia la concentración poblacional –es decir, hacia la agrupación de la fuerza de trabajo y de los medios de producción– y por otra, hacia un nuevo nivel de jerarquización interno capaz de superar los instrumentos políticos desarrollados a través de las relaciones de parentesco que caracterizan a las sociedades de tipo segmentarias (Jover y López, 2004).

Como expresión de la resistencia del grupo ante cualquier amenaza que supusiera la particularización de la propiedad comunal de los medios de producción y, por tanto, la consolidación de potenciales disimetrías entre los distintos linajes o familias, la superación de estas dos contradicciones se dio, muy contrariamente a la

concentración poblacional, mediante la división del grupo, lo que condujo al desarrollo de un patrón de asentamiento característico de las fases arqueológicas iniciales de la Edad del Bronce. A lo largo de este proceso, muchos de los asentamientos campaniformes se abandonaron, como es el caso de Les Moreres en Crevillente o del Peñón de la Zorra y Puntal de los Carniceros en Villena.

2150-1100 a.C.: Los inicios de la edad del bronce

Como ya hemos indicado, aproximadamente a partir del 2150 a.C. se aprecia una profunda transformación observable tanto en el patrón de asentamiento como en la fenomenología material. Y se trata de un proceso desarrollado a una gran escala territorial, en el que parecen estar involucrados buena parte del Levante peninsular y la parte meridional de la Península Ibérica.

Las excavaciones efectuadas en Terlinques (Villena) (Jover y López, 1999; Jover et alii, 2001) y Barranco Tuerto (Jover y López, 2005) y las dataciones aportadas por otros yacimientos (Jover, 1999), evidencian que en torno al tránsito del III al II milenio a.C. se produciría la fundación de toda una serie de enclaves estables, ocupando principalmente cerros y estribaciones montañosas distribuidas a lo largo del Vinalopó, que constituirían los núcleos a partir de los cuales se estructuraría el poblamiento. Terlinques fue uno

Cuenca
campaniforme
del Puntal de
los Carniceros



de ellos y consideramos que también lo fueron otros asentamientos de similar tamaño, como el Cabezo de la Escoba, Cabezo de Valera I, Cabezo del Molinico o el Cabezo de las Torbas, aunque en su caso no dispongamos ni de excavaciones ni de dataciones absolutas.

Estos núcleos de asentamiento, muy cercanos en su aspecto a lo que actualmente podemos entender como *caseríos*, estarían integrados por viviendas de gran tamaño, en donde se realizarían todo tipo de actividades productivas como expresión de una comunidad autosuficiente que almacena, procesa y consume la producción generada por su trabajo en el campo y el pastoreo de ganado y que, a través del intercambio o por medio de relaciones de reciprocidad diferida obtendrían metal y algunos otros materiales foráneos (Jover y López, 2003).

De este modo tomaría cuerpo el patrón de distribución uniforme de los asentamientos, vinculado a la consecución de una garantía de mantenimiento y funcionamiento de la comunidad bajo relaciones sociales esencialmente de carácter igualitario, impidiendo la concentración de los medios de producción—la tierra especialmente—y buscando la plena autosuficiencia de cada unidad familiar, pero cubriendo además otros dos objetivos: la consolidación territorial y un mayor grado de cohesión grupal.

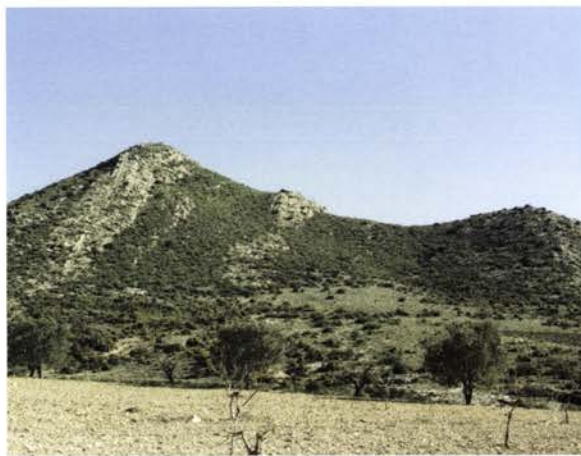
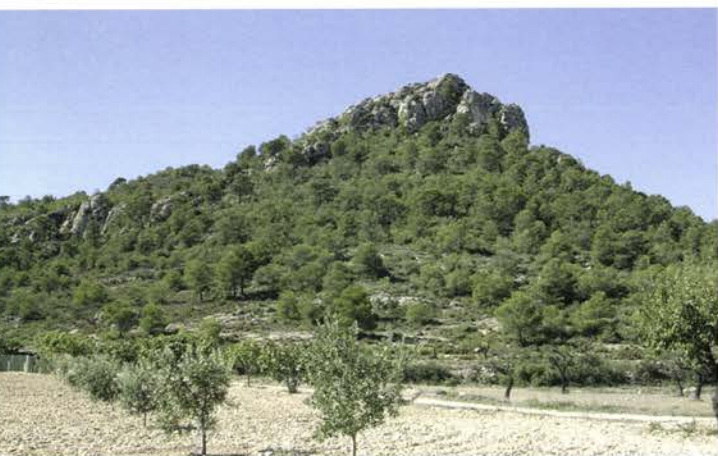
Hacia 1900-1800 a.C. se empiezan a observar algunos cambios en el registro arqueológico de yacimientos como

Terlinques y Barranco Tuerto, que permiten plantear a su vez una cierta transformación en la organización socioeconómica y en la gestión territorial.

Probablemente, el modelo de fisión de la comunidad y de fundación de nuevos enclaves pudo reproducirse hasta el momento en que todas las tierras de óptimo agrícola de las distintas cubetas estuvieron ocupadas. No hemos de olvidar que en el término municipal de Villena el número de asentamientos supera los 25 y para el Alto Vinalopó cerca de 70. A partir de entonces los distintos núcleos se vieron abocados, o bien a plantear un conflicto con las demás familias asentadas en el territorio y con las que ocupaban las cuencas vecinas por el dominio de sus tierras de cultivo óptimo; o bien a asumir y sostener, internamente, cada una en sus propios territorios de producción, el incremento poblacional.

El desarrollo de las fuerzas productivas que se empezó a generar en aquellos grupos es observable a partir de diversos indicadores:

a) con la creación de nuevos asentamientos que, segregándose desde las unidades principales, constituirían grupos familiares más pequeños, pero dentro del territorio de producción propio de cada unidad de asentamiento nuclear. En lo que respecta a estas tierras, se constata una plena ocupación de la cubeta de Villena y del curso del río Vinalopó. Es muy probable



que los yacimientos como Polovar, Cabezos de Valera 2, Cabezos de Penalva 1 y 2, Cabezo del Cantalar o el Peñón de los Mosquitos fuesen creados dentro de este proceso. Atendiendo al tamaño de los yacimientos señalados, inferiores a 500 m², estamos ante núcleos unifamiliares asentados en las proximidades de las zonas lagunares, en cuyos bordes cultivarían cereales y criarían un pequeño rebaño de cabras/ovejas, cerdos y vacas.

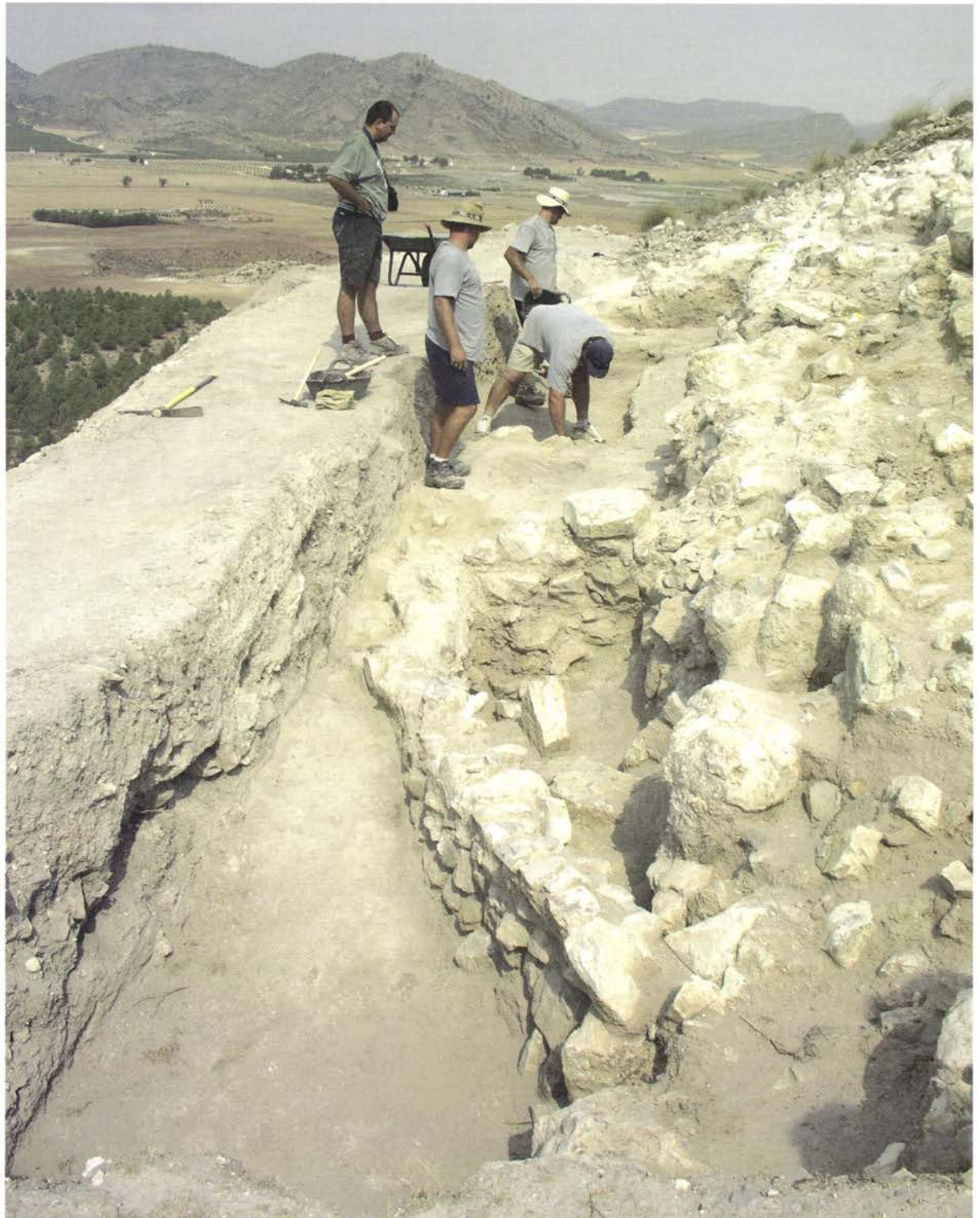
- b)** La intensificación sobre los recursos y el posible desequilibrio económico que se tuvo que producir ante el aumento de la presión demográfica, supuso necesariamente un serio riesgo de entrada en conflicto entre núcleos, lo cual estimuló el control más estricto de los territorios de producción. En relación con ello ha de ponerse la creación de enclaves con una clara función logística para el control del territorio frente a otros grupos, e incluso tal vez también a nivel intragrupal, tales como Barranco Tuerto (Jover y López, 2005) o el Peñón de la Moneda, desde donde se controla visualmente, no sólo la cubeta de Villena, sino buena parte del corredor del Vinalopó.

Pero también es posible advertir modificaciones en la propia estructuración interna de los asentamientos, perceptibles en el cambio del tamaño de las unidades habitacionales y en las fórmulas de gestión de las áreas de actividad, como ya se ha evidenciado en la zona de Villena (Jover y López, 2004).

Esta serie de grupos de carácter familiar seguirían enterrando a sus difuntos en cuevas o grietas cercanas a sus lugares de hábitat. Es el caso del Cabezo de la Escoba, donde J. M. Soler (1969) pudo documentar la inhumación de tres individuos adultos, uno de los cuales tenía un pendiente de plata con un adorno de oro.

Finalmente, a todo ello se añade además el hecho de que, establecidos a pocos kilómetros de la frontera argárica, estos grupos se hallaban integrados inevitablemente en una dinámica centro-periferia respecto del grupo argárico cuyo incremento en su intensidad se expresa, por ejemplo, en la presencia de algunas joyas de oro y plata de clara filiación argárica en necrópolis como la del Cabezo de la Escoba (Soler García, 1969) o Cabezo Redondo (Soler García, 1987), cuyas primeras evidencias de ocupación podrían remontarse, precisamente, a este momento en función de las fechas de Carbono 14 obtenidas a través de una muestra de carbón extraída de un poste del Departamento VII –c. 1870 a.C.– (Soler García, 1987).

Hacia el 1550 a.C. este panorama presenta una radical transformación. Esta organización, que partía de unas relaciones, al menos en apariencia, de carácter igualitario, no pudo reproducirse sin cambiar sus relaciones sociales de producción, superando de este modo las relaciones de explotación intergrupales establecidas con el ámbito argárico. El desarrollo de las fuerzas productivas constatado llevó, o bien a la



Excavaciones
en Terlinques,
agosto 2005



integración de estas comunidades en el ámbito de El Argar, o bien a la constitución de una nueva entidad social, aprovechando un momento de crisis de los principales núcleos argáricos (Lull y Risch, 1995). Todo ello imbricado en un proceso generalizable al menos a todo el Sureste y que claramente se gestó y desarrolló a una escala macrorregional.

La documentación arqueológica generada en los últimos años, nos evidencia que estamos ya en la constitución de una sociedad clasista en la cuenca del Vinalopó.

El abandono de gran cantidad de asentamientos y la concentración de la población en un número reducido de núcleos –algunos de ellos al parecer de nueva creación– generó un cambio sustancial en el modelo de explotación del territorio. En el valle del Vinalopó este proceso de nuclearización poblacional alcanza su mayor expresión, conformándose un asentamiento de gran tamaño en la cubeta de Villena –Cabezo Redondo– que sobrepasa las 2 Ha. de extensión superficial y desapareciendo prácticamente la totalidad del resto de los asentamientos, al tiempo que se crean algunos nuevos como La Peña de Sax, El Monastil, Portixol o la Esparraguera que no superarían los 1.500-3.000 m². Estos asentamientos de menor rango parecen seguir siendo plenamente autosuficientes en la esfera productiva, pues en casi todos se constata producción metalúrgica, textil y agropastoril.

Punta de lanza.
Cabezo Redondo

Pendiente.
Cabezo Escoba

Cabezo Redondo.
Vista aérea



En este nuevo patrón de asentamiento, interesa ahora el control no sólo de tierras de buen rendimiento agrícola, sino sobre todo de los corredores y de los pasos existentes entre ellos, estableciéndose así una ocupación ordenada del territorio en la que ahora los asentamientos aparecen separados por distancias de entre 11 y 15 km. Paralelamente, el registro evidencia la llegada de un mayor número y variedad de productos alóctonos —cobre, estaño, oro, cuentas de pasta vítrea, marfil, ámbar— de lo que se deduce una notoria ampliación de los circuitos de intercambio a escala macrorregional.

Así mismo, se advierte un mayor grado de especialización laboral de carácter artesanal. Específicamente nos estamos refiriendo a la actividad metalúrgica, con un importante desarrollo de la orfebrería del oro y de aleaciones; y a la alfarera, distinguiéndose ya, con total claridad, la aparición de diversos tipos de producciones con varios grados de elaboración.

Otro cambio fundamental se produce en este momento respecto a las prácticas funerarias, apareciendo las primeras evidencias claras de inhumaciones individuales en el interior de las áreas de habitación de Cabezo Redondo. Aunque la práctica del enterramiento múltiple en covacha no se abandona, se constata la presencia de cistas de mampostería y fosas de inhumación en el interior de las unidades habitacionales, así como enterramientos infantiles en urnas.

El registro arqueológico, en suma, hace evidente a nuestro entender la existencia de un acceso restringido a determinados recursos y productos por parte de un grupo social dominante que reside en Cabezo Redondo, enclave que parece mostrar una capacidad de centralización incluso superior a la de los grandes núcleos argáricos precedentes, como pone de manifiesto la notoria concentración —incluso por primera vez atesoramiento— de gran cantidad de adornos de oro documentada en este yacimiento (Soler García, 1987; Hernández, 1997b) y que lo singularizan extraordinariamente frente a otros asentamientos contemporáneos excavados, como Tabayá en Aspe (Hernández y López, 1992), Illeta dels Banyets (El Campello) (Simón, 1997), Peña de Sax (Hernández, 1997b), o El Monastil (Poveda, 1988) en donde no hay evidencias de oro, ni de los otros productos de alto valor social existentes en el yacimiento villenense.

Cabezo Redondo parece convertirse así en un centro redistribuidor asimétrico, donde un grupo dominante pasó a apropiarse del excedente de un buen número de comunidades campesinas ampliamente repartidas por el territorio. Desde el mismo se controlaría, no sólo la circulación de una amplia variedad de productos, circulantes entre el Sureste y las zonas más septentrionales —la Meseta, Norte peninsular y Levante— sino también una amplia red de caminos, estrechamente relacionada con estos circuitos de intercambio, custodiada por una

Excavaciones en
Cabezo Redondo,
julio 2000



serie de enclaves distribuidos estratégicamente sobre el territorio. A lo que cabe añadir la importancia que, no por casualidad, parecen cobrar en estos momentos enclaves costeros como la Illeta dels Banyets o Cap Prim, que evidencian la intensificación de la circulación de productos en el Mediterráneo más occidental, alentada por la expansión de la esfera comercial micénica que implica ahora estrechos contactos con la Península Itálica y el Mediterráneo central.

I 100-700 a.C.: Hacia la formación de los grupos iberos

Sin embargo, hacia el 1200-1100 a.C. parece producirse el colapso de Cabezo Redondo. Aunque estamos aún lejos de poder explicar las causas que llevaron a su abandono, es evidente que no se trató de un mero reajuste en la organización territorial comarcal, sino que los cambios en el patrón de asentamiento involucrados en esta proceso afectaron a todo el Sureste peninsular. Factores como la intensificación de las rutas comerciales por vía marítima, el establecimiento de factorías semitas en el Mediterráneo occidental, el inicio de la configuración de Tartesos como entidad política de primer orden en el Suroeste de la Península Ibérica, o la expansión de las poblaciones de Campos de Urnas desde la Europa continental, debieron incidir considerablemente.

Todos los yacimientos del llamado "Bronce Tardío" de la cuenca del Vinalopó fueron abandonados con la excepción de Tabayá en Aspe, que parece mantenerse durante la primera fase del Bronce Final (Hernández y López, 1992). Es significativo que después de muchos años de prospecciones arqueológicas, los únicos yacimientos adscribibles al Bronce Final Pleno se localicen exclusivamente en el tramo final del curso del río Vinalopó, bien en las estribaciones meridionales de la Sierra del Tabayá –Tabayá (Navarro, 1982; Hernández y López, 1992), Caramoro II (González y Ruiz, 1992)– bien en las llanuras litorales –La Alcudía– bien en el piedemonte de la Sierra de Crevillente –La Fonteta del Sarso (Simón, 1998), El Bosch (Trelis, 1997) o Penya Negra (González, 1983)– evidenciándose una clara articulación del poblamiento hacia las zonas litorales.

Un cambio tan evidente en el patrón de asentamiento sólo puede explicarse, a nuestro juicio, considerando que el intercambio por vía terrestre desde el Sureste hacia La Meseta o el Levante, utilizando el Corredor del Vinalopó, pasó a ocupar un segundo plano frente a la circulación por vía marítima. De este modo Cabezo Redondo, que había funcionado como un centro redistribuidor de productos y materias primas de primer orden, perdió su situación de privilegio frente a las zonas costeras. Es posible que en los siglos de tránsito entre el II y el I milenio a.C. buena parte de las tierras del Alto Vinalopó estuviesen



prácticamente deshabitadas, y especialmente la cubeta de Villena. Habrá que esperar a los siglos VIII-VII a.C. para observar el surgimiento de nuevos asentamientos (Martí y Mata, 1992; Poveda, 1994, Grau, 2002).

Quizás, además de la cuenca del Serpis (Grau, 2002) el territorio mejor estudiado sea la Vega Baja del Segura y el Camp d'Elx (Grau y Moratalla, 2001), espacio geográfico en el que se localiza, sin lugar a dudas, el yacimiento más importante del ámbito regional para estos momentos, tanto por su tamaño como por las áreas de actividad en él localizadas. Nos estamos refiriendo a Peña Negra (González Prats, 1983), en cuyo entorno se han localizado además un amplio número de asentamientos en el llano, ocupando las tierras cuaternarias de la zona –El Bosch, Camí de Catral, La Alcudia, Hacienda Botella, etc.– así como algunos enclaves en altura localizados en la Sierra de Crevillente. Se trata de núcleos pequeños y con evidencias de restos murarios de considerable tamaño –Les Barricaes, Cantal de la Campana (Grau y Moratalla, 2001)– que vienen a mostrarnos la importancia del enclave, de sus recursos y del contingente poblacional

existente en esos momentos en la zona. Estaríamos por tanto, ante un proceso que supuso necesariamente un afianzamiento demográfico en las zonas litorales relacionado al mismo tiempo con la consolidación de Peña Negra y del grupo social dominante allí residente y su transformación en el principal núcleo del ámbito regional, ya desde momentos previos a la creación del puerto comercial localizado en la desembocadura del río Segura (González Prats, 1998; Azuar et al., 1998). Los grupos dominantes consolidaron su situación articulando en las zonas fértiles de su entorno a un amplio número de unidades agropecuarias responsables de la producción de los excedentes apropiados, y creando una serie de fortines en sus proximidades destinados a asegurar el control de la población y del territorio.

La cuenca del río Vinalopó no fue ajena a este proceso, habiéndose constatado la ocupación de enclaves como La Alcudia, de especial transcendencia para fechas posteriores, y asistiendo a la fundación en el Valle Medio del Vinalopó de dos nuevos sitios –El Monastil, en la Sierra de la Torreta y Camara en la sierra homónima

Anillo y Tútuli de oro del Tesorillo de Cabezo Redondo



(Poveda, 1994)– a los que posiblemente pudiera añadirse un tercero, si consideramos las evidencias cerámicas documentadas en el proceso de excavación del Chorrillo en Petrer (Márquez *et alii*, 1999).

En efecto, es muy probable que a partir del siglo VII a.C. El Monastil vuelva a ser ocupado nuevamente, al tratarse de un lugar con excelentes condiciones para el desarrollo de prácticas agropecuarias y ser un punto de paso obligado en las comunicaciones entre la costa y el interior peninsular (Poveda, 1994). Del mismo modo, el yacimiento de Camara se ubica en un lugar de difícil acceso y con alto valor estratégico, desde donde se controla buena parte de las cubetas de Elda y Salinas.

En estos enclaves se constata una importante presencia de productos fenicios, en especial de ánforas –recipientes y contenido–, que serían redistribuidos con mucha probabilidad desde Peña Negra. A ello debemos sumar las primeras evidencias de escritura en nuestras tierras. Se trata de grafías fenicias que aparecen incisas en las ánforas y que al parecer refieren la inicial de un antropónimo, que o bien corresponde al nombre del propietario de

las ánforas, o bien a su contenido o, incluso, a una marca numérica empleada como medida del producto contenido (Mederos y Ruiz, 2002).

Hacia el 575-550 a.C. en el ámbito mediterráneo se produjeron una serie de transformaciones que causaron una modificación sustancial en el panorama geopolítico de Occidente. La caída de Tiro en el año 573 a.C. en manos de Nabucodonosor y el colapso y disgregación de Tartessos, supuso el control de los enclaves fenicios en Occidente por parte de Cartago y el desarrollo del comercio focense en el Atlántico peninsular (Aubet, 1994). Con todo, el resultado del proceso de cambio socioeconómico desarrollado fue el surgimiento y consolidación de diversas entidades socio-políticas de tipo clasista en el ámbito oriental y meridional de la Península Ibérica, que constituyen el mosaico de etnias conocidas bajo la denominación de los pueblos iberos o Cultura Ibérica.

El área geográfica a la que se refieren los autores clásicos como la *Contestania*, no es más que una de las sociedades concretas que se conformaron en estas tierras de la zona oriental de la Península Ibérica.

LA CULTURA IBÉRICA EN EL MUSEO ARQUEOLÓGICO MUNICIPAL DE VILLENA



Feliciano Sala Sellés. (Universidad de Alicante)

Escribir sobre la cultura ibérica en Villena puede resultar algo parecido a una entelequia, ya que los testimonios arqueológicos de que disponemos a día de hoy son tan escasos como fragmentarios. Mayores posibilidades ofrece hablar de la cultura ibérica en el Museo Arqueológico de Villena, pues el Museo alberga materiales arqueológicos de otros yacimientos no ubicados en el término municipal, sino dentro de ese marco espacial más amplio que configura la cubeta del curso alto del río Vinalopó. Su fácil comunicación con otras áreas geográficas vecinas, como el corredor de Montesa, a través del valle dels Alforins y de la Font de la Figuera, o la comarca de Jumilla, a través del altiplano Yecla-Jumilla, permiten, lo avanzo ya, sospechar acerca de la función de bisagra que ejercería la zona de Villena entre dos áreas arqueológicamente muy ricas en época ibérica: como acabo de mencionar, el valle del Cànyoles, con la Bastida de les Alcusses (Moixent) como el *oppidum* principal, y el entorno de Jumilla, con el *oppidum* de Coimbra del Barranco Ancho como referente de similares características (**Fig. 1**).

En cualquier caso, el entorno de Villena, inserto en esa unidad geográfica mayor que conocemos como alto Vinalopó, formaría parte de la región ibérica Contestania, enmarcada entre los ríos Júcar y Segura, según las fuentes escritas (Llobregat, 1972, 9-11), y con posibles extensiones hacia Cartagena por el sur y hacia la zona de Jumilla y campo de Hellín, por el oeste, si nos atenemos a algunos rasgos arqueológicos especialmente significativos, como la cerámica con decoración figurada de Elche-Archena (Abad, 1992).

El vacío de información sobre la cultura ibérica en el entorno de Villena resulta a todas luces sorprendente, y lo es todavía más si lo comparamos con la abundante documentación sobre la Edad del Bronce, o, incluso, si valoramos el registro de las arqueologías históricas de época medieval y moderna frente a los períodos ibérico y romano. Hoy por hoy, no se me ocurre otra razón que no sea un acusado vacío de población, que persistió durante la época ibérica y la romana posterior, lo que se ha traducido, a efectos de la historia material, en una ausencia notable de yacimientos y de registro arqueológico. Me aferro a este motivo porque el término municipal de Villena y su entorno más próximo tal vez sea el área más prospectada y minuciosamente examinada, con diferencia, de entre todas las comarcas alicantinas. En ese sentido, no podemos dudar de la vasta tarea de reconocimiento arqueológico, realizada durante largos años por un infatigable José María Soler, para dar cabida a la esperanza de que en el futuro pudiesen aparecer los yacimientos. No lo creo así, porque tras los trabajos de José María Soler han seguido otras campañas de prospección a cargo de F. J. Jover Maestre, J. A. López Mira, J. A. López Padilla (1995), M. A. Esquembre (1997) y Jesús García Guardiola (2005), y siempre con un resultado escasamente positivo por lo que respecta a hallazgos vinculados a la cultura ibérica. Por todo ello, llama más la atención que, en el entorno del cercano municipio de Caudete, la documentación arqueológica sobre la cultura ibérica tenga un cierto peso y que, aunque proceda prácticamente también de prospecciones superficiales, haya permitido un mínimo análisis de conjunto (Pérez Amorós, 1990). Recurrirémos a todos estos datos para tratar de entrever qué sucedió en el curso del alto Vinalopó entre finales del siglo VI a.C. y el cambio de Era.

Acerca del origen de la cultura ibérica en el área de Villena y su fase más antigua

En el estudio del poblamiento ibérico en el alto Vinalopó publicado por I. Grau y J. Moratalla (1998), los autores ponen de relieve la solución de continuidad existente en el poblamiento prehistórico a caballo entre el II y el I milenio a.C. Hablan incluso, recogiendo la opinión de los especialistas en la Edad del Bronce de la comarca, de una disolución de la organización social y territorial a principios del I milenio (Grau y Moratalla, 1998, 106 y ss.). Esta afirmación es una deducción lógica hecha a partir de la inexistencia de enclaves pertenecientes al período del Bronce Final (siglos X al VIII a.C.), algo extraño después del gran desarrollo económico y demográfico alcanzado en el período inmediatamente anterior, el Bronce Tardío, con su máximo exponente representado en el poblado del Cabezo Redondo y en el espectacular conjunto áureo del Tesoro de Villena, a cuya elite de poder se ha vinculado. En la mente de muchos está que el mismo ocultamiento del Tesoro de Villena, en un lugar relativamente distante del Cabezo Redondo, podría constituir una prueba de dicha inestabilidad social.

Sabemos que en la comarca vecina de l'Alcoià-Comtat, la Mola d'Agres, la Cova Bolomini (Alfafara) y el Puig de Alcoi presentan una *facies* del Bronce Final con elementos decorativos de Campos de Urnas y decoraciones geométricas incisas, respectivamente. En el extremo meridional

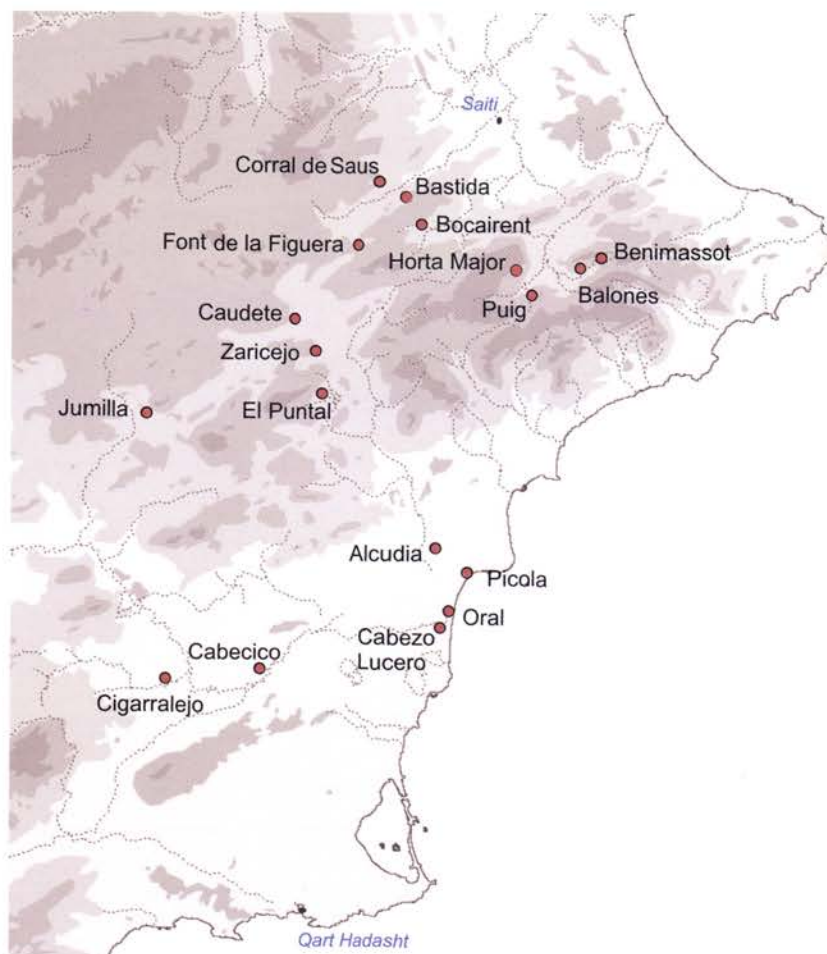


Figura 1. Situación
de los yacimientos
citados en el texto

de la provincia, el Tabaià de Aspe y la Peña Negra de Crevillent ofrecen otro horizonte diverso, asimilable en este último sitio al mundo del Bronce Final tartesio. En el medio, la zona del alto Vinalopó, con la ausencia de registros de este momento, parece configurarse ya como ese espacio bisagra deshabitado que será en época ibérica, caracterizado por su posición intermedia entre dos áreas con mayor potencial demográfico: un espacio de frontera, según la terminología de la moderna arqueología del paisaje.

Por lo que a la cultura ibérica se refiere, ese desconocimiento de los pobladores del Bronce Final y de los habitantes del momento protohistórico siguiente (siglos VII y VI a.C.) significa desconocer quiénes eran y cómo vivían los antepasados directos de los iberos en el alto Vinalopó, y supone la ausencia de todo referente cultural que nos hubiera permitido saber cómo se origina el mundo ibérico en esta comarca. En los modelos de explicación histórica vigentes, la formación de ese conjunto de rasgos culturales y manifestaciones artísticas que llamamos cultura ibérica se atribuye en origen al contacto continuado, durante esos tres primeros siglos del I milenio a.C., entre la población local y el grupo de población fenicia que llega a las costas de la Península Ibérica con fines comerciales. De forma intencionada o no, dichos contactos, esporádicos al principio y más repetidos a partir del siglo VIII a.C., y sobre todo a partir del siglo VII a.C., habrían tenido

un efecto revulsivo en la estructura ideológica de dicha población local del Bronce Final, de manera que, a través de un proceso de aculturación, cuyos mecanismos han sido bien caracterizados, por otro lado, por los historiadores de todas las épocas, y cuya duración se prolongaría entre los siglos VII y VI a.C., los rasgos culturales de la población del Bronce Final y de época protohistórica van siendo modificados, o sustituidos por otros nuevos, hasta desembocar en un nuevo sistema cultural en la segunda mitad del s. VI a.C.: el mundo ibérico. Este proceso de aculturación, que en sus fundamentos es un cambio en la estructura social y económica, empieza con hechos tan sencillos, pero a la vez de tanta trascendencia, como son la adopción del torno alfarero para la fabricación de vasos y contenedores cerámicos, el uso de la metalurgia del hierro para la fabricación de armas y herramientas, o la asimilación de la arquitectura de planta cuadrada y de nuevas técnicas constructivas.

Ante este panorama es imposible aprehender los parámetros a partir de los cuales se produce la formación de lo ibérico en el área de Villena, porque no conocemos la población antepasada del Bronce Final, cómo vivían y si se produjo el contacto entre estas comunidades locales y los grupos de comerciantes fenicios. Pero tampoco sabemos cómo fue el desarrollo de la fase antigua de la cultura ibérica, esto es, del período que transcurre desde finales del s. VI a.C. hasta el último cuarto del s. V a.C., porque no

se conoce yacimiento ibérico alguno de esta cronología.

El origen y la fase antigua de la cultura ibérica en esta zona es, por tanto, una cuestión pendiente de análisis que, por el momento, sólo tiene dos hipotéticas respuestas posibles, no excluyentes entre sí: una escasa presencia de población que apenas dejó huellas de su presencia, por un lado, o, por otro lado, que durante este período de la fase ibérica antigua todavía esté vigente en esta comarca interior un *modus vivendi* bastante atrasado desde el punto de vista tecnológico y arquitectónico, que podríamos estar confundiendo con un registro material prehistórico. Esta segunda opción se podría dar sin perjuicio de otras hipótesis, dado que el patrón de hábitat ibérico de la fase antigua que estamos utilizando en la Contestania es el caracterizado gracias a las excavaciones en El Oral (Abad y Sala, 1993; Abad y Sala (eds.), 2001), un poblado costero en la desembocadura del río Segura, por cuya especial situación, favorecedora de unas prolongadas relaciones comerciales con otros pueblos mediterráneos contemporáneos, sus rasgos arqueológicos bien podrían constituir la excepción en lugar de la norma.

No obstante, del siglo VI a.C. se conserva en el Museo Arqueológico de Villena una pieza de orfebrería excepcional: la conocida en la bibliografía arqueológica como la arracada de La Condomina (**Fig. 2**). Se trata de una arracada circular con decoración en filigrana al aire y granulada, alveolo central y crestería de cilindros y esferas

en el borde. En opinión de los especialistas, este motivo de la crestería, con reminiscencias en pendientes etruscos, dataría la pieza de Villena de forma más concreta en un momento indeterminado de la segunda mitad del siglo VI a.C. (Perea, 1991, 206, 212). Su hallazgo, en 1966, en la partida del mismo nombre aparece envuelto en unas circunstancias particulares. El mismo José María Soler decía que “En aquellos momentos, juzgamos prudente recibirla sin profundizar en las circunstancias de la aparición, [...], todas nuestras investigaciones posteriores resultaron infructuosas. Se trata, pues, de un hallazgo aislado y sin contexto arqueológico” (Soler, 1990).

El descubrimiento y excavación reciente de la necrópolis de les Casetes, en la Vila Joiosa, con hallazgos de piezas de orfebrería de filigrana y granulada, datadas también en el s. VI a.C., que formaban parte del ajuar funerario de tumbas femeninas de dicha cronología (García Gandía, 2001), nos ha desvelado el verdadero contexto de uso y aparición de estas piezas áureas. Por todo ello, explicar la presencia de la pieza de La Condomina en el área geográfica de Villena, prácticamente sin habitantes en este momento y en los tres siglos anteriores, como ha quedado dicho, es más un problema que una solución, porque sigue sin poderse resolver, y en mi opinión todavía lo agrava más, la cuestión del vacío demográfico. En este sentido, no creo válido recurrir a las cerámicas fenicias aparecidas en algunos yacimientos eldenses para explicar la presencia de la

Figura 2. Arracada de La Condomina





Figura 3. Escultura de
cierva de Caudete [foto
Museo de Albacete]

arracada en Villena: por un lado, aunque ambas cubetas formen parte del mismo curso del río Vinalopó, son espacios diferentes con unas comunicaciones geográficas diversas hacia otras comarcas; por otro lado, cuando llega la arrasada al curso alto del Vinalopó, en la segunda mitad del s.VI a.C., el sistema comercial de los fenicios hacía ya unas décadas que había sido desmantelado. Tendremos, pues, que buscar otras razones que den sentido a esta pieza.

En cualquier caso, para poder hablar con más autoridad necesitaríamos localizar los poblados ibéricos de esta fase antigua, que, en mi opinión, no deben existir; al menos, no están en los sitios en altura, los lugares estratégicos que fueron elegidos como ubicación normal de los grandes *oppida* iberos, pues alguno habría aparecido en las campañas de prospección realizadas desde la época de José María Soler hasta hoy. Es posible, sin embargo, que el hábitat ibero en el área de Villena durante esta fase antigua se corresponda con pequeños núcleos rurales ubicados en el llano, junto a los terrenos agrícolas en explotación. Se trataría de hábitats modestos, sin fortificar, con construcciones domésticas de materiales pobres, que habrían dejado un escaso registro arqueológico que ha pasado desapercibido. En verdad, habitualmente las prospecciones han tenido como objetivo la inspección de las cotas altas de cerros y sierras, mientras que casi siempre se discriminaba las tierras del llano en razón de

una idea equivocada del patrón de poblamiento. Cuando las prospecciones se han dedicado a las zonas llanas de manera sistemática, han empezado a documentarse esos pequeños núcleos rurales, como así ha ocurrido con las prospecciones de Jesús García Guardiola en la parte del término municipal de Villena perteneciente al valle dels Alforins. No obstante, en algunos trabajos de síntesis anteriores, se han señalado como pertenecientes a esta fase ibérica antigua los enclaves de Los Capuchinos, en Caudete, y el Peñón del Rey, en Villena, adscripción cronológica que no comparto y paso a razonar seguidamente.

48 / 49

Los problemas de identificación de los poblados y necrópolis de la fase ibérica antigua

Por lo que respecta a Los Capuchinos, el yacimiento se dio a conocer en 1959, a raíz del hallazgo de un buen número de fragmentos escultóricos de época ibérica que representaban distintas partes del cuerpo de un toro y de un posible cérvido, además de la pieza más destacable del conjunto por hallarse prácticamente completa, la conocida como cierva de Caudete (**Fig. 3**). Dada a conocer en su día por J. Sánchez Jiménez (1961), entonces director del Museo de Albacete, fue estudiada por Teresa Chapa (1985, 64, 185-187), quien la describe como la escultura exenta de una cierva, en posición sentada y mirando al frente. Las patas están dobladas bajo el cuerpo, con las

Figura 4.
Peñón del Rey

pezuñas apuntadas y señaladas mediante una incisión. El cuello es liso y la zona pectoral es de perfil redondeado. De la boca, sólo quedan restos de una incisión en el lado derecho. Los ojos redondeados están separados del párpado por un profundo surco. Las orejas, apenas apuntadas, están pegadas a la cabeza. T. Chapa data la pieza de forma amplia entre los siglos V y IV a.C., aunque se decanta por concretar la fecha inicial en los años finales del s. V a.C. porque la escultura de toro que también aparece en el conjunto pertenece a su tipo A, es decir, el más reciente. En cualquier caso, la presencia de esta escultura animalística en Capuchinos identifica el lugar como una necrópolis ibérica, en la que estas esculturas formarían parte del monumento funerario de las tumbas de los personajes socialmente destacados.

El poblado fue localizado a unos 200 m gracias a las prospecciones realizadas por M. L. Pérez Amorós (1990). En el lugar, se recogió un buen conjunto de cerámicas ibéricas de todas las producciones –pintadas, comunes, grises, ánforas– y de formas diversas –pithoi, urnas bicónicas, urnas con asas, platos, cuencos–, así como una copa Cástulo ática de barniz negro, materiales que datan el inicio del hábitat en el último tercio del s. V a.C. y señalan su momento de esplendor en el s. IV a.C., coincidiendo así con la cronología de la escultura de la necrópolis. Sin embargo, para otros autores (Grau y Moratalla, 1998, 64), éste podría ser un poblado de la fase ibérica antigua por la

presencia de algunos bordes de plato de cerámica gris, en los que ven un parecido formal con los platos grises del ya mencionado poblado de El Oral, en la desembocadura del río Segura. Entre la cronología de época antigua y la de época plena, me decanto por esta última por varias razones. La primera, que ya ha sido comentada, tiene que ver con una cuestión metodológica, y es que podríamos estar incurriendo en un error al considerar los rasgos de un poblado situado en la costa, El Oral, y, por tanto, más abierto a las innovaciones procedentes del comercio mediterráneo, como un modelo aplicable sin reservas a todos los territorios de la Contestania ibérica. Equiparar sin más las cerámicas de los poblados del alto Vinalopó con las cerámicas del poblado de El Oral podría conducirnos a confusiones en la interpretación, porque es bastante probable que estemos comparando dos áreas ibéricas con distintas velocidades en sus respectivos procesos de evolución social y económica, en cuyo caso, y por seguir con el asunto que nos ocupaba, es posible que la cerámica gris empiece a desarrollarse en la comarca interior cuando en la comarca costera esté ya en decadencia. De hecho, y esta es la segunda razón, los trabajos ya clásicos sobre la cerámica gris de los yacimientos ibéricos del País Valenciano de C. Aranegui (1969; 1975; 1985) ponen de relieve que, sin ser abundante, el desarrollo de esta producción cerámica ibérica tenía lugar en época plena. El ejemplo de El Oral se saldría de la norma, quizá porque hunde sus raíces en la tradición cerámica orientalizante



50 / 51

del mediodía peninsular. En tercer lugar, en las necrópolis de las áreas vecinas de Albacete, como Hoya de Santa Ana, Llano de la Consolación o Torreucha, no es raro encontrar que algunas urnas cinerarias de las tumbas del s. IV a.C. son vasos de cerámica gris.

El segundo de los yacimientos objeto de controversia a propósito de su cronología es el Peñón del Rey. En este caso, las distintas opiniones vertidas sobre su adscripción temporal surgen porque se trata de un yacimiento único y raro en el contexto de la cultura ibérica de la

Contestania. El sitio arqueológico, en el paraje del mismo nombre ubicado en los Picachos de Cabrera (*Fig. 4*), fue descubierto por José María Soler en 1952, al observar “un sembrado de tiestos” en la superficie de una pequeña área en torno a los 60 m² (Soler, 1952). La inmediata excavación puso al descubierto un gran número de fragmentos de cerámica gris y apenas una media docena de estas vasijas completas. Según el relato de Soler, estos vasos completos fueron hallados en posición invertida, a no más de 25 cm. de la superficie, y algunos con piedras

Figura 5. Croquis de los hallazgos en el Peñón del Rey elaborado por José María Soler

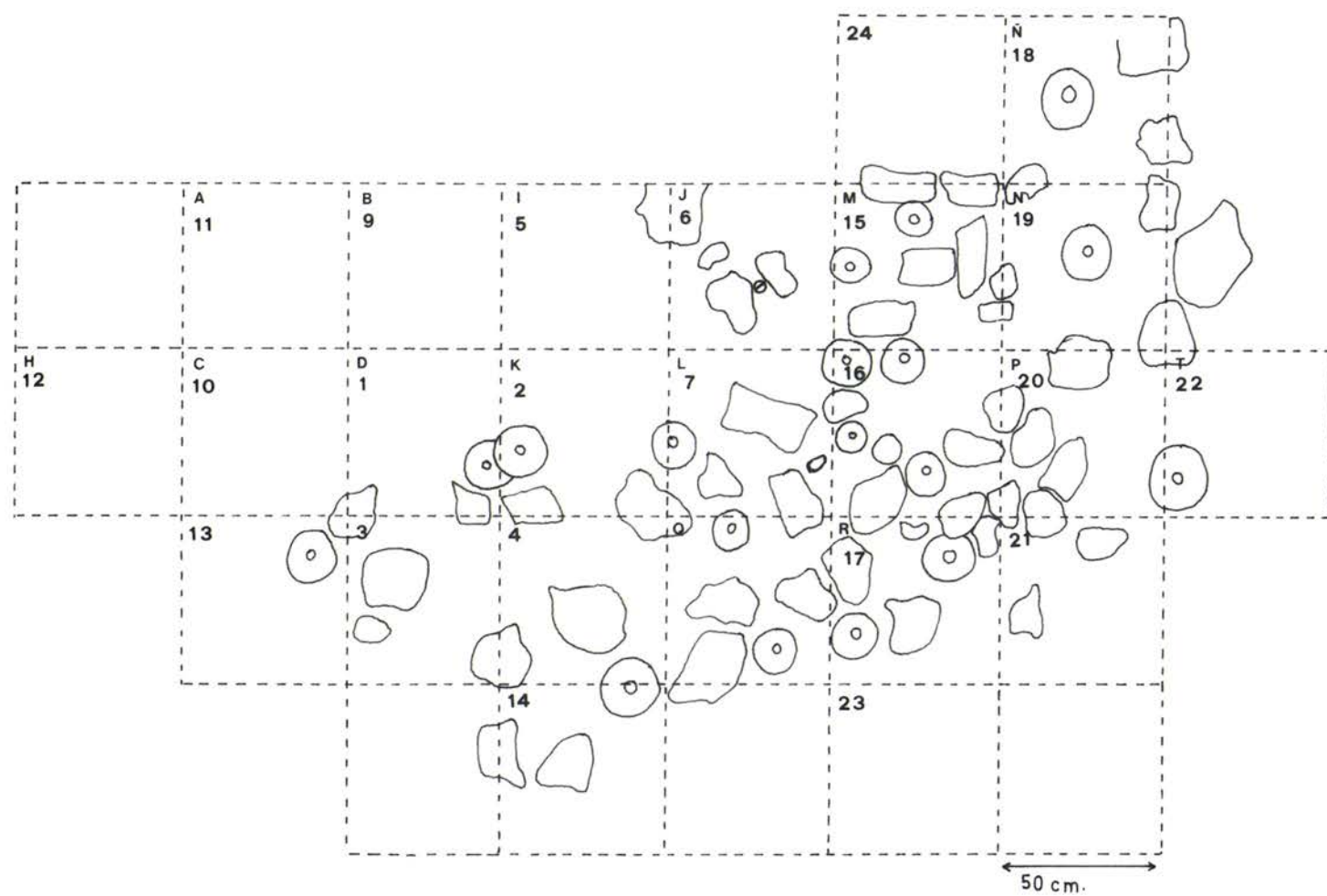


Figura 6. Cuenco del Peñón del Rey



a su alrededor sin orden ninguno (**Fig. 5**). En muchos casos, los fragmentos cerámicos recubrían las piedras que rodeaban las vasijas enteras. Entre las piedras o entre los fragmentos cerámicos, y también recogidos de superficie, aparecieron los escasos objetos metálicos del conjunto. El más destacado, por su perfecto estado de conservación y por tratarse de un excelente indicador cronológico, es una fibula anular del tipo de puente de timbal, cuya fecha de uso se enmarca entre finales del siglo V y el siglo IV a.C. Este tipo de fibula es la que aparece en los poblados ibéricos de las comarcas vecinas, como la Bastida, Covalta, Serreta, el Puig, y aparece asimismo con idéntica cronología en el ajuar la sepultura 21 de la cercana necrópolis del Puntal de Salinas (Sala y Hernández, 1998, fig. 18, 7). El resto de objetos metálicos, fragmentados y deteriorados, son una punta de flecha de bronce de hoja oval y largo pedúnculo, una segunda punta de bronce con el arranque de un pedúnculo, una tercera pieza de bronce apuntada, de doble filo y orificio en la parte inferior, así como un posible fragmento de regatón, un botón, una barrita y un fragmento de un posible cuchillo afalcatado, estos cuatro últimos de hierro.

En su momento, José María Soler, advirtiendo ya la rareza de la documentación arqueológica, en especial de las vasijas, que no acababan de encajar en lo que entonces se reconocía como ibérico, clasificó el yacimiento como una necrópolis de incineración posthallstática, y la dató entre los siglos IV y III a.C. por la presencia de la fibula anular.

La afiliación hallstática propuesta por Soler no era descabellada, pues la década de los años 50 fue el momento álgido del debate en medios académicos e intelectuales sobre la expansión del mundo celta por toda la península Ibérica, y el de su influencia "civilizadora" en los restantes pueblos peninsulares prerromanos sin ascendencia étnica centroeuropea. Para Soler, esta presencia en los s. IV y III a.C. de un grupo de población de la meseta en el Peñón del Rey hubiera permitido en el futuro entender la existencia de cerámica a mano con decoración excisa en el Cabezo Redondo, también de procedencia meseteña, aunque con unos cuantos siglos de antelación.

Mucho después, Laura Hernández llevó a cabo la revisión del yacimiento (Hernández, 1997) y, contando ya con un conocimiento mayor sobre la arqueología ibérica, pudo concretar la cronología entre mediados del s. V y los inicios del s. IV a.C., al tiempo que relacionaba las vasijas con la tradición cerámica ibérica y del mediodía peninsular (**Fig. 6**). Sin embargo, no se ha encontrado todavía el parecido exacto de los cuencos del Peñón con los de otro yacimiento, lo que ha permitido que algunos autores especulen acerca de la datación y adscripción cultural del yacimiento, proponiendo que se trata de cerámicas grises a torno de tradición orientalizante y que, por tanto, el yacimiento es una necrópolis del siglo VI a.C. o, como mucho, de la fase ibérica antigua, primera mitad del s. V a.C. (Mata, 1993; Poveda, 1998; Grau y Moratalla, 1998). No comparto estas conclusiones porque no acabo de ver

los parecidos con las cerámicas grises de los yacimientos que estos autores proponen: ni se parecen a los cuencos grises de la Peña Negra de Crevillent (Alicante), ni a los platos y cuencos de los Villares de Caudete de las Fuentes (Valencia), ya que el elemento formal esgrimido para esta equiparación, el borde exvasado, es una solución formal universal para los platos en todas las culturas y épocas. Por el contrario, si nos fijamos en las bases, constataremos que los platos y cuencos del Peñón están provistos de bases anulares o cóncavas, típicas ya de la alfarería ibérica de época plena y no del período orientalizante e ibérico antiguo de las tierras alicantinas, cuando lo característico son las bases planas o de talón. Recurrir al método comparativo es una herramienta muy importante en la metodología arqueológica, pero usar como modelo único de comparación el registro de un yacimiento tan alejado del área de estudio, como Peña Negra en Crevillent, por no hablar de los Villares, en la provincia de Valencia, puede dar lugar, como ya se ha dicho, a visiones distorsionadas de la realidad.

Yo misma me debo aplicar este juicio, pues en su tiempo también propuse una cronología alta para el Peñón del Rey en la primera mitad del s. V a.C. (Abad y Sala, 1992, 151). Sin embargo, el tiempo transcurrido permite la reflexión pausada, y en dicha reflexión se debe retomar el dato que todos dejamos de lado consciente o inconscientemente: la presencia de la fibula anular de puente de timbal, cuyo tipo se encuentra perfectamente

enmarcado entre las décadas finales del siglo V y el siglo IV a.C., y no antes, como ha pretendido algún autor. Esta es la cronología del yacimiento. En mi opinión, no sirve aducir que la gran cantidad de fragmentos cerámicos es debida a un uso prolongado del lugar durante doscientos años, desde el s. VI a.C. hasta el s. IV a.C., para poder conciliar la existencia de la fibula con la cronología inicial en el s. VI a.C. propuesta por algunos autores. Contar el tiempo transcurrido a partir del número de fragmentos puede convertirse en un paso en falso porque, en primer lugar, la extrema fragmentación ha impedido realizar el recuento total de vasos y, quizá, si algún día se lograra recomponerlos, podríamos descubrir que el número final no era tan elevado; y, en segundo lugar, si en el croquis elaborado por Soler contamos las vasijas que representó *in situ* —18—, y si en cada deposición, pongamos por caso, admitimos que se usaran cuatro vasos más en el ritual, el total sería 72 platos y cuencos, una cifra nada desdeñable. Pero, con todo, para estas 18 deposiciones no sería necesario un amplio lapso de tiempo; en un tiempo breve, e incluso en un solo momento muy puntual, sería suficiente. Al fin y al cabo, no sabemos las circunstancias históricas por las que se creó este lugar.

Con todo, reinstalar el Peñón del Rey en su período cronológico verdadero, la época plena de la cultura ibérica, nos causa más problemas de interpretación histórica que si lo mantenemos en el s. VI a.C., que sería la solución más cómoda. A esos problemas ya hizo alusión José María

Soler en 1952, con la perspicacia e intuición que siempre le caracterizó, al advertir que el conjunto resultaba extraño en el mundo ibérico de la zona. Y sabía de lo que hablaba porque en plena excavación del Peñón supo de la existencia del poblado y necrópolis del Puntal de Salinas, un yacimiento que, pese a encontrarse relativamente cercano y ser de la misma cronología, ofrecía un contexto arqueológico muy diferente: el verdadero contexto ibérico de época plena. Soler lo solucionó provisionalmente de la manera más coherente con las corrientes historiográficas de aquella época, y calificó el Peñón del Rey como “una intrusión céltica en plena zona ibérica”.

En verdad, como decíamos más arriba, se trata de un yacimiento único y raro, tanto para el contexto de la cultura ibérica contestana de los siglos V y IV a.C., como para el contexto orientalizante del siglo VI a.C., en el caso de que perteneciera a este momento. Pero si su adscripción cultural y cronológica puede ser problemática, como hemos visto, la clasificación del yacimiento como necrópolis también llega a ser un tanto enigmática. Para empezar, cuando Soler en 1952 habla de necrópolis, lo hace porque observa las manchas cenicientas que tapaban las vasijas colocadas en posición invertida, y aunque en un momento habla de “enterrados”, y más adelante de “cenizas del difunto”, en el Museo de Villena no se conservan restos de huesos cremados, ni humanos ni de fauna (Hernández, 1997, 101), con lo que, conociendo la minuciosidad de Soler en el trabajo de campo, es bastante probable que

no se recogieran porque no existían. De ser así, resulta creíble que, ante la visión de las manchas cenicientas, Soler pensara en una necrópolis, como no podía ser de otro modo entonces. Hoy sabemos que en las necrópolis ibéricas del s. IV a.C., el propio Puntal de Salinas (Sala y Hernández, 1998), la Serreta en Alcoi (Cortell et alii, 1992) o Cabezo Lucero en Guardamar (Aranegui et alii, 1993), por citar las de más reciente publicación, no todas las manchas cenicientas son sepulturas, sino que muchas de ellas, donde no aparecen huesos humanos cremados pero sí contienen objetos diversos y a veces restos de fauna, son fuegos rituales de purificación y/o de ofrendas. Unos kilómetros más abajo siguiendo el curso del río Vinalopó, el yacimiento de las Agualejas, en Monforte, ofrece un registro similar al Peñón del Rey: no se trata de una necrópolis sino de un área de manchas cenicientas con vasijas de ofrendas depositadas en ellas, con mucha fauna y ningún hueso humano cremado, sólo que aquí las vasijas empleadas son típicamente ibéricas (Abad et alii, 1995-1997). Teniendo en cuenta estos paralelos y, aplicando la máxima de que si no hay difuntos no podemos hablar de necrópolis, y puestos a especular... ¿qué podría ser el Peñón del Rey? ¿Un espacio sagrado al aire libre donde se realizaban rituales y ofrendas benefactoras? Y si no es propiamente ibérico... ¿quién estaba depositando aquellas manchas cenicientas a finales del s.V a.C. en un alto de los Picachos de Cabrera? Hoy, y por comparación con los usos ganaderos hasta fechas recientes, con gana-

Figura 7.
El Puntal de Salinas
desde el llano

dos procedentes de la Serranía de Cuenca que invernan en Villena desde octubre a abril (García Martínez, 1969), se está pensando en la ganadería y en la trashumancia para explicar el desarrollo económico y social experimentado en la zona de Villena durante el Bronce Tardío (Hernández Pérez, 2005; Mederos y Ruiz, 2000-2001), y la trashumancia implica el traslado de los ganados, pero también de la población que los cuida. Tal vez, José María Soler no iba tan desencaminado.

La expansión demográfica y cultural a partir de finales del s.V a.C.

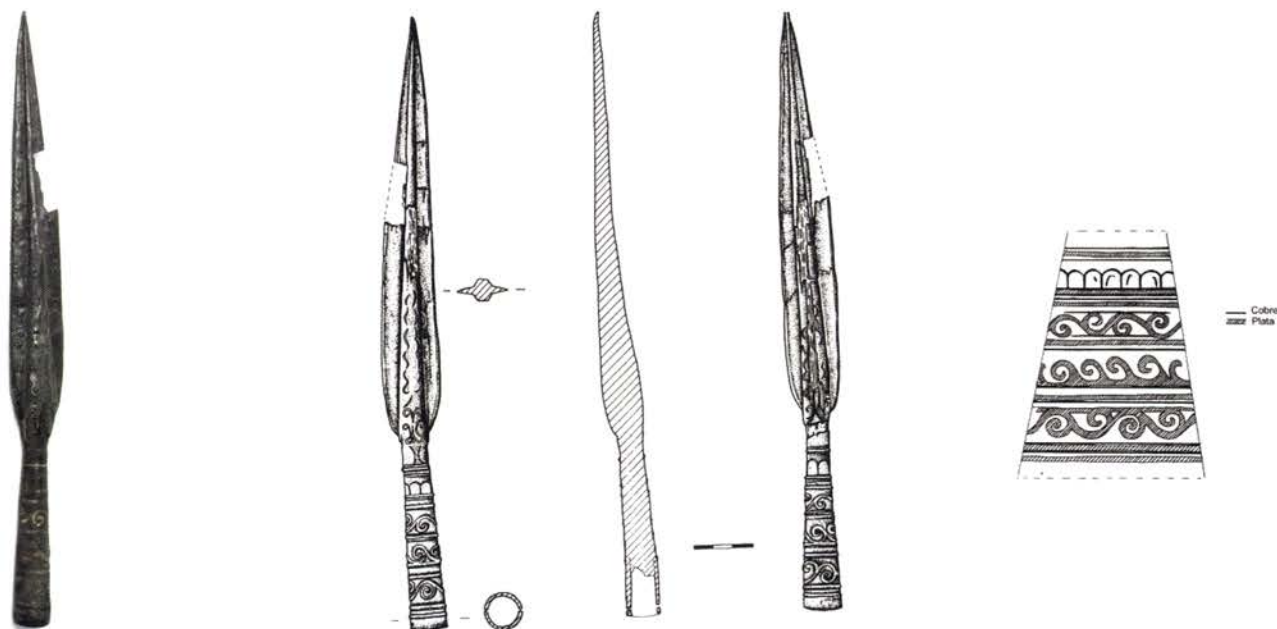
En consecuencia, podemos decir que el desarrollo de la cultura ibérica en el territorio en torno a Villena empieza con ese momento de cambio generalizado en todos los territorios ibéricos, que se inicia en la últimas décadas del siglo V a.C. Ese proceso culmina rápidamente con la caracterización de uno de los momentos de mayor esplendor de la cultura ibérica: el siglo IV a.C. o fase plena. En todas sus facetas hay signos de ese cambio.

Desde el punto de vista del territorio, es ahora cuando se colonizan y se empiezan a explotar y a habitar *ex novo* nuevos espacios geográficos, normalmente de gran potencial agrario. Este fenómeno es el que debió ocurrir en el entorno de Villena, frente a esos periodos anteriores prácticamente deshabitado, y en dicho proceso de colo-

nización se explica la aparición ahora de los yacimientos de época plena de la zona de Caudete (Pérez Amorós, 1990), el posible hábitat ibérico bajo el casco antiguo de Villena, a juzgar por los hallazgos de cerámica ibérica en la Plaza de Santa María (Soler, 1986), el posible poblado y necrópolis del Zaricejo (Soler, 1976; Hernández y Pérez, 1994), el poblado y necrópolis del Puntal de Salinas y los arriba comentados Capuchinos de Caudete y el Peñón del Rey de Villena. De todos ellos, el más trascendente para la investigación actual es el Puntal de Salinas (**Fig. 7**), no porque sea un poblado de mayor envergadura que los demás, sino porque ha sido excavado, estudiado con detalle y publicado en extenso (Soler, 1992; Hernández y Sala, 1996; Sala *et alii*, 1997; Sala y Hernández, 1998; Hernández y Sala, 2000; Hernández, 2005).

La amplia bibliografía sobre el yacimiento nos exime ahora de volver en extenso sobre los rasgos de este hábitat de época plena, así como de las circunstancias de su descubrimiento por José María Soler en 1952, por estar descritos allí con más detalle. No obstante, vale la pena repetir que se trata de un *oppidum* a pequeña escala, de apenas media hectárea d'extensión, pero con todos los rasgos de una unidad básica de hábitat. Organizaría la explotación del entorno y la defensa de las poblaciones de campesinos de los alrededores. El poblado sería también la residencia del grupo aristocrático que detentaría el control de la economía y de la redistribución comercial en la zona. Un





miembro destacado de esta familia aristocrática sería el enterrado en la sepultura 29-30 de la necrópolis. En esta tumba, la existencia de una panoplia completa de guerrero en el ajuar, con todas las armas ricamente decoradas con ataujía de hilos de plata y cobre, está señalando a un miembro importante de esa elite (**Fig. 8**). Además, la tumba está ubicada en un extremo de la necrópolis y a su alrededor se van esparciendo las tumbas restantes. Esta distribución en torno a la tumba del personaje destacado puede estar indicando una relación clientelar o de parentesco entre los allí enterrados.

El comercio exterior está documentado por la presencia de un buen conjunto de vajilla fina de barniz negro y figuras rojas —43 piezas—, procedente de los alfares de Atenas, que encontramos tanto en los ajuares de ciertas tumbas como también en algunas estancias del poblado (Hernández y Sala, 1996, 49-53, Gráfica 1). Llama la atención que, mientras los vasos áticos son relativamente abundantes, la ánforas importadas, es decir, los contenedores de productos como el vino, el aceite y los salazones, sean muy escasas. En el Puntal, sólo sabemos de la existencia

de un ánfora púnica de Ibiza, otra ánfora púnica gaditana y un ánfora seguramente vinaria de la Magna Grecia (Hernández y Sala, 1996, 58-59). Resulta difícil explicar dicha escasez porque las relaciones y las rutas comerciales costa-interior eran fluidas, como lo demuestra el elevado número de vasos áticos, con lo que hemos de pensar en otras causas, como una demanda o unas preferencias distintas por parte de las elites del Puntal, que prácticamente podemos hacer extensiva a todos las elites iberas del interior de la Contestania, pues esta diferencia cuantitativa entre vajilla ática y ánforas importadas la encontramos repetida en otros poblados del s. IV a.C., como la Bastida, Covalta, el Puig, la Serreta (Sala et alii, 2004). También forman parte de este comercio con otras áreas mediterráneas dos vasos singulares hallados en el poblado del Puntal. Se trata de la imitación de cratera de columnas griega y la cantimplora doble (**Fig. 9**). Ambos vasos tienen un uso especial que desconocemos pero, en cualquier caso, un uso no doméstico ni cotidiano. Las reminiscencias formales en la vajilla griega, a la que imita la cratera, o en la vajilla oriental y mesopotámica, de donde procede la cantimplora, aumentan todavía más el misterio

Figura 8. Punta de lanza de la sepultura 29-30 de la necrópolis del Puntal decorada con atauja de hilos de plata y cobre.

Figura 9. Crátera y cántimplora del Puntal de Salinas.



de su presencia en un pequeño poblado ibero del interior del curso del Vinalopó.

Por lo que respecta al resto de vasos cerámicos y de otros objetos hallados en las estancias del poblado, es decir, el ajuar doméstico, su buen estado de conservación y la minuciosidad del trabajo de campo de José María Soler favorecieron que el conjunto adquiriera un alto valor como documentación arqueológica e histórica, con lo cual, el ajuar doméstico del Puntal ha pasado a considerarse el modelo para los hábitats de época plena de la Contestania y de regiones vecinas de las provincias de Valencia y Albacete (Sala, 1995).

Otro elemento a destacar del poblado es la fortificación. Por sus características, dicha construcción mantiene una cierta correspondencia con las fortificaciones de otros poblados también ubicados en las comarcas interiores y de idéntica cronología, en especial con la Bastida de les Alcusses y el Puig de Alcoi. Estamos hablando de la novedad constructiva y táctica que supone la incorporación de una batería de torres y torreones, cuyo objetivo es ganar flanco en los tramos más expuestos de las murallas y

Figura 10. Plano de la fortificación del Puntal



proteger las puertas de entrada. Así, la fortificación de la Bastida presenta un sistema relativamente complejo, que incluye una barbacana además de un frente de muralla jalonado por unas 9 torres rectangulares, allí precisamente donde abren la puerta principal y dos más en los laterales. En el extremo opuesto del poblado, el recinto se estrecha y, en este punto, un solo torreón, pero de mayor tamaño, protege esta zona así como la cuarta puerta que abre en este extremo del asentamiento, descubierta recientemente y todavía en proceso de excavación.

Como en la Bastida, pero con dimensiones menores, la fortificación del Puntal de Salinas también presenta una serie de torres en el tramo de la muralla que discurre por la zona más accesible de su perímetro (**Fig. 10**). En dicho tramo, la muralla aparece jalonada por dos torres rectangulares y una cuadrada en la esquina norte, formando un sistema coordinado de defensa que contrasta con la escasa envergadura del lienzo en las cortinas, entre 0,90 m i 1,20 m de ancho. Otros dos elementos de mayor solidez completan la protección del recinto: un foso que corta e interrumpe la conexión con el resto de la sierra del espolón donde se erige el poblado y, dominando dicho foso desde el ángulo sur-occidental del la muralla, un gran torreón macizo. De este modo, teniendo en cuenta la topografía del espolón, el acceso al poblado se haría necesariamente ascendiendo por la base de les torres, para seguir recorriendo el foso en dirección sur

hacia la puerta de la muralla. Desde la posición dominante del torreón, aquellos que circularan por el interior del foso constituirían un blanco perfecto. En el Puig de Alcoi, un gran torreón de 11 por 3,80 m protege la única zona por donde es posible acceder al recinto.

En mi opinión, se intuye lo que podríamos llamar un modo constructivo común para el periodo del siglo IV a.C. entre los poblados de las comarcas interiores contestanas. Comparado con la sencillez de las murallas de El Oral y la Picola, ambas en la costa y datadas en el s.V a.C., el sistema de fortificación que encontramos en los poblados interiores es, con las debidas reservas, lo más parecido al sistema de defensa activa, extendido por el Mediterráneo desde un siglo antes. Este dato nos conduce inexorablemente a preguntarse por las circunstancias históricas que favorecieron la aparición de este tipo de fortificaciones en el s. IV a.C. y en esta zona concreta de la Contestania. Sabemos que estos poblados forman parte de una organización polinuclear del territorio, bien estudiada en el caso del Puig de Alcoi (Grau, 2002) y la Bastida (Soria y Dies, 1998), y es también el modelo territorial en el que se insertaría el Puntal de Salinas en el curso alto del Vinalopó (Moratalla, 2004). Ante esta ordenación del poblamiento, no resulta descabellado admitir la existencia de fricciones entre los distintos núcleos ibéricos por motivos atávicos e históricos, como problemas de lindes o de captación de recursos, lo que explicaría la construcción de las fortifi-

caciones. Abundando en ello, es interesante advertir que, frente a las baterías de torres y la sólida fábrica de los torreones, destaca la poca envergadura de las cortinas, construidas con una sencilla mampostería irregular y con un escaso ancho en la mayoría del perímetro. Ante este hecho constatado, cabe preguntarse si las fortificaciones, además de su función obvia de protección de los moradores, no se levantarían en calidad de elemento más visible y ostentoso del poder de las elites aristocráticas.

Otro rasgo importante del mundo ibérico de época plena del área de Villena es la existencia de estatuaria mayor, con piezas tan interesantes como la cierva hallada en Los Capuchinos de Caudete, a la que ya nos hemos referido, la Dama sedente de Caudete (**Fig. 11**) y la cabeza de león del Zaricejo (**Fig. 12**). Estas dos últimas se conservan y exponen en el Museo Arqueológico de Villena.

La escultura de la Dama sedente apareció rota, con la cabeza separada del resto del cuerpo. La cabeza fue donada al Museo en 1957, doce años después de su hallazgo casual en el lugar llamado "la casita del tío Alberto" (Soler, 1961), mientras que el tronco fue adquirido por el Ayuntamiento de Villena en 1972. La escultura no es de grandes dimensiones, tan sólo 68 cm. de altura, pero conserva todos aquellos elementos formales que son preceptivos en la representación de la figura femenina ibera. La cabeza está tocada con mitra baja echada hacia atrás, cubierta con un velo con pliegues que sólo permite ver un rizo y el

Figura 11. Dama
sedente de Caudete

Figura 12. Cabeza de
león del Zaricejo

pendiente circular. El rostro se consiguió mediante un fino modelado, lo que contrasta con la sencilla incisión con la que se plasman los ojos. La dama flexiona los brazos a la altura de la cintura y con sus manos, que permanecen ocultas, recoge las puntas del manto, que arranca de la parte posterior con una especie de "cuello alzado". Como ornamentos lleva tres collares: el primero es un cordón con tres colgantes semicirculares y dos anforillas entre ellos, los otros dos son simples cordones gruesos (Ruano, 1987, t. III, 109).

La cabeza de leona o león del Zaricejo se encontró de forma casual mientras se realizaban trabajos agrícolas en la partida del mismo nombre. T. Chapa (1985, 54) describe el fragmento como una cabeza de león que mantiene la boca abierta, de la que se conservan cinco molares superiores y uno inferior, que parecen apresar algo. Los ojos son ovalados, y los párpados se han indicado mediante relieves. El tabique nasal es recorrido por una estrecha banda que se abre sobre los ojos para representar las cejas. Las orejas son ovaladas y pegadas a la sien, con el lóbulo interno bien señalado. Tres incisiones verticales entre las orejas parecen indicar la melena de forma muy simplificada. Aunque incluido por esta autora en su grupo antiguo de esculturas de leones (Chapa, 1985, 138), tanto los materiales arqueológicos recogidos por José María Soler en el lugar (Soler, 1976) como los publicados con posterioridad (Hernández Alcaraz y Pérez, 1994) indican





62 / 63

un yacimiento ibérico de época plena, del siglo IV a.C. La escultura, por tanto, pertenecería a este momento y no al periodo ibérico antiguo, del que no hay indicio arqueológico alguno.

Si bien la escultura animalística, muy especialmente la imagen del león, se usa ya en los monumentos funerarios de la fase ibérica antigua, la dama sedente o entronizada es un icono que aparece ahora, a fines del siglo V a.C., formando parte de una iconografía nueva junto al caballo, el jinete, el

busto femenino o las luchas heroicas. Este nuevo universo de formas no es sino el reflejo de la nueva estructura social y política de época plena, basada en la exaltación del grupo social de elite: la aristocracia guerrera. Recientemente, he tenido la oportunidad de revisar la escultura contestana y, al cartografiar la distribución geográfica y cronológica de los hallazgos, se observa que la escultura de Caudete y Villena se incluye en el mismo impulso de creación escultórica que abarca el conjunto de los territorios de la montaña contestana –actuales comarcas de

l'Alcoià-Comtat, valle del río Cànyoles, valle de Albaida, alto Vinalopó— y es el mismo que se extiende hasta Jumilla a través del altiplano Yecla-Jumilla. A este conjunto pertenecerían también la dama y toro de Benimassot, los dos toros de Balones, el monumento con figuras femeninas en relieve de Horta Major (Alcoi), el león de Bocairent, el conjunto de la necrópolis de Corral de Saus (Moixent), la cabeza de caballo de la Font de la Figuera y el cipo con relieves de jinete coronado por un toro de Coimbra y el pilar estela del Prado, ambos en Jumilla.

Por la cronología, finales del s.V a.C. y el siglo IV a.C., el uso ahora, y no antes, de la escultura en los monumentos funerarios de estas tierras interiores responde a ese desarrollo que experimenta la cultura ibérica en el s. IV a.C., y significa la consolidación de los linajes aristocráticos en consonancia con la organización polinuclear del territorio. Frente a este hecho, llama la atención el contraste con otros territorios ibéricos de la provincia alicantina, por ejemplo el mundo ibérico de la costa de la Marina Baixa o de l'Alacantí, donde la demanda de escultura decae en época plena, cuando fue un hecho cultural más importante durante la fase ibérica antigua. Con todo, la escultura del alto Vinalopó y montaña alicantina no puede compararse con la calidad de las tallas y la riqueza compositiva que, en las mismas fechas, presenta la escultura de los yacimientos de la desembocadura y curso del río Segura: l'Alcúdia d'Elx, Cabezo Lucero, Cabecico del Tesoro, Cigarralejo...

presentan una misma iconografía y modelos formales, pero una cualidad artística visiblemente mayor.

De nuevo un retroceso a partir de finales del s. IV hasta el siglo I a.C.

En un momento difícil de precisar a fines del siglo IV a.C., muchos de los poblados del interior de la Contestania, entre ellos el Puntal, pero también algunos costeros, se abandonan en circunstancias similares, con las herramientas y el ajuar domésticos prácticamente intactos en el interior de las estancias. Se trata de un claro indicio del abandono súbito por parte de unos moradores que nunca más regresarían para recuperar el hábitat. Este hecho paralelo en muchos poblados y diversas zonas nos obliga casi a preguntarnos por las causas de este suceso histórico, que sigue pendiente de respuesta: luchas internas, tal vez presiones económicas ejercidas por las potencias mediterráneas del momento. No hay información suficiente para hablar con un mínimo de certeza.

Lo cierto es que a partir de ese momento, el poblamiento ibérico en la comarca vuelve a languidecer, si no es que se vuelve a deshabitar casi por completo, repitiéndose la misma situación que en fechas anteriores. La realidad es que apenas hay indicios materiales de lo ibérico durante los siglos III y II a.C., por no decir que no existen. Así, cuando volvemos a encontrar señales de una reocupación

demográfica será en la primera mitad del siglo I a.C., pero sin llegar a los niveles de desarrollo económico y social alcanzados durante el siglo IV a.C. De hecho, cuando Llobregat publica la *Contestania ibérica* en 1972, no hace alusión al poblamiento ibero del alto Vinalopó. En la actualidad, se conocen algunos enclaves, como el Castillo de Salvatierra, en Villena, Capuchinos y Santa Ana, en Caudete, y la Torre de Sax (Grau y Moratalla, 1998, 66, 70, 79, 97), que podemos encuadrar en este siglo final de la cultura ibérica por la presencia de cerámica decorada en el estilo Elche-Archena y por algunos fragmentos de vasos de mesa itálicos de los tipos llamados campaniense A tardía y Beoide. Con todo, se dibuja una situación de claro retroceso si la comparamos, desde la perspectiva del comercio mediterráneo, con los porcentajes de cerámicas áticas y ánforas importadas de época plena. Una situación que también encontramos con un bajo nivel económico y demográfico en las comarcas de l'Alcoià y el Comtat, aunque aquí el número de yacimientos conocidos sea algo mayor, lo que indicaría una cierta perduración del hábitat, aunque con un descenso en el volumen comercial con respecto a épocas anteriores. Otra comarca que registra un vacío absoluto de importaciones tardo-republicanas es la desembocadura del río Segura, y aquí resulta más inexplicable, si cabe, por varias razones: en primer lugar, por su proximidad a l'Alcúdia-Illici, el gran centro receptor en este momento; y en segundo lugar, porque es una zona en contacto directo con el mar que convirtió el río Segura en una excelente vía de comu-

nicación y comercio hacia el interior. Esta zona, que fue tan importante para la cultura ibérica desde sus orígenes hasta fines del siglo III a.C., durante los dos siglos finales también parece hallarse deshabitada. Por el contrario, en toda costa norte alicantina, unos pequeños enclaves con buenos desembarcaderos naturales, que durante la época plena no destacaron apenas, ahora se convierten en puntos importantes de llegada del vino y la vajilla de mesa itálicos.

En la Contestania, pues, podemos llegar a diferenciar áreas a partir de la mayor o menor presencia de materiales de importación del s. I a.C. En el alto Vinalopó como en los restantes valles interiores, el vacío o la escasez de las primeras cerámicas romanas importadas no tiene explicación por motivos de comunicación geográfica, ya que a finales del s.V y durante el s.IV recibieron objetos y manufacturas desde la costa. Sencillamente que, o han dejado de interesar como áreas comerciales, o que en estas fechas tardías se hallan casi despobladas y políticamente desarticuladas. La Contestania ibérica del s. I a.C. es desde el punto de vista histórico un fenómeno de desarrollo costero. Esta distribución comercial deja entrever una nueva situación geo-política en época republicana tardía, cuyas líneas básicas todavía se nos escapan. Tan sólo hay un hecho seguro, y es que el punto de inflexión se produce con el fin de la Segunda Guerra Púnica y la llegada de contingentes militares y población romana para la conquista definitiva de Hispania.

ORIGEN Y DESARROLLO DEL MUSEO
ARQUEOLÓGICO JOSÉ MARÍA SOLER



El mapa arqueológico del término municipal de Villena aparece jalonado de puntos en los que, en mayor o menor medida, se han localizado restos materiales que demuestran la presencia humana, desde el Paleolítico hasta la actualidad. En nuestra opinión, las causas de esta densidad de poblamiento pueden deberse a diversos factores, entre los que se encuentran una situación geográfica favorable, la abundancia de agua y las numerosas investigaciones arqueológicas desarrolladas en la zona desde mediados de los años 50 del siglo XX, como veremos detenidamente a continuación.

La llanura de Villena está surcada por una serie de sierras de dirección SVV NE, pertenecientes al sistema Penibético, por cuyos valles transcurren las principales vías de comunicación que permiten el tránsito fluido entre la costa valenciana y el norte de Andalucía, por un lado, y entre la meseta manchega y el litoral alicantino a través de la cuenca del Vinalopó, por otro.

La parte central de esta planicie está atravesada por una cresta del anticlinal triásico, formando una especie de dique impermeable que divide la llanura en dos sistemas hidrológicos distintos: el oriental y el occidental. El primero está integrado por la cuenca del río Vinalopó. La cantidad de sales que contienen estas formaciones, así como la depresión formada en el sector occidental, origina el estancamiento de las aguas pluviales que, junto a otras procedentes de manantiales subterráneos, determina la abundancia de agua y la existencia en esa zona de una antigua laguna de agua salada. La Laguna constituía la zona inundada de mayor amplitud, pero existían otras áreas menores en su entorno de similares características, denominadas la Lagunilla o el Balsón (Box, 1987).

Hasta su desecación, acaecida en 1803, la laguna era cobijo de aves migratorias y especies terrestres que encontraban en este ecosistema su fuente de nutrición. Prueba de ello son las ilustrativas palabras escritas por Don Juan Manuel, Segundo Señor, Primer Duque y Príncipe de Villena en su *Libro de la caza* escrito en el primer tercio del siglo XIV:

«En Villena ay mejor lugar de todas las caças que en todo el regno de Murcia [...] De çima del alcáçar verá omne caçar garças et ánades et grúas con falcones et con açores, et perdiçes et codorniçes et a otras aves que llaman flamenques [...] Ca nunca están sinon en muy gran laguna de agua salada; et liebres et conejos. Otrosí del alcáçar mismo verán correr montes de javalís et de çievros et de cabras montesas [...] que hay muchas águilas, [...] que él diría que era el mejor lugar de caça que él nunca viera.»

Además, en el entorno del álveo crecía la vegetación propia del saladar; en especial la barrilla, de gran interés económico puesto que servía para engordar el ganado que, junto con la explotación de la sal, constituían los principales recursos extraídos del entorno lagunar. La agricultura sería un medio de subsistencia de primer orden para los habitantes de los fértiles llanos del piedemonte; la presencia de semillas en muchos de los yacimientos excavados corrobora esta circunstancia.

En este entorno geográfico, caracterizado principalmente por una situación estratégica y abundancia de recursos de subsistencia, se desarrolla el poblamiento humano en Villena que llamó la atención a finales del siglo XIX a los primeros investigadores, quienes bucearon en los orígenes de nuestra ciudad.

Algunos autores califican a don Enrique de Villena como un precursor de los estudios prehistóricos europeos, a tenor de sus comentarios sobre útiles de piedra y de hierro que utilizaban los hombres «quando començaron», en su famoso libro de 1423 *Arte Cisoria o Tractado del arte del cortar del cuchillo* (Enrique de Aragón, 1423). Muy posteriores a esta pionera cita, a finales del siglo XIX, encontramos algunas referencias interesantes publicadas en la prensa local por los canónigos Salvador Avellán y Gaspar Archent, quienes se sumergieron en el estudio sobre nuestros orígenes a partir de los pocos datos proporcionados en aquellos momentos por la ciencia arqueológica. A ellos hay que sumar el trabajo realizado por Eduardo Marín en su *Historia de Villena*, actualmente perdida, no obstante, conocemos algunos datos del manuscrito por José María Soler (Archent, 1934, 1942 y 1943; Avellán, 1899; Puche y Hernández, 2002; Marín (sin fecha).

Pero, la figura que destaca en el panorama arqueológico villenense es, sin duda, José María Soler García, un estudioso de carácter humanista que dedicó la mayor parte de su actividad investigadora a la arqueología de la

zona, descubriendo poblados y yacimientos prehistóricos cuya información permitió llenar el vacío existente entre el Paleolítico hasta la Edad Moderna, en la comarca villenense.

Cuando Soler se asomó al precipicio de la Historia de su ciudad natal estaba, prácticamente, todo por hacer. En palabras del profesor y reputado arqueólogo Miquel Tarradell, «Villena era un blanco en los mapas arqueológicos». No obstante, los datos aportados por los investigadores anteriormente citados, aunque pocos, le sirvieron de piedra angular sobre la que recomponer el complejo discurso histórico al que consagró toda su longeva vida.

Tras algunos titubeos anteriores a la Guerra Civil, anticipo de lo que sería su trayectoria posterior, su plena dedicación empezó a finales de los años cuarenta, con el descubrimiento del poblado prehistórico del Cabezo Redondo. Algunas noticias publicadas en la prensa local motivaron su curiosidad y le dieron pie a visitar el lugar, con el fin de estudiarlo más a fondo. La seriedad y el rigor vertidos por Soler en el trabajo que publicó poco después sobre este yacimiento le valió su nombramiento como Comisario Local de Excavaciones Arqueológicas por la Dirección General de Bellas Artes en 1950 (Soler, 1949). Aquello supuso el detonante de una carrera imparable de hallazgos que desembocaron en la apertura, el 3 de noviembre de 1957, del Museo Arqueológico Municipal.

Detalle de la portada del
Palacio Municipal de Villena



El espacio destinado al Museo, ubicado en el ala norte de la planta baja del Palacio Municipal, consistía en una sala de exposición y un laboratorio, lugar éste que Soler destinaba al tratamiento y almacenaje de los fondos y que pronto se atestó de materiales arqueológicos. De esta forma, Villena se unió a un selecto grupo de museos integrado por Alicante, Orihuela, Alcoy y Elche que constituían las únicas instituciones de este tipo en la provincia de Alicante. Una década más tarde de la apertura al público se produjo la creación oficial del Museo, indudablemente muy vinculada al descubrimiento, en 1963, de los dos tesoros prehistóricos: el famoso Tesoro de Villena y el Tesorillo del Cabezo Redondo, que vinieron a incrementar el interés de la colección fundacional. La Orden Ministerial que dio carta de naturaleza a esta institución ponía de manifiesto la relevancia de sus fondos, otorgaba al Museo el nombre de su fundador y delegaba la dirección del mismo a José María Soler.

Al indudable interés que revisten los fondos del Museo hay que unir la del edificio donde se ubica, un contenedor acorde al preciado contenido que conserva. El Palacio Municipal fue construido a principios del siglo XVI como casa-abadía de la vecina Iglesia de Santiago y adquirido en 1576 por el Concejo Municipal para Casas Consistoriales, destino que sigue cumpliendo en la actualidad. Del imponente edificio destaca la fachada principal cuya portada, de estilo clásico, está ricamente labrada con esculturas alegóricas y tenantes que sujetan el escudo de la ciudad. En la parte superior destacan las dos ventanas

renacentistas atribuidas, junto a la portada, al escultor italiano Jacobo Florentino. La ventana de la izquierda de la fachada, por el contrario, tiene un claro estilo barroco fruto de la reforma efectuada en 1707 tras la destrucción parcial del edificio en la Guerra de Sucesión. En el interior, sobresale el patio de doble galería, cuyo estilo italianizante lleva a pensar a muchos autores en una posible obra del arquitecto Jerónimo Quijano.

A lo largo de su casi medio siglo de andadura, las dependencias del Museo han sido objeto de distintas reformas dirigidas a su adaptación a las nuevas necesidades. La más importante fue la efectuada en 1987, justo treinta años después de su apertura, cuando el Museo volvía a abrir sus puertas para dar a conocer a todo el público los nuevos espacios dados a la institución; esto es, la ampliación de la sala de exposición, la habilitación de un espacio para despacho, otro para laboratorio y un nuevo almacén en el sótano del edificio. Desde esa fecha, pocas han sido las variaciones experimentadas por lo que se refiere al espacio que ocupa el Museo, excepto el traslado de los fondos a un nuevo almacén en el año 1998, con espacio suficiente para dar cabida al abundante conjunto, considerablemente crecido tras cincuenta años de existencia de la institución.

El desarrollo experimentado por el Museo de Villena desde su creación es fruto del esfuerzo de las instituciones responsables de la conservación del patrimonio histórico, así como de todos los investigadores que han estudiado



y difundido sus fondos: una colección que prestigia a este centro y que favoreció, en 1993, su inclusión en el Sistema Valenciano de Museos, dependiente de la Generalitat Valenciana y que conlleva el registro de la colección en el Inventario General del Patrimonio Cultural Valenciano. Todo ello ha permitido la consolidación del Museo Arqueológico José María Soler como un centro de estudio sobre la historia de Villena y su comarca.

EL MUSEO POR DENTRO

Los principales objetivos del Museo son exponer y difundir la historia de Villena a través de los restos arqueológicos, conservar los fondos que lo constituyen, así como organizar actividades de difusión y promoción de la historia de Villena y cooperar en su estudio y divulgación.

Una labor esencial: la conservación

Desde su apertura, los fondos se ven continuamente incrementados con los ingresos procedentes, por un lado, de los proyectos de actuaciones arqueológicas ordinarias que se desarrollan anualmente tanto en Cabezo Redondo como en Terlinques; por otro, de los hallazgos producidos en las actuaciones urbanas, al amparo del BIC con que cuenta el casco antiguo de la ciudad y, por último, de las excavaciones arqueológicas efectuadas en los municipios

de comarca del Alto Vinalopó incluidas dentro del ámbito de competencia del Museo de Villena.

Aunque en menor medida, también hay que contar con los ingresos por donaciones que se producen con frecuencia en el Museo. En su mayoría proceden de hallazgos casuales localizados por particulares en Villena y sus alrededores. En los últimos años destaca la donación de una importante colección de monedas de plata de origen griego y un conjunto de útiles líticos del Paleolítico Inferior, procedentes del norte de África.

Junto con la necesaria labor de restauración de los fondos, en el apartado de conservación adquiere especial importancia la protección de los yacimientos arqueológicos, tanto existentes en el término como urbanos. En cuanto al primer caso, existe una protección específica en el Plan General de Ordenación Urbana de Villena. Por lo que respecta al centro histórico, se ha incluido una normativa en el Plan Especial de Protección y Conservación del Centro Histórico-Artístico de la ciudad de Villena en la que se ha contemplado, además de la pertinente excavación previa a la nueva construcción, un apartado dedicado a la supervisión y estudio murario de los edificios existentes antes de su derribo, con el fin de poder localizar restos de estructuras supervivientes de épocas anteriores, una documentación fundamental para estudiar el proceso de ocupación y desarrollo de la ciudad de Villena, desde el siglo XIV hasta nuestros días.

Moneda (anverso y reverso). Poblado de Absorción

Plaza e Iglesia de Santiago





Actualmente, uno de los objetivos prioritarios del Museo es impulsar el inventario de materiales, con el fin de contar con un instrumento de control, búsqueda y clasificación de los numerosos restos arqueológicos que integran sus fondos. Del mismo modo se está procediendo con las más de 5.000 imágenes sobre Arqueología, Museología y Patrimonio Histórico que constituyen el archivo gráfico del Museo. Con la digitalización de todo este repertorio se pretende conservar y poner a disposición de los investigadores, profesionales y público en general una importante documentación especializada de gran valor histórico.



El Museo y su proyección exterior

El Museo Arqueológico proyecta anualmente un programa de actividades de difusión para que los visitantes tengan un mayor conocimiento del trabajo desarrollado en la institución, así como de los fondos que conserva. Entre las primeras se encuentra la decana **Jornadas de Puertas Abiertas**, que se desarrollan en el yacimiento del Cabezo Redondo coincidiendo con la campaña de excavaciones arqueológicas que el profesor Mauro Hernández lleva a cabo cada año. El

Cabezo Redondo,
Jornadas de Puertas
Abiertas

Taller de Prehistoria para
todos los públicos

Museo actúa como centro de acogida ofreciendo, además de la visita guiada a la sala de exposición, talleres para todas las edades sobre algún aspecto relacionado con la Prehistoria o la Arqueología, que contribuyen a darle un sentido educativo y lúdico a las Jornadas.

Entre las actividades dirigidas a difundir las colecciones o a servir de estímulo para ampliar el abanico de visitantes, se encuentra la celebración del **Día Internacional del Museo**, que convierte el 18 de mayo en una excusa recurrente para propiciar el encuentro entre el Museo y su público.

Pero el Museo está también presente fuera de sus instalaciones. Por un lado, con la organización de exposiciones sobre sus propios fondos, por otro, con el préstamo de piezas para muestras nacionales e internacionales. Ambos casos permiten dar a conocer parte de nuestra colección y colaborar con otras instituciones. En este sentido cabe destacar en los últimos tiempos la organización, por el propio Museo y la dirección de la excavación arqueológica, de la exposición *Campesinos y Artesanos*, con motivo de los hallazgos producidos en el asentamiento prehistórico de Terlinques, o la muestra *El grafito de la Mano de Fátima*, a propósito de la restauración del grabado del Castillo de la Atalaya. En otros casos se ha optado por instalar exposiciones itinerantes sobre los fondos del Museo, como *La obra dorada*; Los colores del oro en la cerámica valenciana, *Canyada Joana*; Un ejemplo de la vida rural

en época romana, *La Sarga*; *Arte rupestre y territorio* o *Y acumularon tesoros*, entre otras.

Otro modo de dar a conocer nuestros fondos es el préstamo temporal de piezas a otros museos. Desde sus inicios éste ha sido el planteamiento dado a la gestión de la colección por José María Soler, quien propició la divulgación del Tesoro por todo el Mundo. En este sentido la cooperación con otras instituciones es frecuente, como prueban las piezas cedidas a exposiciones de la talla de *Los iberos, príncipes de occidente*, en París, Barcelona y Bonn; *El Mediterráneo desde esta orilla* o *Y acumularon tesoros*, por todo el Levante y Murcia; *Oro mágico*, en el Museo Nacional de Núremberg, o a la exposición permanente del Museo Arqueológico de Alicante (MARQ).

Con todo, uno de los mayores esfuerzos para proyectar el Museo al exterior se lleva a cabo en el ámbito educativo. Es indiscutible que los museos se están convirtiendo en centros de educación no reglada, y así lo demuestra el alto porcentaje de escolares que acuden a visitarlo. Para dar respuesta a las necesidades didácticas que plantean estos grupos, el Museo de Villena cuenta con recursos como el **Taller de Prehistoria**, que se desarrolla en el propio yacimiento de Cabezo Redondo; la maleta didáctica sobre los modos de vida en la antigüedad y la guía didáctica sobre la prehistoria *La Edad del Bronce en Villena: del Cabezo Redondo al Museo Arqueológico* (Barbado et alii, 2003). También de carácter didáctico, pero dirigido a un

Excavaciones en Terlinques,
agosto 2005



público de edades más diversificadas, son las actividades para invidentes que se organizan con reproducciones de las principales piezas del Museo.

Del planteamiento descrito se desprende que la oferta de actividades de difusión es, necesariamente, variada atendiendo a la heterogeneidad que presentan los visitantes que acuden al Museo, a la vez que intenta captar un público potencial que lo visite en el futuro.

Investigación

La investigación en el Museo tiene como cometido básico el conocimiento de los bienes que conserva para su catalogación y programación de los contenidos de la sala de exposición. Esta tarea se lleva a cabo, por un lado, a través de los estudios del propio personal del Museo –fundamentalmente en el área urbana– y, por otra, facilitando a otros investigadores el acceso a los materiales depositados en la institución.

Desde su creación han sido numerosos los investigadores que se han interesado por el estudio de los fondos del Museo de Villena, muchos de ellos con el objeto de incluirlos en sus Tesis de Licenciatura o Doctorales. Todos ellos han contribuido a un mayor conocimiento de nuestras colecciones.

José María Soler realizó una labor trascendental estudiando los yacimientos excavados por él mismo, como las primeras

campañas de Cabezo Redondo (Soler, 1949; 1951; 1953; 1954; 1957; 1966, 1976, 1986, 1987), Cueva del Cochino (1956), Lagrimal (1991), Tesoro y Tesorillo (1964; 1965; 1969), poblados Eneolíticos (1981), Epipaleolíticos (1983), ibéricos y romanos (1967; 1969; 1990) o de arqueología urbana (1956; 1977; 1978; 1984; 1986; 1987), entre otros muchos.

Al retomar los trabajos en Cabezo Redondo, Mauro Hernández Pérez hizo lo propio a partir de los años ochenta y hasta la actualidad (1985; 1986; 1997; 2001, 2003). También fundamentales para el estudio de la Prehistoria son los trabajos de prospección de F. Jover, J.A. López Padilla y J.A. López Mira en el entorno de Cabezo Redondo (1994; 1995) y las posteriores excavaciones a cargo de los dos primeros en Barranco Tuerto y Terlinques (1999; 2001; 2004; 2005); E. Domenech Faus estudió los materiales pertenecientes al Paleolítico Superior y Epipaleolítico de la Cueva Grande y Pequeña de la Huesa Tacaña, Casa de Lara y Pinar de Tarruella (1993), revisados recientemente por J. Casabó (2004) y el estudio dentario efectuado por B. Cloquell. Respecto a materiales procedentes de municipios del entorno, destaca el estudio de los yacimientos del término municipal de Caudete, por L. Pérez Amorós (1993; 1994; 2003) y el de M.A. Esquembre Bebia basado en sus prospecciones por los términos de Biar, Cañada, Benejama, Campo de Mirra y Banyeres (1997). Novedosa fue la investigación sobre los brazaletes del Tesoro de Villena a cargo de Perea y Armbruster (1994). Destacan también otros importantes

trabajos de Prehistoria, como el estudio de los metales prehistóricos por J. L. Simón García (1998); la revisión de la secuencia de Casa de Lara a cargo de J. Fernández López de Pablo (1997; 1999); la prospección en el valle de los Alhorines y el estudio de los Pedruscales llevado a cabo por J. García Guardiola (2004; 2005); el estudio de M.P. De Miguel de los restos óseos calcolíticos y del Bronce (2004); la revisión de los materiales de Las Peñicas por L. Hernández, L. Pérez y J. Menargues (2004) o la revisión del material osteoarqueológico de A. Romero Rameta y la de J. Pina procedente del Siri (Monóvar).

De época ibérica, además de los estudios de L. Hernández sobre el Peñón del Rey (1997), se distinguen los de F. Sala y L. Hernández sobre el Puntal de Salinas (1992, 1993, 1995, 1996, 1997, 1998, 2000); y la síntesis de I. Grau y J. Moratalla (1998).

Por lo que respecta a época medieval, hay que mencionar los trabajos sobre los castillos de la Atalaya y Salvatierra por A. Navarro y F. Tendero, respectivamente (2001), y el estudio de los grafitos del Castillo de la Atalaya a cargo de C. Navarro y L. Hernández (1997; 1999; 2003). Y de época moderna y contemporánea, el trabajo sobre las canteras de yeso por J. García Guardiola, C. Rizo y A. Luján (2004).

La línea de investigación del Museo se ha orientado, fundamentalmente, al estudio de la evolución urbana de Villena mediante la excavación de más de 30 solares en los

últimos tiempos, a los que hay que unir los supervisados por Soler desde los años 50. Asimismo, se han dirigido las actuaciones arqueológicas desarrolladas en el Castillo de la Atalaya, tanto las excavaciones propiamente dichas, como el proyecto de estudio y reproducción de los grafitos del monumento.

Con el fin de divulgar los fondos del Museo y dar cabida a la publicación de investigaciones como las anteriormente citadas, se creó recientemente **Vestigium**, un proyecto editorial que esperamos suponga una aportación importante al conocimiento de la historia de Villena y su comarca.

Además, el Museo cuenta con una biblioteca especializada integrada por 1.800 volúmenes a disposición de los investigadores.

LA COLECCIÓN

El Museo Arqueológico de Villena destaca en el panorama museístico valenciano por la variedad y relevancia de sus colecciones. La amplitud cronológica de éstas permite hacer un recorrido histórico desde la Prehistoria hasta el siglo XX, conociendo las sucesivas y, en algunos casos, excepcionales manifestaciones culturales de los pueblos que han habitado en el territorio villenense. Es importante, destacar que, si bien la mayoría de los fondos del Museo proceden del término municipal de Villena, también hay



piezas de poblaciones vecinas como Biar, Benejama, Campo de Mirra, Cañada, Caudete, Salinas y Sax.

Prehistoria

Los restos más antiguos localizados hasta el momento en la comarca pertenecen a la **Cueva del Cochino** de Villena (Soler García, 1956). Se trata, fundamentalmente, de útiles de caza y trabajo del complejo Musteriense tipo Ferrassie, industria perteneciente al Paleolítico Medio y caracterizada por la presencia de puntas, raederas (desviadas), raspadores, buriles, perforadores, denticulados, etc., realizados en sílex con la característica talla levallois por los cazadores más efectivos de nuestra Prehistoria: los Neandertales, un grupo humano de compleción física muy robusta, que podía producir el fuego a voluntad y lo utilizaba sistemáticamente; recolectaba frutos y raíces para completar la dieta y enterraba a sus muertos, aspecto éste último que indica una cierta cohesión y solidaridad grupal. La cueva estuvo ocupada en los interstadios más cálidos de la última glaciación, en una horquilla cronológica que abarca desde el 60000 hasta el 40000 antes del presente (Villaverde Bonilla, 1984, 266-280).

El poblamiento continúa en el Paleolítico Superior, coincidiendo con el final del último periodo glacial, aunque con existencia de intervalos templados. En Villena se han localizado evidencias de esta época en la **Cueva**

Grande de la Huesa Tacaña, considerada como uno de los yacimientos paleolíticos más importantes del Vinalopó (Casabó, 2004, 311-313). La industria lítica proporcionada por esta cueva es un tanto peculiar, con abundancia de buriles y escasez de hojas de dorso y raspadores, aunque permite adscribirla a los momentos finales de esta cultura, concretamente al periodo Magdaleniense. Además del uso del sílex, se han encontrado instrumentos de hueso y ejemplares de conchas marinas. Estos restos se asocian ya a los humanos modernos: el Homo Sapiens que habita fundamentalmente en cuevas, aunque temporalmente, en campamentos al aire libre. Se cree que estos cazadores-recolectores no eran nómadas, aunque ocasionalmente podían abandonar su hábitat.

Tras el Paleolítico Superior, hace aproximadamente 10.000 años, comienza la fase cultural denominada Epipaleolítico o Mesolítico coincidiendo con el periodo geológico Holoceno. En este momento se produce una mejora en las condiciones climáticas que hizo desaparecer a las grandes manadas de rumiantes, por lo que los últimos cazadores tuvieron que ampliar el abanico de posibles fuentes de alimento con pequeños mamíferos y productos marinos (aves acuáticas, peces, etc.). Durante el Mesolítico se desarrollaron unos métodos de talla destinados a la obtención de instrumentos de tamaño muy pequeño, los microlitos, cuyas dimensiones no alcanzan más de dos o tres centímetros. Algunos eran de una forma geométrica



Cueva del Lagrimal

muy bien definida: semicircular, triangular, trapecio, etc. Se utilizaban enmangados en el extremo o a los lados de instrumentos de madera, hueso o cuerno, de manera que pudieran ser reemplazados si se perdían o se fracturaban. Las técnicas de caza también experimentaron una notable mejoría con la aparición de los arcos y las flechas, que permitían capturar animales a mayor distancia y con mayor eficacia. En Villena se localizó este período en cuevas, como la del **Lagrimal**, cuyo nivel IV se atribuye al complejo Epipaleolítico Microlaminar (Soler García, 1991) y al aire libre, como demuestran los interesantes restos localizados en **El Pinar de Tarruella**, yacimiento villenense situado en el borde suroeste de la antigua laguna, enmarcado en la cultura Microlaminar de facies Sant Gregori (Fortea, 1973). La reciente revisión de los materiales de este asentamiento ha dado a la luz un canto rodado con incisiones intencionadas que podrían corresponder a algún tipo de manifestación artística (Casabó, 2004, 314-315).

Estos grupos mesolíticos se encuentran habitando el llano villenense en zonas con un alto potencial biofísico, como **Casa de Lara y Arenal de la Virgen**, en el llano y alguna cueva, como el Lagrimal. Su economía es cazadora depredadora con un peso importante de la pesca, tal y como se desprende de los restos de vértebras de pez obtenidos en muchos yacimientos (Bernabé, 1995, 52).

En torno al V milenio, estas sociedades inician un proceso de cambio que desembocará en la neolitización, como respuesta a los contactos directos mantenidos entre éstos con pobladores recién instalados en la costa levantina y portadores de una economía agrícola, que fue pronto asimilada por los mesolíticos. Los nuevos modos de subsistencia conllevan las técnicas agrícolas y ganaderas, y también las primeras cerámicas, permitiendo nuevas posibilidades de almacenamiento, transporte y preparación de los alimentos. Las decoraciones de las cerámicas se han considerado como elemento de datación, siendo las más antiguas las impresas cardiales, localizadas en los asentamientos del llano de Casa de Lara y Arenal de la Virgen, mientras que la Cueva del Lagrimal presenta un repertorio de cerámicas incisas sin cerámica cardinal.

Aunque siguen obteniéndose útiles de sílex, como cuchillos, perforadores, taladros y puntas de flecha, la producción de objetos de piedra se diversifica con la nueva técnica del pulido, que permitía el trabajo con rocas muy duras.

Durante dos milenios se desarrolló esta nueva cultura agrícola y ganadera, apreciándose pocos cambios por lo que respecta a la tecnología, hasta el III milenio a.C., momento en el que hacen su aparición los primeros objetos metálicos –Neolítico II o Eneolítico–, aunque no se puede hablar de metalurgia hasta momentos

posteriores, en torno a finales del III milenio a.C., cuando surge la cultura denominada Horizonte Campaniforme de Transición. Durante este período aparece un tipo de cerámica de forma acampanada y decoración incisa, que da nombre a la cultura. Otro aspecto característico es la proliferación de objetos de cobre, algunos de extraordinaria importancia como un puñal y dos puntas del **Peñón de la Zorra** (Soler, 1981). El urbanismo experimenta un notable desarrollo, apareciendo ahora poblados ubicados en altura y fortificados, como el **Puntal de los Carniceros** y el Peñón de la Zorra con una clara intención de controlar el territorio y las zonas de paso. La presencia de ricos ajuares con presencia de plata en cavidades próximas utilizadas como necrópolis presupone la existencia de personajes preeminentes.

Las significativas innovaciones producidas en el Horizonte Campaniforme de Transición suponen el cambio de las sociedades segmentadas neolíticas hacia otras jerarquizadas características del período siguiente.

En el II milenio se produce una intensificación del poblamiento en la comarca, constatado por un gran número de yacimientos descubiertos –25 hasta el momento–, en su mayoría ubicados en los cerros del anticlinal triásico que ocupa el centro de la llanura, así como en alturas medias que rodeaban la laguna. Los proyectos de investigación dedicados a yacimientos de este período, Cabezo Redondo (Soler, 1987; Hernández, 1986; 1997; 2001), Terlinques (Soler

y Fernández, 1970; Jover *et alii*, 2001; Hernández *et alii*, 1998) y **Barranco Tuerto** (Jover y López, 2005), junto con prospecciones en el entorno de Cabezo Redondo (Jover *et alii*, 1994) han hecho posible un mejor conocimiento de las sociedades que ocuparon la zona al final de la Prehistoria y así queda reflejado entre los materiales expuestos en la sala del Museo.

Los 1.850 años a.C. que proporcionaron los análisis de un carbón de **Terlinques** lo sitúa como uno de los asentamientos más antiguos de la provincia, por lo que resulta trascendental para el conocimiento del origen de la Edad del Bronce en la zona. Es significativo el hallazgo de aretes de oro y plata entre los niveles de ocupación del yacimiento, posiblemente adquiridos por la elite del poblado en la zona SE peninsular; y que son considerados los objetos más antiguos de orfebrería valenciana.

En momentos más avanzados del II milenio –Bronce Tardío– surge en Villena un potente foco cultural centrado en el excepcional yacimiento del **Cabezo Redondo**, definido por su excavador como un asentamiento principal que articularía todo el Vinalopó (Hernández, 1997). Los poblados del Tabayá (Aspe) y la Illeta dels Banyets (Campello) serían los puntos donde se apoyaría la ruta desde Cabezo Redondo hasta el mar. La cultura material de Cabezo Redondo presenta un registro variado de elementos metálicos, mientras que la cerámica es monótona y se relaciona con formas de El Argar (sureste

peninsular). Los molinos, dientes de hoz, hachas y azuelas, cereales, fauna, etc. indican que la agricultura y, sobre todo, la ganadería y la caza tuvieron un notorio peso en la economía. La actividad metalúrgica está atestiguada por la presencia de moldes de fundición, crisoles, yunques o cinceles y numerosos objetos de cobre, bronce, oro y plata. Por otro lado, las estructuras descubiertas hablan de un incipiente urbanismo, planificado con el trazado de calles y manzanas de casas, con áreas destinadas a viviendas, hogares, hornos y espacios públicos.

Por lo que respecta al ámbito funerario, las excavaciones de Cabezo Redondo han puesto de manifiesto la existencia de enterramientos en grietas, covachas, fosas, cistas y urnas, acompañados de ajuares funerarios que en algún caso contiene pequeños objetos de oro significativo de una cierta posición social. Quizás esta misma elite fue la propietaria de un conjunto de piezas, aparecido al azar en abril de 1963 en la ladera oriental del cerro, conocido como **Tesorillo del Cabezo Redondo**, expuesto también en el Museo Arqueológico. Está compuesto por 35 piezas de oro, en su mayor parte de adorno personal: brazaletes, espirales, anillos, pendientes o colgantes, cintas, una diadema, una cuenta de collar y un lingote, pieza ésta relacionada con una posible fabricación local. Todo parece indicar que se trata de una ocultación, aunque las circunstancias del descubrimiento impiden saber con exactitud cual era su ubicación original.

En torno al 1300 a.C. el Cabezo Redondo se abandona sin brusquedad, probablemente como consecuencia de un cambio en los intereses económicos. Con los datos disponibles actualmente parece deducirse una ausencia de hábitat en el Bronce Final en toda la cuenca de Villena y, como único testimonio quedaría un fabuloso conjunto de oro conocido como **Tesoro de Villena**.

El descubrimiento del Tesoro se produjo de forma casual. En diciembre de 1963 apareció un brazalete de oro de medio kilo de peso en las arenas de una obra que se llevaba a cabo en un solar de Villena. Enterado José María Soler excavó la Rambla del Panadero, de donde procedían aquellas tierras, y encontró una vasija enterrada en un hoyo que contenía en su interior el fabuloso conjunto (Soler, 1964; 1965; 1969; 1976; 1989). Explorada sistemáticamente la zona en su totalidad, se pudo comprobar la inexistencia de otros restos arqueológicos, lo que llevó a Soler a interpretar el Tesoro como una ocultación. Se compone de sesenta y seis piezas de oro —cuencos, brazaletes, botellas y diversas piezas de adorno—, tres botellas de plata, un brazalete de hierro y dos mixtas: un remate de hierro con adornos de oro y un botón de ámbar y oro.

Sobre el origen del Tesoro, la tecnología empleada para su fabricación, su cronología o significado social se ha publicado una extensa literatura. Existen teorías que postulan un origen local, relacionándolo con los hallazgos de Cabezo





Redondo y con la elite del poder (Hernández, 1997, 110); otras corrientes convienen en atribuir un carácter foráneo al conjunto, bien mediterráneo como fruto de posibles contactos comerciales, bien centroeuropeo e, incluso, nórdico a tenor de los paralelos existentes entre los cuencos de Villena con otras producciones de esas latitudes europeas (Perea, 1991).

80 / 81

Algo similar ocurre con el significado del conjunto, interpretado por algunos como la ocultación de un orfebre, o como marca de un territorio por otros, como dote femenina o, también, como ostentación del poder de un individuo o grupo que vive en el Cabezo Redondo y cuyo estatus se hereda (Ruíz-Gálvez, 1995). Parece aceptado que los cuencos y las botellas podrían corresponder a una vajilla de tipo religioso o de lujo de uso doméstico; los brazaletes, por su parte, serían objetos de adorno personal y las pequeñas piezas semiesféricas podrían haber decorado un cetro o empuñaduras de espadas.

La cronología también es discutida, debido, fundamentalmente, a la ausencia de contexto que conlleva una ocultación de este tipo. Todas las argumentaciones se basan en paralelismos tipológicos con piezas o conjuntos que carecen asimismo de dataciones absolutas y que se encuentran en el mismo caso que Villena. Algunos investigadores, entre ellos José María Soler, aceptan como fecha de la ocultación el año 1000 a.C., basándose en



Tesoro de Villena

Arracada de
La Condomina

las semejanzas entre el Tesoro de Villena y el Tesorillo del Cabezo Redondo y en la presencia de hierro como metal atesorable. Esta fecha ha sido aceptada por otros investigadores a la vista de los dos objetos de hierro. No obstante, hay quien establece que la ocultación se fecha a mediados del siglo VIII a.C., según los paralelos que se observan entre las piezas de Villena con otras europeas.

Local o foráneo, lo que sí es cierto es que quien decidió esconder un conjunto de joyas tan formidable jamás pensó que sus pertenencias iban a ser descubiertas por ningún ser humano, y muchos menos exhibidas ante los ojos de multitud de turistas curiosos. El Tesoro es, hoy por hoy, el emblema del Museo y constituye para el gran público la mayor atracción del mismo. Por su parte, los especialistas lo admiran y debaten todavía el significado y las incógnitas que plantea el que ha sido considerado el conjunto áureo-arqueológico más importante de Europa.

La Cultura Ibérica

En un espacio destacado del Museo, presidido por la imponente **Dama de Caudete**, se exhiben los materiales pertenecientes a época ibérica, la cultura desarrollada en la franja costera mediterránea y regiones limítrofes del interior, entre el siglo VI a.C. y el cambio de Era. Según se desprende de los textos romanos, el territorio que hoy comprende básicamente la provincia de Alicante estuvo

poblado por los contestanos, por lo que Villena se sitúa en la zona periférica de su influencia. El origen de esta cultura está profundamente relacionado con las influencias recibidas por los habitantes de la zona, de los colonizadores fenicios situados en el sur de Andalucía y las procedentes de las colonias griegas del noreste peninsular.

Los cambios culturales más destacados que se producen en este momento son la fabricación de la cerámica a torno, la consolidación del uso del hierro y la adaptación definitiva de asentamientos sedentarios en poblados amurallados, situados sobre cerros destacados y de buena visibilidad, dominando un entorno de buenos terrenos de aprovechamiento agrícola.

Hasta la formación de la Cultura Ibérica se constata una ausencia en la ocupación de la zona, que quizás haya que ponerla en relación con la ausencia de hábitat en el Bronce Final. Lo que sí es cierto es que el primer testimonio de esta época lo encontramos en una pieza excepcional: la **Arracada de la Condomina**, un pendiente de oro de estilo orientalizante, realizado con filigrana al aire, fechado en el siglo VI a.C., que constituye otra joya de la colección del Museo (Soler, 1990). Lamentablemente la pieza está descontextualizada y el único dato que proporciona es la zona de su localización, de la que toma el nombre, una partida situada al oeste de la población donde, exceptuando esta pieza, no se tiene constancia de la existencia de restos arqueológicos.





Posteriormente a este hallazgo aislado, que poca información puede proporcionar, se sitúa la necrópolis del **Peñón del Rey**: un curioso conjunto de incineraciones colocadas en una oquedad del terreno y cubiertas con cuencos grises, fechada a mediados del siglo V a.C.. La particularidad de este yacimiento respecto a otras necrópolis ibéricas es la parquedad de los ajuares funerarios, que se limitan a unos escasos objetos metálicos entre los que destaca una fíbula anular hispánica (Hernández, 1997). Todo ello la convierte en un caso excepcional sin paralelos conocidos en el mundo ibérico.

De este momento es también un asentamiento conocido únicamente por hallazgos superficiales en la partida del municipio de Salinas denominada **La Molineta**, situado en el borde de la laguna. De este yacimiento únicamente conocemos un pequeño lote de materiales compuesto por cerámicas pintadas ibéricas e importaciones áticas. Podría tratarse de una necrópolis, aunque actualmente carecemos de datos para establecer conclusiones firmes al respecto (Hernández y Sala, 1996, 99-100).

Muy distintos son los datos de que disponemos para conocer los momentos plenos de esta cultura, proporcionados en su mayor parte por el yacimiento más importante del Alto Vinalopó: **El Puntal de Salinas**, un asentamiento situado en un espolón sobre la laguna de esta localidad y dominando el corredor de paso que

comunica el Alto Vinalopó con la región murciana, en un entorno de alto potencial agrícola (Hernández y Sala, 1996). Las excavaciones realizadas por José María Soler a mediados de los años 50 pusieron al descubierto un pequeño poblado fortificado rodeado en dos de sus flancos por una potente muralla reforzada por varios torreones y una torre en el ángulo NO. El sistema defensivo se completa con un foso excavado en la roca que intercepta el paso desde el oeste. Presenta un urbanismo geomórfico, es decir, se adapta al terreno para aprovechar las defensas naturales que ofrece. Las viviendas situadas junto a la muralla adosan su pared trasera a ésta, orientando la fachada a la calle principal, de la que parten otras secundarias de menor tamaño (Hernández, 1995). Una seleccionada muestra de los materiales obtenidos en la excavación se expone en el Museo: vasos ibéricos pintados, ánforas, platos, etc.

A pocos metros ladera abajo del poblado, en una pequeña meseta, se sitúa la necrópolis del poblado, también excavada por José María Soler y donde se localizaron treinta y siete tumbas de incineración con sus respectivos ajuares funerarios (Sala y Hernández, 1998). Algunos de los objetos de estos depósitos demuestran la ascendencia social de los individuos a los que pertenecieron, como los encontrados en la tumba 29-30: falcata, puntas de lanza, solliferreum, cuchillo, escudo y bocado de caballo. En muchas de estas armas

Puntal de Salinas

El Zaricejo



(falcata, lanzas y manilla de escudo) se han conservado restos de decoración, en cobre y plata, que inducen a interpretarlos como armas de prestigio pertenecientes a un personaje socialmente importante en la jerarquía del poblado (Hernández, 2005). Por su parte, el análisis de los restos óseos indican que se trata de un adulto, por lo que no parece descabellado pensar que pudiera tratarse de un guerrero.

Según los datos recogidos por Soler en su excavación, en el Puntal parece existir un solo momento de ocupación, por lo que podría pertenecer al grupo de asentamiento que en el siglo IV se fundan ex novo en elevaciones medias y altas (Bonet y Mata, 1994, 161).

Contemporáneo al Puntal de Salinas es el **Zaricejo**, situado en el borde suroeste de la laguna de Villena, de nuevo una situación de óptima explotación agrícola. La ausencia de excavaciones arqueológicas y la fuerte roturación del terreno hace que tengamos pocos datos de este yacimiento, únicamente la existencia de cerámicas pintadas y áticas, junto a un fragmento de escultura perteneciente a una leona asociados a manchas de cenizas, que fueron localizados casualmente por el tractor que labraba el terreno. Podría tratarse de una necrópolis relacionada con el hábitat de **El Castellar**, un espolón elevado situado junto al Zaricejo, rodeado de una potente muralla con torreones fabricada en seco, donde recientemente han aparecido materiales ibéricos.

A favor de este argumento está el hecho de que los cambios documentados en los asentamientos, descritos anteriormente, se producen también en las necrópolis, observándose al sur del Júcar una destrucción de monumentos funerarios anteriores que son reutilizados como material de construcción en tumbas o en otros edificios de este momento. Quizás algo similar ocurriera con la **Dama de Caudete**, una excelente escultura ibérica del siglo IV a.C. que fue descubierta por Soler en dos fragmentos, cabeza y cuerpo. Reproducimos a continuación la detallada descripción de la piezas publicada por él:

«Se trata de un busto femenino con manto que enmarca la cabeza y desciende por los hombros para unirse debajo del escote y continuar hasta la base en pliegues escalonados. Las manos están ocultas bajo el manto [...] Lleva tres collares y va tocada con peineta corta cubierta por una ajustada mantilla que llega hasta la frente y desciende por los aladares dejando al descubierto unos rizos del cabello. La mantilla se ciñe a la cabeza por medio de una diadema. El manto [...] deja albergados unos grandes pendientes circulares que cuelgan de las orejas, ocultas bajo la mantilla. Por la parte posterior, a la altura del cuello, hay un resalte que ha sido vaciado para dejar un hoyo [...] Puede tratarse de la variante de los huesos cinerarios de que van provistas algunas esculturas coetáneas, como la de Elche o la de Baza. Parece abonar



Cuenca gris. Cerámica.
Candela

esta suposición la circunstancia de que toda la parte posterior de la escultura se halla simplemente debastada, como para estar empotrada y ser contemplada de frente» (Soler, 1989, 89).

A partir del siglo III a.C., el inicio de la Segunda Guerra Púnica y la llegada de los romanos a la península ibérica provoca un cambio en el patrón de asentamiento de algunos yacimientos. Esta podría haber sido la causa del encastillamiento de los pobladores que, en el siglo II a.C. se instalan en **Salvatierra**, situado en la cresta de la Sierra de la Villa, a 700 m de altitud. En sus excavaciones, José María Soler localizó cerámica pintada, vajilla de mesa, campaniense, grandes contenedores cerámicos, monedas y glandes de plomo, éstos últimos como muestra del carácter belicoso del yacimiento (Soler, 1989, 93). Existen en ambas laderas grandes depósitos excavados en la roca, algunos con un canal de recogida del agua de lluvia cuya funcionalidad como aljibes no ofrece duda; otros tienen entalladuras para encajar una cubierta de madera. Su cronología presenta dudas, puesto que no tenemos elementos suficientes para valorar su origen ibérico ni para descartar su filiación medieval. Además de estas estructuras, de difícil adscripción como decimos, se aprecian en superficie alineaciones de muros de mampostería, muy posiblemente pertenecientes al castillo medieval construido entre finales del siglo X y principios del XI en el mismo lugar.

La época romana

Roma, vencedora de la Segunda Guerra Púnica después de derrotar a los cartagineses, acaba con la independencia del mundo ibérico en el siglo III a.C., cuando llegan a la Península Ibérica para conquistarla en su totalidad.

La romanización dejó durante decenas de generaciones un legado que hoy contemplamos y vivimos: su idioma, sus costumbres, sus monumentos y obras públicas, su red de comunicaciones, su sistema político y administrativo..., una civilización, en fin, de la que somos herederos directos.

Para desentrañar el complejo proceso histórico, lingüístico, social y económico que constituye el fundamento de la romanización en Villena y, ante la inexistencia de documentos escritos, contamos con los restos localizados en distintas prospecciones arqueológicas efectuadas en la comarca por José María Soler (Soler, 1967; 1989; 1993). Fruto de estos trabajos de campo es la localización de cinco villas que testimonian la existencia de poblamiento en la zona desde el siglo I a.C. hasta el V d.C.: Casas Juntas, Nazario y Casa del Padre, en Villena; Candela, en Cañada y la Torre, en Sax, todas ellas ubicadas en el entorno del cauce del río Vinalopó, un patrón de asentamiento claramente vinculado con el eje vertebrador del río Vinalopó y junto a los caminos que conducen a las principales vías de comunicación, como demuestra el área de localización de los restos (Soler, 1976,83). Se trata,

en su mayoría, de casas de campo rodeadas de terrenos fértiles destinados a la agricultura y a la ganadería, que han proporcionado una buena muestra de materiales romanos, como puede apreciarse en la sala del Museo: terra sigillata –procedente de Italia, sur de Francia y norte de África–, cerámicas grises lisas y estampilladas, ánforas, monedas, bases de columnas, etc., conviviendo en los primeros momentos de la romanización con otros de tradición indígena que siguieron fabricándose, como la cerámica ibérica pintada (Pérez y Hernández, 1999).

Alguno de estos asentamientos debió ser importante, a juzgar por la cantidad de materiales que se localizan en superficie y el área de dispersión que ocupan. Este es el caso de **Candela**, una villa que ocupa 4.000 metros de extensión, junto a una antigua cantera de piedra que podría haber servido para la realización de las edificaciones romanas. Los trabajos agrícolas sacaron a la superficie piedras grandes para la construcción, dos basas de columnas, fragmentos de estuco de varios colores, algunos con bandas rojas prueba de la asimilación de la moda de la época, y varias tégulas. Entre los materiales altoimperiales se encontró: terra sigillata itálica, sudgálica, hispánica, clara A, cerámica de paredes finas, lucernas de disco, pesas de telar, ánforas Dress. I, 2-4, y cerámica pintada de tradición indígena. Del Bajo Imperio aparecieron fragmentos de cerámica lucente, Clara B, Hispánica Tardía, un fragmento de ánfora africana y cerámicas comunes, además de una moneda. Otros

materiales no tienen una clara adscripción a un período u otro: sílex, vidrio, metal –hierro sobre todo–, restos de escorias de fundición, mármol blanco y restos de fauna.

Soler menciona también la aparición de enterramientos en **Casa Nazario** junto con bloques de piedra y fragmentos de terra sigillata sudgálica, hispánica y clara A, y D que permiten hablar de un nivel altoimperial de mediados del siglo I d.C. hasta la segunda mitad del II d.C. y tardorromano fechable en los siglos IV y V d.C.. (Soler, 1967; 1989).

Por otro lado, **Casas Juntas** se ubica en medio de la llanura villenense, entre la vía del ferrocarril y la carretera de Villena a Caudete, en el centro de una extensa área centuriada de 700 Ha. Se encontró material de construcción –un par de basas de columnas, fragmentos de estucos y de tégulas– que tal vez procedan de una casa señorial. El material cerámico permite distinguir varias fases en el yacimiento: una, desde Augusto hasta el 40 d.C.: terra sigillata itálica, ánforas Dress. I y 2-4; otra, iniciada a partir del 40 d.C. hasta finales del siglo I d.C., con terra sigillata sudgálica, hispánica, lucernas de volutas y de disco, paredes finas, ánforas Dress. 2-4 y cerámica pintada de tradición indígena. Una posterior que abarca desde el siglo II d.C. hasta el III d.C., donde comienza a desaparecer la terra sigillata sudgálica e hispánica y abunda la clara A y siguen presentes las paredes finas, las lucernas de disco y alguna ánfora Dress.2-4. A partir del siglo III d.C. existen algunos fragmentos de cerámica lucente, terra

Copa sigillata. Cerámica.
Candela



sigillata hispánica tardía y alguna clara, y la última fase de ocupación, fechada entre los siglos IV y V d.C., con claro predominio de la sigillata clara D, la presencia de un ánfora africana y una moneda de Constancio Gallo -351-354 d.C.

No hay indicios de construcciones en la **Casa del Padre**, situada al sur de Casas Juntas. El material cerámico recogido fechado en época altoimperial es escaso, tal y como sugiere la terra sigillata sudgálica, hispánica y clara A, que enmarcan el yacimiento entre el siglo I y los inicios del II de nuestra Era.

En el término de Sax se localiza el importante yacimiento arqueológico de **La Torre**, como las anteriores estratégicamente situada entre el camino de Villena y el que conduce hacia Castalla (denominado popularmente 'de los valencianos'). El nombre lo toma de un torreón medieval, superviviente de un asentamiento de esa época, situado en el mismo emplazamiento que la villa romana. La prospección superficial efectuada por José María Soler suministró un lote de materiales propio de un asentamiento que se inicia a mediados del siglo I y perdura hasta el siglo IV: tégulas, dolium, molinos, cerámica pintada de tradición ibérica, abundante sigillata y una moneda de Magnencio fechada entre el 350 y el 353 d.C..

Además de estas *villae* existen otros hallazgos dispersos por el término, que por ser menos conocidos no restan importancia a la documentación de la época:

Salvatierra: a mediados del siglo I d.C., tras iniciar el proceso de romanización, el poblado ibérico del siglo III a.C. desaparece y se documenta la presencia romana por la existencia de fragmentos informes de terra sigillata.

Terlinques: donde se encuentra el importante poblado de la Edad del Bronce posteriormente, durante los siglos I y IV d.C., debió de ser una zona de paso en época romana. Eso es lo que parecen indicar los escasos fragmentos de sigillata sudgálica y clara A y D aparecidos en el yacimiento.

Cueva del Alto nº2: utilizada como cueva de enterramiento en el Eneolítico y ocupada después en época ibero-romana, tal y como refleja la cerámica pintada y un vaso de sigillata de la forma Drag.27.

Puntal de los Carniceros: tiene su origen en el Eneolítico. En el extremo meridional existen unas canteras romanas en las que se encontró una flecha de hierro con tubo de enmangamiento.

Lamentablemente, la ausencia de excavaciones arqueológicas en estos asentamientos, unido a la parquedad de estudios sobre la época referidos a Villena, impide conocer mejor la romanización de la zona (Soler, 1967; Poveda, 1990; Pérez y Hernández, 1999). De momento debemos extraer las conclusiones con los materiales obtenidos en prospecciones superficiales, que, si bien constituyen los mejores documentos que tenemos para conocer

la romanización en la comarca, no permiten extraer conclusiones firmes acerca de otros muchos aspectos del desarrollo de estas poblaciones.

Las comunicaciones jugaron un papel fundamental en la conquista romana por todo el Imperio. En el caso de Hispania una de las principales vías de comunicación era la llamada **vía Augusta**, que comunicaba Roma con Cádiz. Desde Valencia el camino se dirige hacia Fuente la Higuera por el valle de Mogente; pero al llegar a este punto la escasa información escrita y la ausencia de restos arqueológicos plantea serias dudas. Las villas mencionadas anteriormente demuestran la existencia de poblamiento jalonando el paso norte-sur que circula por el centro de la llanura villenense junto al río Vinalopó, paso natural que discurre por el cauce medio hasta llegar a las colonias romanas de Ilici y Cartago Nova. Recientes intervenciones de salvamento en el valle de los Alhorines han puesto al descubierto, junto al yacimiento prehistórico del cerro del Cantalar, un enlosado que coincide con el antiguo camino de Fuente la Higuera a Villena y cuyos excavadores identifican con un tramo de la Vía Augusta (Arasa, 1995; García Guardiola, 2005, 202).

Constatada fehacientemente la romanización en la zona, no ocurre lo mismo con el nombre dado a nuestra ciudad, para el que hay numerosas propuestas, Bilumen, Bilille, Túrbul, Arbacala, Vacasora, Biseletona, Belliana, etc., esta última defendida por Menéndez Pidal a partir del nombre de algún

residente llamado Bellienus. Otra propuesta es Vigerra, basada en la supuesta existencia de una lápida funeraria perteneciente a un poeta hispano, a quien mientras viajaba de Roma a Cádiz, le sorprendió la muerte en Villena.

La Edad Media

No existen evidencias arqueológicas de época visigoda, como única referencia contamos con la discutida presencia del nombre de nuestra ciudad en el Pacto que Teodomiro de Orihuela firmó con los musulmanes en el 713 (Gutiérrez, 1993, 23 y ss.). En él se nombran siete ciudades pertenecientes a la kura de Tudmir entre las que se encuentra BLNTLA (BILYANA a partir del siglo XI), que con la fuga de vocales propia de la escritura islámica, ha sido identificada por algunos investigadores como Villena (Rubiera, 1985).

Posteriormente, Menéndez Pidal se basa en la Historia Roderici para relacionar el nombre de nuestra ciudad con Belliana, ciudad mencionada en un documento de finales del siglo XI donde se relatan los avatares de la estancia del Cid en estas tierras. Otra referencia a nuestra ciudad figura en documento árabe de 1172, que describe el itinerario seguido por las tropas almohades desde Huete (Cuenca) hasta Murcia, por el camino antiguamente conocido como Vía Augusta, al parecer, tras acampar en Játiva, las tropas avanzaron hasta Balyana

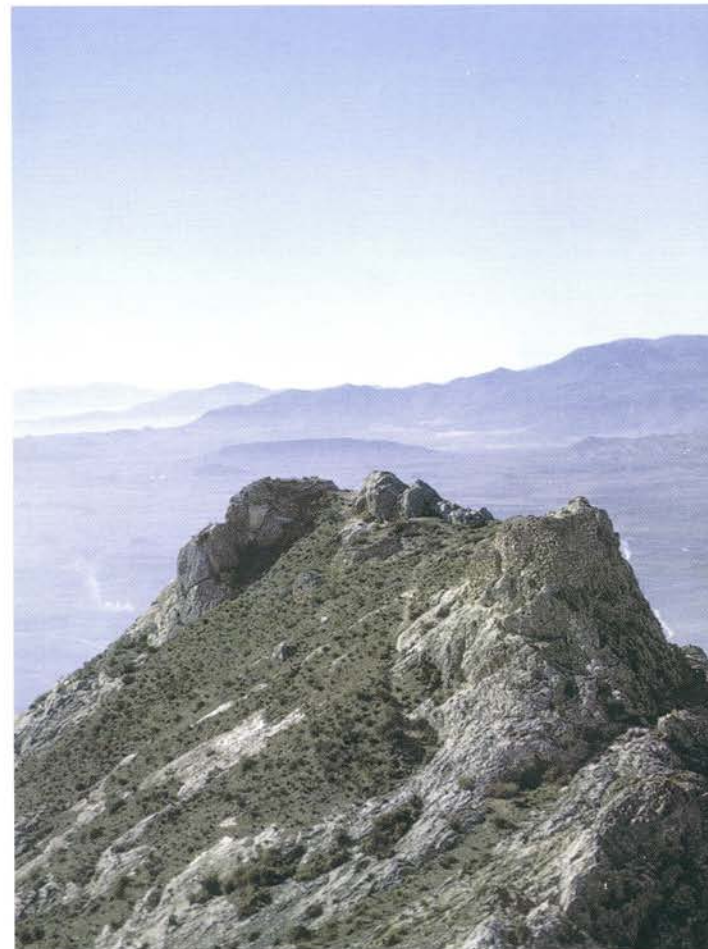
Castillo de
Salvatierra

(Villena), para continuar después hacia Aspe, Orihuela y Murcia (Soler, 1981-90, 40).

Los restos arqueológicos pertenecientes a época andalusí confirman la existencia del **Castillo de Salvatierra**, una fortaleza situada en la cresta de la Sierra de la Villa, a unos 700 m de altitud dominando la llanura de Villena y el valle de Biar. Fue edificado por los árabes en época califal entre finales del siglo X y principios del XI, por lo que podría corresponderse con la referencia citada en los textos.

Con la intención de conocer la época exacta de construcción de la fortaleza y su perduración en el tiempo, José María Soler llevó a cabo unas catas de comprobación, en el extremo sur y junto al torreón norte, donde encontró un aljibe de mampostería enlucido y pintado de rojo, relleno de materiales. Fruto de esos sondeos de 1951 es un interesante lote de materiales, parte del cual se exhibe en el Museo: cerámica califal y almohade de diversos tipos y decoraciones —cuerda seca parcial y total, esgrafiada, pintada, etc.—, vidrio, hierro, alfileres, junto a escasos restos de época cristiana (siglos XIII - XIV), como la loza dorada de Paterna, que marca el momento de abandono de la fortaleza.

Aunque el castillo está muy arrasado, todavía pueden observarse restos de estructuras de mampostería de doble paramento, trabadas con mortero de cal y varias torres que han sido plasmadas en una reciente





Castillo de La Atalaya y
pueblo de Villena.
Años 60

planimetría que perfila la morfología de la fortaleza (Tendero, 2001,75), y que ha permitido al autor distinguir dos construcciones claramente diferenciadas, la alcazaba y el albacar. Asimismo existen varias construcciones excavadas en la roca (aljibes, canales, recortes y escaleras) cuya antigüedad resulta problemática, como se comentó en el apartado relativo a la Cultura Ibérica.

A finales del siglo XII, en época almohade, se ha fechado el origen del **Castillo de la Atalaya**, por lo tanto ambos castillos estuvieron coexistiendo hasta el siglo XIV en el que se abandona Salvatierra. Los trabajos arqueológicos efectuados en el patio de armas proporcionaron una cantidad de material considerable, tanto de época islámica –cerámica estampillada, esgrafiada, vidriada–, como cristiana –verde manganeso, loza dorada, etc.–.

La fortaleza ha jugado un destacado papel en la historia de Villena, sobre todo tras la conquista cristiana acaecida en 1240, cuando, tras dos infructuosos ataques llevados a cabo por el comendador de Alcañiz y los caballeros de la orden de Calatrava, Villena se rindió a Jaime I de Aragón. Tras un corto período de pertenencia a aquella orden religiosa, el Castillo pasó a engrosar las posesiones de Alfonso X el Sabio según se establecía en el Pacto de Cazola. Después del Tratado de Almizrra, el rey castellano creó el Señorío de Villena para su hermano, el infante Manuel. A principios del siglo XIV el castillo pasa a manos de don Juan Manuel, convertido en duque y príncipe de Villena, quien llevó a

cabo importantes reformas en la fortaleza para dotarla de mayor seguridad.

Tras la invasión del Reino de Murcia por Jaime II, Villena y su castillo entraron en la jurisdicción aragonesa, aunque se respetó la propiedad a don Juan Manuel. El Señorío revirtió a la corona de Castilla a partir del matrimonio de Juana Manuel con Enrique II de Trastámara, quien convirtió el Señorío en Marquesado para entregarlo a uno de sus más fieles servidores: Alfonso de Aragón.

Después de un período en el que la fortaleza perteneció a manos privadas, Juan II de Castilla otorgó el Marquesado a Juan Pacheco (1445-1467). De este segundo marqués se conservan ampliaciones en la fortaleza, fundamentalmente los dos cuerpos superiores de la torre del homenaje y el antemural. En 1467 pasó a su hijo Diego López Pacheco. Los blasones de esta familia pueden apreciarse todavía en el segundo cuerpo de la torre del homenaje, así como en un fragmento de lienzo de la barbacana occidental.

Permaneció en manos de los Pacheco hasta que los villenenses, en apoyo de los Reyes Católicos, se sublevaron contra su señorío. Desde 1480 la fortaleza y la ciudad fueron incorporadas a la corona y el Marquesado quedó como un título honorífico.

La fortaleza cumplió un importante papel en la Guerra de Sucesión, utilizándose como prisión para los partidarios de los Austrias. Posteriormente, en el siglo XIX se

Obras en el Castillo
de La Atalaya.
Años 70



perdieron parcialmente las bóvedas almohades de la torre del homenaje como consecuencia de la voladura que el mariscal Suchet realizó en la Guerra de la Independencia.

Arquitectónicamente, el castillo está formado por un doble recinto amurallado rectangular y defendido en su

ángulo suroeste por la torre del homenaje, de 25 metros de altura. El antemural está limitado en sus flancos por cuatro cubos circulares de mampostería; en el centro de la cortina norte está el ingreso principal al recinto, que se ubica en altura con un arco de medio punto en sillería, defendido por dos cubos semicirculares.

Entre el lienzo exterior y el interior se estructura un estrecho pasillo, que solo se ensancha en el lado suroeste alojando una construcción tipo barbacana, donde recientemente se ha constatado la existencia de la ermita construida por la familia Manuel en el siglo XIV y dedicada al culto de Nuestra Señora de las Nieves o del Castillo (Hernández, 2004).

El recinto interior y principal ostenta mayor altura y se remata con almenas, a la vez que está flanqueado por tres torreones —el del vértice noreste totalmente circular—. Todo el amurallamiento interior está bordeado por un camino de ronda, truncado en determinadas zonas para mejor defensa. La muralla está fabricada a partir de un chapado de mampostería en las caras internas y externas que guardan un interior de tapial. Entre este muro y la torre del homenaje se abre un acceso al recinto principal a través de un arco de medio punto de ladrillo, y un aljibe.

La torre del homenaje tiene cuatro plantas: de tapial las dos primeras y mampostería en las últimas. El acceso,

también en altura, es un arco que atraviesa los 3'75 metros de espesor de las paredes de la torre. Las dos primeras plantas son las que aparecen cubiertas con las bóvedas almohades hechas con arcos de herradura entrecruzados fabricados con ladrillos. Estas bóvedas muy similares a las del castillo de Biar (7 km.) son, según Soler, las únicas de esta clase en el arte militar español. Por su parte, Rafael Azuar las relaciona con la cúpula de la capilla de las Claustrillas en las Huelgas de Burgos, con la del crucero de San Millán de Segovia y la Vera-Cruz, entre otras. En la segunda sala existe un pasillo al suroeste que da al corredor de atajo, pero con un desnivel de casi dos metros. Es en esta sala donde se localizan los grafitos más interesantes, probablemente realizados en el siglo XVII y XVIII por los prisioneros de las Guerras de Sucesión y de la Independencia. La escalera de comunicación de ambas plantas es de bóveda apuntada y corre adosada al muro de la torre. El tercer piso está cubierto por un moderno artesonado de madera; mientras que el cuarto y último cuenta con una bóveda de cañón fabricada con ladrillo. El remate de la torre está delimitado por ocho almenas, apoyándose las centrales en trompas de sillería circulares.

De época cristiana data el fragmento de **lienzo de muralla** que se conserva en el ángulo suroeste de la fortaleza y que rodeaba la ciudad. No existen datos firmes sobre la fecha en la que se levantó; sin embargo, existen

documentos que afirman que la ciudad se amuralló tras la conquista.

Respecto a su trazado, Soler estableció el recorrido norte y sur ante la evidencia de los restos de lienzos y por documentos escritos del siglo XVI. La parte más dudosa comienza en la esquina de la Corredera con la calle Joaquín María López lugar donde, según Soler, estaría situada una torre conocida como de Pedro Bueno (Soler García, 1988). A partir de aquí, siguiendo también su propuesta, la muralla continuaría por la Corredera hacia la Plaza del Mercado, hasta enlazar con los restos de Santa Bárbara; aunque debemos manifestar nuestras dudas al respecto ya que en un solar de dicha calle no se hallaron indicios (Hernández y Ortega, 1994; Hernández y Pérez, 1995; García Guardiola y Rizo Antón, 2003; Hernández *et alii*, 2005). Esto, unido al hecho de que junto a dicho solar se hallara una noria islámica, induce a pensar que la Corredera era una zona extramuros, dedicada al cultivo de regadío, aprovechando la riqueza acuífera del lugar de la que es fiel reflejo la toponimia de esta zona: el molino de Caravaca, la Fuente de los Burros, Fuente de la Plaza Mayor y el lavadero municipal, entre otros (Soler García, 1953, 97; Hernández Alcaraz y Ortega Pérez, 1994), ello indica que, posiblemente, habría que retrotraer la línea de muralla más hacia el este. Aunque sólo futuras excavaciones podrán aclarar este tema, la hipótesis estaría reforzada por los hallazgos de la **calle Marqués de Villoros** ubicados en una zona periférica de lo que sería

la medina o núcleo urbano árabe. La explotación de las zonas de huerta en época musulmana se llevó a cabo en establecimientos rurales más o menos dispersos (alquerías) que aprovechaban la feracidad de las tierras irrigándolas con las aguas freáticas, mediante pozos y acequias. Este yacimiento constituye hasta la fecha el único testimonio en Villena de la existencia de viviendas islámicas (Pérez y Hernández, 1999). Las estructuras aparecidas se pueden fechar entre los siglos XII y XIII. Por otro lado, es probable que la zona se reutilizara posteriormente ya que aparecen superposiciones de muros y vanos cegados. Es imposible conocer las dimensiones del lugar ya que la mayoría de los restos permanecen ocultos debajo de las edificaciones situadas a ambos lados de la calle, es decir, se expanden hacia el norte donde se ubica la Iglesia de Santiago, y hacia el sur hasta la calle Corredera. En definitiva, la tipología de los restos encontrados –fragmentos de arcaduz, casas con patio central, pozos, etc.– y la proximidad de los hallazgos efectuados por J.M. Soler en la calle Corredera y en la Puerta de Almansa, parecen indicar la existencia de un asentamiento islámico separado de la zona del arrabal.

Además de los restos descritos, se conocen dos necrópolis de la etapa almohade: **la necrópolis de la Losilla**, ubicada cerca de la antigua Puerta de Biar, y la de la **Puerta Almansa**, situada junto a uno de los accesos a la ciudad. Sus escasos ajuares, entre los que destaca un pendiente de plata labrada, se exhiben en el Museo Arqueológico.

La ciudad moderna

Las excavaciones arqueológicas efectuadas por José María Soler en el área urbana de Villena han sido consideradas como pioneras en el ámbito valenciano. Gracias a ellas y a sus estudios de los documentos históricos existentes, se dispuso de información suficiente para valorar la importancia de este núcleo y declararlo Bien de Interés Cultural como Conjunto Histórico Artístico en el año 1968. Desde entonces existe una obligación legal de supervisar arqueológicamente cualquier remoción de tierra efectuada en el entorno protegido, tarea que ha sido coordinada desde el Museo Arqueológico “José María Soler”

Durante los siglos XIV y XV la ciudad de Villena adquirió la estructura urbana básica que pervive en cierta medida hasta la actualidad. En primer lugar y como pivote central, se encontraría el Castillo de La Atalaya; hacia el sur se desarrollaría el Arrabal, donde convivirían las minorías musulmana, judía y de cristianos nuevos. Este núcleo, carente de murallas, se desarrolló en torno a una mezquita posiblemente ubicada en la iglesia de Santa María –según planteaba Soler a tenor de los restos arqueológicos aparecidos en el lugar–. Por el contrario, la población cristiana, cercada a partir de la conquista de 1240, se situaba al oeste, alrededor de la Iglesia de Santiago.

Vista oriental de Villena según un grabado de Palomino fechado en 1778

Estampa .7.



Palomino f.



Entre la población del arrabal y el espacio urbano intramuros se situaría la Plaza Mayor que sería el centro y eje político, económico y social de la ciudad. En esta plaza se celebrarían los mercados, localizándose en sus inmediaciones, dentro del recinto murado, el pósito de la ciudad hasta el siglo XVI, fecha de su traslado junto a la casa del Tesorero. Al pie de la torre de la entrada de la Villa, denominada "Del Orejón" junto a la Plaza Mayor, se celebrarían los juicios y se reuniría el concejo municipal hasta el último tercio del siglo XVI. El vínculo que uniría estas dos comunidades, del arrabal y lo cercado, lo conformaría la calle Mayor junto a la que presumiblemente se desarrollarían sectores gremiales como lo atestigua la antigua calle de los carniceros hoy denominada de Eduardo Dato.

Una visión pormenorizada de los dos núcleos nos permite visualizar algunos matices diferenciados. La trama irregular de la zona del arrabal, con numerosos fondos de saco y placetas, puede ser un vestigio de aquel poblamiento medieval Islámico. Por contra, la nueva ciudad (s. XIII - XIV) nos ha dejado trazas de calles que siguen las curvas de nivel con otras ortogonales a las anteriores en disposición radial y fuertes pendientes, formando manzanas regulares con parcelación clásicamente medieval conformada por el "lote gótico" de 8 x 12 m o el medio lote de 4 x 12 m (Torró, 1990: 78). Posteriormente, el desarrollo urbano

Torre y gárgola de la
Iglesia de Santiago

se realiza en una zona más llana con manzanas de mayor tamaño y calles bastante uniformes, en la que se emplazan los edificios y plazas más representativos y simbólicos de la ciudad junto a la iglesia de Santiago, como la casa Consistorial.

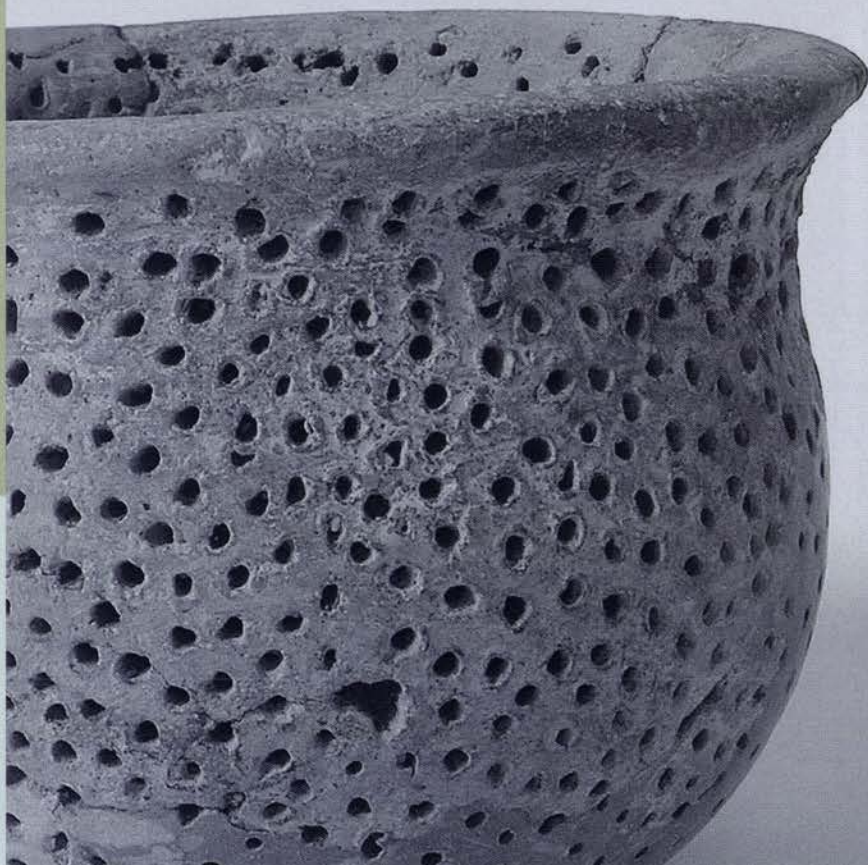
El núcleo bajomedieval de nueva planta sigue el modelo de asentamiento implantado por el colonizador cristiano a partir de la conquista feudal, modelo utilizado tanto por la Corona de Aragón como por la de Castilla. Dejando a un lado las diversas influencias, debemos incidir en que los colonos cristianos se concentran en una nueva área en contraposición al núcleo islámico, como ya hemos indicado, vinculando el nuevo trazado urbano a la fortificación, que aprovechan dentro de la infraestructura urbana y militar. Este modelo de nueva planta, con una disposición más regularizada del asentamiento, sigue las normas del urbanismo colonizador feudal de Europa (*bastides* en Francia, *new towns* en Inglaterra, *terre nuova* o *murate* en Italia), relacionada con la repoblación que se realiza en estos centros: familias de tipo nuclear o conyugal que reciben un lote o parcelas rectangulares, diferenciadas de las familias islámicas unidas por parentesco y dentro de una sociedad más colectiva.

La nueva villa cristiana de Villena, de tipo señorial, estaría a medio camino entre las primeras fundaciones reales del siglo XIII tanto castellanas como valencianas. De

estas últimas destacan los casos de Alcoy, Cocentaina y Gandía, centros significativos de nueva creación; y las villas de señorío más tardías como Calpe, Teulada o Benissa (s. XIV), que carecerán de rígidas planificaciones y de medios, de ahí que sean recintos de menor entidad.

La ciudad se desarrolla según este planeamiento hasta que a principios del siglo XVII, las necesidades de espacio en la ciudad obligan a construir las primeras viviendas junto a la cara exterior de la muralla, comenzando la expansión de la trama urbana extramuros (Soler, 1988). El constreñimiento urbano de momentos previos a la expansión ofrece la posibilidad de una remodelación de los espacios internos de las viviendas para acomodarse a los nuevos modelos socioeconómicos que se producen en Villena a partir de ese momento.

Quedan todavía muchos interrogantes por resolver, como por ejemplo las fases de construcción de la nueva villa cristiana y las etapas de su amurallamiento, preguntas que podrán ser respondidas en el futuro a partir de nuevas actuaciones arqueológicas en el casco antiguo de Villena. También es necesario un mayor conocimiento de las fuentes documentales; labores todas ellas con las que podremos continuar la tarea investigadora de José María Soler en estas tierras del Alto Vinalopó.





CATÁLOGO DE PIEZAS

Pérez Amorós, L.

Menargues Giménez, J.

Hernández Alcaraz, L.



CUCHILLO

Silex

Cueva del Cochino

Cuchillo de dorso natural sobre lasca de segundo orden. Borde lateral derecho ligeramente cóncavo. Presenta retoques abruptos y escamosos en la parte distal y mesial, y, semiabruptos y marginales en la proximal. Borde lateral izquierdo con una gran banda cortical. Talón liso. Silex marrón de grano fino.

Longitud: 79 mm

Anchura: 29 mm

Grosor: 12 mm

Paleolítico Medio. 100000-30000 a.n.e.

COC /2

- Soler, J.M.: 1956; 1957; 1976; 1993



RAEDERA

Silex

Cueva del Cochino

Raedera doble desviada sobre lasca levallois. Borde izquierdo rectilíneo con retoques escaleriformes y marginales. Borde derecho convexo con retoques escamosos. Talón diedro. Silex de grano muy fino.

Longitud: 28,5 mm

Anchura: 36 mm

Grosor: 7 mm

Paleolítico Medio. 100000-30000 a.n.e.

COC/1

- Soler, J.M.: 1956; 1957; 1976; 1993



PUNTA

Silex

Cueva Grande de la Huesa Tacaña

Punta de la Gravette sobre lámina de tercer orden. Extremo distal apuntado. Borde derecho rectilíneo abatido, mediante retoques abruptos invasores, y, marginales suplementarios en el borde opuesto. Talón diedro con bulbo rebajado. Silex melado alterado térmicamente de grano muy fino.

Longitud: 47 mm

Anchura: 8 mm

Grosor: 4 mm

Paleolítico Superior. 30000 a.n.e.

HUG/1

- Soler, J.M.: 1956; 1957; 1976; 1989

- Fortea, J.: 1973.



RASPADOR

Sílex

Cueva Grande de la Huesa Tacaña

Raspador sobre lasca retocada de tercer orden. Extremidad distal redondeada con retoques semiabruptos y marginales. Bordes laterales rectilíneos con retoques semiabruptos, marginales y escamosos. Talón abatido. Sílex crema de grano muy fino.

Longitud: 27 mm

Anchura: 24 mm

Grosor: 8 mm

Paleolítico Superior. 30000 a.n.e.

HUG/2

- Soler, J.M.: 1956; 1957; 1976; 1989

- Fortea, J.: 1973.



NÚCLEO

Sílex

Pinar de Tarruella

Bloque cilíndrico de materia prima para la obtención de láminas por presión. Presenta un plano de percusión preferencial con alguna extracción opuesta en la cara posterior. Conserva superficie cortical. Sílex melado de grano muy fino.

Longitud: 57 mm

Anchura: 46 mm

Grosor: 39 mm

Epipaleolítico. 12000-10000 a.n.e.

PTA/1

- Soler, J.M.: 1968-1969; 1989; 1993

- Faus, E.M^a: 1993



PERFORADOR

Sílex

Cueva del Lagrimal

Perforador sobre lasca triangular. Extremo apuntado mediante retoques bilaterales abruptos, formando dos bordes cóncavos. Talón abatido. Sílex de grano muy fino, alterado térmicamente.

Longitud: 19 mm

Anchura: 13,5 mm

Grosor: 5 mm

Epipaleolítico. 10000 a.n.e.

LAG/1

- Soler, J.M.: 1957; 1968-1969; 1976; 1989; 1991; 1993



TRAPECIO

Sílex

Casa de Lara

Trapezio asimétrico sobre fragmento de lámina de tercer orden. Base mayor rectilínea, y menor convexa, ambas con retoques marginales. Truncaduras cóncavas, con retoques abruptos. Sílex melado de grano muy fino.

Longitud: 19 mm

Anchura: 12,5 mm

Grosor: 3 mm

Epipaleolítico. 10000 a.n.e.

LAR/1

- Soler, J.M.: 1957; 1961; 1968-1969; 1976; 1993

- Fortea, J.: 1973

- Fernández, J.: 1999



SEGMENTO

Sílex

Casa de Lara

Segmento en forma de media luna, fabricado sobre lasca de sílex de tercer orden. Borde izquierdo convexo realizado mediante retoque abrupto, directo y continuo. Sílex melado de grano muy fino.

Longitud: 22 mm

Anchura: 8,5 mm

Grosor: 3 mm

Epipaleolítico. 10000 a.n.e.

LAR/2

- Soler, J.M.: 1957; 1961; 1968-1969; 1976; 1993

- Fortea, J.: 1973

- Fernández, J.: 1999



CUCHILLO-HOZ

Sílex

Casa de Lara

Cuchillo-hoz fabricado sobre lasca de tercer orden. Extremo distal apuntado. Bordes ligeramente sinuosos. Retoque plano cubriente. Talón abatido. Conserva lustre de cereal en ambas caras. Sílex blanco de grano muy fino.

Longitud: 67 mm

Anchura: 14 mm

Grosor: 6 mm

Neolítico. 5000 a.n.e.

LAR/4

- Soler, J.M.: 1957; 1961; 1968-1969; 1976; 1993

- Fortea, J.: 1973

- Fernández López de Pablo, J.: 1999



PUNTA DE FLECHA

Sílex

Casa de Lara

Punta de flecha laurifolia, sobre lasca de tercer orden. Retoque plano, bifacial, cubriente e invasor, y, marginal en el filo. Sílex melado de grano muy fino.

Longitud: 41 mm

Anchura: 19 mm

Grosor: 4 mm

Neolítico-Eneolítico. 5000-2000 a.n.e.

LAR/3

- Soler, J.M.: 1957; 1961; 1968-1969; 1976; 1993

- Fortea, J.: 1973

- Fernández López de Pablo, J.: 1999



VASO

Cerámica

Arenal de la Virgen

Vasija de cerámica hecha a mano, restaurada. Tiene cuerpo globular, borde entrante y labio redondeado. Conserva un asa de cinta y enfrentada a ella el arranque de otra fracturada, que ha sido sustituida mediante la perforación de un orificio circular junto al borde, de 12 mm de diámetro en la superficie exterior y 8,5 mm en la interior. Está decorada con la técnica impresa cardial, formando líneas discontinuas oblicuas entre líneas horizontales incisas. Superficies alisadas de color castaño-anaranjado y pasta marrón-grisácea con desgrasante calcáreo y de mica.

Altura: 145 mm

Diámetro borde: 95 mm

Neolítico.V milenio a.n.e.

AVI/1

- Soler, J.M.: 1965, 1976; 1989; 1993



**VASIJA**

Cerámica
Casa de Lara

Vasija de cerámica hecha a mano, restaurada. Presenta cuerpo globular, borde entrante de labio plano, y asas de cinta horizontal. Superficie bruñida, sin decoración. Pasta de color anaranjado y marrón-grisáceo, con abundante desgrasante calcáreo y de cuarzo.

Altura: 157 mm
Diámetro borde: 150 mm
Neolítico. 5000-3000 a.n.e.

LAR/12
- Soler, J.M.: 1955; 1961; 1989; 1993

**HACHA**

Sillimanita
Casa de Lara

Hacha de piedra de pequeñas dimensiones. Superficie pulida. Está algo fragmentada en el talón. Bisel de filo simétrico.

Longitud: 40 mm
Anchura: 36 mm
Grosor: 9 mm
Neolítico. 5000-3000 a.n.e.

LAR/13
- Soler, J.M.: 1955; 1961; 1989; 1993

PUÑAL

Metal
Casa de Lara

Puñal de lengüeta de sección ovalada aplanada en la hoja. Presenta pequeñas muescas en ambos lados del empuñadura.

Longitud: 156 mm
Anchura máxima: 31 mm
Grosor: 4 mm.
Cultura Campaniforme. Segunda mitad del III milenio a.n.e.

LAR/66
- Soler, J.: 1955; 1961; 1989; 1993
- Simón, J.L.: 1998.



PUÑAL Y PUNTAS DE FLECHA

Metal

Peñón de la Zorra. Cueva oriental

Puñal de lengüeta, de sección ovalada aplanada en la hoja, y bordes biselados. Puntas de flecha del tipo Palmela con hojas de sección ovalada aplanada y pedúnculo doblado de sección cuadrangular. Pertenecen a un ajuar asociado a una inhumación individual.

Longitud: 278 mm. Anchura: 66 mm. Grosor: 3 mm

Longitud: 169 mm. Anchura: 20 mm. Grosor: 2 mm

Longitud: 156 mm. Anchura: 20 mm. Grosor: 2 mm

Cultura Campaniforme. II milenio a.n.e.

PZO/14, 15, 16

- Soler, J.M.: 1981

- Simón, J.L.: 1998



108 / 109

CUENCO

Cerámica

Puntal de los Carniceros

Cuenco de cerámica hecho a mano, restaurado. Cuerpo semiesférico y borde ligeramente entrante. Superficie exterior decorada con dos bandas horizontales paralelas, de cortos trazos verticales impresos. Entre ambas, hay tres líneas incisas horizontales paralelas realizadas con la técnica de boquique. El resto, está decorado con motivos triangulares, de líneas impresas de trazos verticales e incisas de estilo boquique, repartidos en cuatro sectores en forma de cruz. Superficies bruñidas de color castaño y negro. Desgrasante fino de calcita.

Altura: 72 mm

Diámetro: 147 mm

Cultura campaniforme. II milenio a.n.e.

PCA/1

- Soler, J.M.: 1965; 1981; 1989



BOBINA

Madera e hilo de junco
Terlinques

Bobina de hilo de junco enrollado. Se halló carbonizado en el interior de un cesto de esparto.

Longitud: 122 mm

Anchura: 33 mm

Grosor: 31 mm

Bronce Pleno. 2º mitad del II milenio a.n.e.

TER/ I

- Hernández, L., Jover, F.J., López, J.A.: 1998

- López, J.A.: 2001-2002



QUESERA

Cerámica
Cabezo de la Escoba

Quesera de cerámica hecha a mano, restaurada. Cuerpo globular, con múltiples perforaciones realizadas antes de la cocción. Borde exvasado de labio redondeado. Pasta marrón-gris.

Diámetro borde: 137 mm

Diámetro orificio inferior restaurado: 63 mm

Altura: 94 mm

Edad del Bronce. II milenio a.n.e.

ESC/ I

- Soler, J.M.: 1986; 1989



PESA DE TELAR

Barro cocido
Cabezo de la Escoba

Pesa de telar oval. Sección rectangular con los lados cortos redondeados. Presenta cinco perforaciones circulares, una en cada cuadrante, excepto en uno de ellos donde hay dos juntas. Superficie quemada.

Longitud: 215 mm

Anchura: 158 mm

Grosor: 54 mm

Edad del Bronce. 2ª mitad del II milenio a.n.e.

ESC/ 18

- Soler, J.M.: 1986; 1989; 1993.

- Jover, F.J.; López, J.A.; López, J.A.: 1995



PENDIENTE

Oro y plata
Cabezo de la Escoba

Anillo de plata de sección circular, con los extremos superpuestos, engarzado a una pieza bicónica semejante a un carrete, realizada en oro.

Diámetro anillo: 16 mm

Grosor: 2 mm

Longitud carrete: 10 mm

Diámetro máximo: 17 mm

Grosor: 1 mm

Peso total: 3,2 gr.

ESC/11

- Soler, J.M.: 1965; 1969; 1986; 1989; 1993

- Simón, J.L.: 1998



VASOS

Cerámica
Cabezo Redondo

Vasos geminados de cerámica hecha a mano, restaurados. Están unidos por apéndice recto, a la altura de las carenas, y por un asa de cinta a la altura de los bordes. Carena baja y aguda y bordes exvasados de labio redondeado. Superficies negruzcas y bruñidas.

Altura máxima: 78 mm

Altura carena: 29 mm

Diámetro bordes: 170 mm

Bronce Tardío. Último tercio del II milenio a.n.e.

CºRº/2

- Soler J.M.: 1987



MOLDE

Arenisca
Cabezo Redondo

Molde de fundición para varillas metálicas. Sección transversal plano convexa. Posee un canal central de sección semicircular de 6 mm de ancho y una profundidad de 5 mm. Longitud: 175 mm
Anchura máxima: 58 mm
Grosor: 33 mm
Bronce Tardío. Último cuarto del II milenio a.n.e.

CºRº/101

- Soler, J.M.: 1987

- Simón, J.L.: 1998



CUCHILLO

Metal

Cabezo Redondo

Cuchillo de hoja de filos paralelos, sección ovalada y dos remaches en la parte del emangamiento.

Longitud: 163 mm

Anchura: 25 mm

Grosor: 4 mm

Bronce Tardío. Último cuarto del II milenio a.n.e.

C^oR^o/180

- Soler, J.M.: 1987, 1989.

- Simón, J.L.: 1998.



PUNTA DE LANZA

Metal

Cabezo Redondo

Punta de lanza, con cubo cilíndrico que se prolonga a modo de nervio central a lo largo de la hoja. En ésta, se observan dos pequeños orificios, uno en la base y otro en el centro, que irían atravesados por un clavillo para sujetarla al astil.

Longitud máxima: 224 mm

Ancho máximo de la hoja: 36mm

Diámetro máximo del cubo: 27 mm

Bronce Tardío. Último tercio del II milenio a.n.e.

C^oR^o/98

- *Inédita*

TESORILLO

Oro

Cabezo Redondo

Conjunto de treinta cinco piezas de oro cuyo peso total es de 147,0831 gramos. Se compone de una diadema, tres brazaletes, tres espirales, trece anillos, diez colgantes cónicos, dos cintillas, una cuenta de collar, un fragmento martillado ornado con púas y un trozo de lingote.

Bronce Tardío. Último tercio del II milenio a.n.e.

- Soler J.M.: 1965, 1969, 1987, 1989, 1993.





SIERRA

Hueso
Cabezo Redondo

Sierra fabricada sobre escápula. Conserva ocho dientes triangulares y está fracturada en el extremo distal. Superficie pulida.

Longitud: 133 mm

Anchura máxima en la zona de enmangamiento: 33 mm

Anchura máxima en la parte dentada: 20 mm

Bronce Tardío. Último cuarto del II milenio a.n.e.

C°R°/50

- López, J.A.: 2001-2002



FUSAYOLA

Asta
Cabezo Redondo

Fusayola ovalada realizada con roseta perlada de asta de ciervo. Sección plano-convexa, aserrada en la cara plana. Perforación central circular de 9 mm de Diámetro.

Diámetro máximo: 67mm

Diámetro mínimo: 56 mm

Grosor: 15 mm

Bronce Tardío. Último cuarto del II milenio a.n.e.

C°R°/49

- López, J.A.: 2001-2002



PUNZÓN

Hueso
Cabezo Redondo

Punzón acanalado sobre tibia de ovicaprino. Superficie pulida muy brillante.

Longitud: 144 mm

Anchura: 35 mm

Grosor: 30 mm

Bronce Tardío. Último cuarto del II milenio a.n.e.

C°R°/ 51

- Soler, J.M.: 1987

- López, J.A.: 2001-2002



ARRACADA

Oro

La Condomina

Pendiente circular. Decoración formada por filigranas lisas y torcidas de hilillos y esferillas soldadas. En el centro presenta decoración calada de hilos en forma de espirales. En la parte superior hay una muesca semicircular rematada por tres anillitas de suspensión.

Diámetro: 37 mm

Grosor: 2 mm

Cultura Ibérica. Siglo VI a.n.e.

CON/1

- Soler, J.M.: 1991.

- Perea, A.: 1991.



LEONA

Piedra caliza

El Zaricejo

Cabeza fragmentada de leona, labrada en piedra caliza, recubierta de una pátina rosada. Esquematismo y rigidez facial, la nariz se reduce a una línea en relieve, recta, que se bifurca en ángulo recto para formar las cejas. Los ojos son de forma almendrada con unos finos párpados en relieve. Las fauces abiertas muestran en el lado izquierdo cinco molares superiores, de forma cuadrangular. Cráneo oval con tres estrías paralelas y orejas aplastadas.

Largo: 340 mm

Altura: 345 mm

Grosor: 250 mm

Época Ibérica. Siglo IV a.n.e.

ZAR/ I

- Soler, J.M.: 1976, 1993

- Chapa, T.: 1984

DAMA DE CAUDETE

Piedra caliza

Casita del tío Alberto

Escultura de piedra caliza, fragmentada en dos partes a la altura de la cabeza. Imagen femenina, con manto que enmarca la cabeza y desciende por los hombros hasta unirse debajo del escote. Manos ocultas bajo el manto. Tres collares. Tocado de peineta corta cubierta con mantilla que deja al descubierto unos rizos del pelo. Pendientes circulares. Por la parte posterior se observa un resalte, vaciado, a la altura del cuello.

Altura: 680 mm

Anchura: 320 mm

Grosor: 202 mm

Época Ibérica. Siglo IV a.n.e.

CTA/I

- Soler, J.M.: 1961; 1976; 1981; 1989

- Ruano, E.: 1987





CRÁTERA

Cerámica
Puntal de Salinas

Vasija de cerámica hecha a torno que imita una crátera de columnas ática. Pasta rosada de textura porosa recubierta por un engobe beige.

Altura: 341 mm
Anchura máxima: 268 mm
Diámetro borde: 201 mm
Época Ibérica. Siglo IV a.n.e.

PSA/40

- Soler, J.M.: 1981, 1989, 1992; 1993
- Hernández, L., Sala, F.: 1996.



URNA FUNERARIA

Cerámica
Puntal de Salinas. Tumba 33

Vasija de cerámica hecha a torno. Cuerpo globular y tapadera dotada de apéndices perforados, de sección rectangular, equivalentes a los del borde de la urna, y colocados sobre las asas de sección trigeminada. Superficie de color ocre, erosionada. En su estado actual no se observan restos de pintura, pero, durante los trabajos de excavación en la necrópolis, J.M.Soler dibujó un boceto de la urna decorada con pintura de bandas y filetes horizontales.

Altura máxima: 313 mm
Diámetro borde: 205 mm
Diámetro máximo: 288 mm
Época Ibérica. Siglo IV a.n.e.

PSA/30

- Soler, J.M.: 1981, 1992; 1993
- Hernández, L., Sala, F.: 1998



URNA

Cerámica

Puntal de Salinas. Tumba 33

Urna de cerámica hecha a torno. Tiene cuerpo bitroncocónico, borde exvasado y base anillada cóncava. La superficie presenta restos de engobe blanco y decoración pintada de bandas y filetes horizontales de color rojo vinoso. Pasta fina anaranjada.

Altura: 202 mm

Diámetro máximo: 190 mm

Diámetro borde: 142 mm

Época Ibérica. Siglo IV a.C.

PSA/31

- Soler, J.M.: 1981, 1989; 1992

- Hernández, L.; Sala, F.: 1998



CUCHILLO

Hierro

Puntal de Salinas. Tumba 33

Hoja de cuchillo afalcado. Conserva un pequeño clavo en la parte del empuñadura.

Longitud: 166 mm

Anchura: 44 mm

Grosor: 13 mm

Época ibérica. Siglo IV a.n.e.

PSA/34

- Soler, J.M.: 1981, 1989; 1992

- Hernández, L.; Sala, F.: 1998



PUNTA DE LANZA

Hierro

Puntal de Salinas. Tumba 29-30

Punta de lanza de hierro, restaurada. Está decorada en el cubo y el nervio de la hoja con damasquinado de plata y cobre. Los motivos del cubo de empuñadura consisten en bandas de roleos enlazados, situados entre líneas horizontales. En el nervio de la hoja, también se observan roleos en la base y sobre ellos dos líneas onduladas paralelas, dispuestas longitudinalmente.

Longitud máxima: 306 mm

Anchura máxima de la hoja: 28,5 mm

Cultura Ibérica. Siglo IV a.n.e.

PSA/13

- Soler, J.M.: 1981, 1989, 1992, 1993

- Hernández, L.; Sala, F.: 1998



MANILLA DE ESCUDO

Hierro

Puntal de Salinas. Tumba 29-30

Manilla de escudo, restaurada. Empuñadura hueca. Dos aletas cortas, de extremos redondeados, y muescas laterales en forma de media luna. Conserva seis clavos, tres por aleta, de cabeza hemiesférica, clavados desde fuera, y dos anillas móviles, una en cada aleta.

Longitud máxima: 230 mm

Longitud aleta: 65 mm

Anchura aleta: 55 mm

Longitud empuñadura: 104 mm

Cultura Ibérica. Siglo IV a.n.e.

PSA/14

- Soler, J.M.: 1981; 1989; 1992; 1993

- Hernández, L.; Sala, F.: 1998



PLATO

Cerámica

Salvatierra

Fragmento de plato de cerámica hecha a torno. Tiene decoración pintada, de estilo Elche-Archena, con bandas en la cara exterior y, cabeza de pez, motivos florales y bandas en el interior. Superficies alisadas anaranjadas. Pasta tipo "sandwich".

Longitud: 62 mm

Anchura: 56 mm

Grosor: 5 mm

Época Ibérica. Siglo II a.n.e.

SAL/1

- Soler, J.M.: 1976; 1989

- Grau, I., Moratalla, J.: 1998



MORTERO

Cerámica

Salvatierra

Cuenco restaurado, poco profundo, con piedrecillas en el fondo de la cara interna. Borde de visera con pico vertedor, y base anillada. Superficies alisadas de color anaranjado. Pasta con abundante desgrasante de tamaño mediano y pequeño, compuesto por partículas de color gris y mica.

Altura: 76 mm

Diámetro máximo: 295 mm

Época romana. Siglos II-I a.n.e.

SAL/2

- Soler, J.M.: 1967; 1982

- Grau, I.; Moratalla, J.: 1998

**PROYECTIL**

Plomo
Salvatierra

Proyectil de plomo en forma de bellota, hallado en el poblado ibérico de Salvatierra. Según J.M.Soler constituye un "claro indicio del carácter militar" que tuvo la presencia romana en dicha sierra.

Longitud: 33 mm

Grosor: 16 mm

Época romana. Siglos II-I a.n.e.

SAL/10

- Soler, J.M.: 1967; 1989

**COLUMNA**

Piedra caliza
Candela

Columna incompleta. Basa cuadrangular y fuste liso que conserva dos tambores. Entre la basa y el fuste presenta dos molduras de cuarto de bocel invertido y escocia.

Altura máxima: 570 mm

Lados de la basa: 470 x 470 mm

Diámetro del tambor: 310 mm

CAN/40

- Soler, J.M.: 1967; 1982; 1989, 1993

**MONEDA**

Bronce
Poblado de Absorción

Sextercio de Maximino de la ceca de Roma. Pertenece a un tesoro de cuatro bronce ocultos.

A.- MAXIMINUS PIUS AUG GERM.

R.- [f]DES MIL[itum], S - C.

Fides de pie a izquierda sosteniendo estandarte militar en cada mano.

Época Romana. 236-238 dC.

ABS/1

- Soler, J.M.: 1976

- Alberola, A., Abascal, A.: 1998



ATAIFOR

Cerámica
Castillo de Salvatierra

Fragmento de base de cerámica vidriada al interior en verde y manganeso, sobre fondo blanco, del tipo Medina Elvira. La cara interna está decorada con una flor de loto. Superficie exterior alisada de color beige. Pasta bizcochada anaranjada.

Altura: 30 mm

Anchura: 91 mm

Época Medieval Islámica. Siglo X.

SAL/12

- Soler, J.M.: 1993.



OLLA

Cerámica
Castillo de Salvatierra

Olla de cerámica hecha a torno, restaurada. Presenta cuerpo globular, cuello corto con acanaladuras, borde plano y asas de sección aplanada. Pasta de color marrón claro, con abundante desgrasante de cuarzo, calcita y puntos de color gris oscuro. Superficie exterior de color marrón claro y gris.

Altura: 181 mm

Anchura máxima: 205 mm

Diámetro borde: 126 mm

Época Medieval Islámica. Siglo XI.

SAL/1

- Soler, J.M.: 1993

JARRITA

Cerámica
Castillo de La Atalaya

Jarrita de cerámica hecha a torno, restaurada. Cuerpo globular, cuello troncocónico invertido, carena exterior en el borde y asas con apéndices agudos. Presenta decoración pintada de manganeso y técnica esgrafiada a base de bandas horizontales que enmarcan, en la parte central del cuerpo y del cuello, trazos de estilo epigráfico pintados.

Altura: 252 mm

Diámetro borde: 102 mm

Diámetro máximo: 180 mm

Época Medieval Islámica. Siglos XII-XIII.

ATA/2

- Soler, J.M.: 1993.







126 / 127

ATAIFOR

Cerámica

Castillo de La Atalaya

Ataifor de cerámica hecho a torno, restaurado. Paredes curvas y repie anular. Superficies vidriadas, decoradas en el interior con tres trazos ovales y tres pequeños círculos de color verde sobre fondo de tonalidad amarilla. Presenta anillos al exterior, a la altura del engarce del pie con la pared de la pieza y cerca del borde.

Altura: 76 mm

Diámetro: 220 mm

Época Medieval Islámica. Siglos XII-XIII.

ATA/ 3

- Soler, J.M.: 1989; 1993

PIPA

Cerámica

Castillo de La Atalaya

Pipa de fumar de pasta marrón clara. Presenta restos de tizne en el interior de la cazoleta y decoración impresa de círculos en el exterior.

Altura: 37 mm

Diámetro de la cazoleta: 14 mm

Época Medieval Islámica. Siglos XII-XIII.

ATA / I

- *Inédita***ARCADUZ**

Cerámica

La Corredera

Arcaduz de noria hecho a torno. Pasta de color castaño blanquecino con desgrasante de cal y mica. Cuerpo cilíndrico con estrangulamiento en el tercio inferior. Borde ligeramente exvasado, de sección triangular, y base plana ligeramente convexa.

Altura: 255 mm

Diámetro borde: 110 mm

Época Medieval Islámica. Siglo XIII.

COR/I

- Soler, J.M.: 1955; 1993.



ESCUBILLA

Cerámica

Puerta de Almansa

Escudilla de orejetas de cerámica hecha a torno. Borde de paredes ligeramente exvasadas y labio redondeado. Cuerpo semiesférico, base cóncava con cruz incisa al exterior y dos asas tetralobuladas. Está decorada al interior y exterior con motivos florales, realizados con la técnica de reflejo metálico sobre fondo vidriado blanco. Pasta bizcochada clara.

Altura: 53 mm

Anchura máxima: 180 mm

Diámetro borde: 127 mm

Época Moderna. Siglo XVI.

PAL/I

- Soler, J.M.: 1956; 1977



PLATO

Cerámica

La Tercia, 13-15

Plato de cerámica hecho a torno, restaurado. Presenta borde de ala ligeramente levantada, cuerpo cóncavo y base plana. Pasta de textura compacta y color anaranjado. Superficies vidriadas en blanco.

Altura: 39 mm

Diámetro: 187 mm

Época Moderna. Siglo XVII.

TER/ I

- Pérez, M.L.; Hernández.L.: 1996

BIBLIOGRAFÍA

ABAD CASAL, L.: "Las culturas ibéricas del área suroriental de la Península Ibérica", *Paleoetnología de la Península Ibérica, Complutum*, 2-3, Madrid, 151-166. 1992.

ABAD CASAL, L. y SALA SELLÉS, F.: *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*, T.V. del S.I.P., 90, Valencia. 1993.

Las necrópolis ibéricas del área del levante. *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*. Universidad Autónoma Serie Varia I. Madrid. 145-167.

ABAD, L.; SALA, F. y ALBEROLA, E.: "La necrópolis y el área sacra ibéricos de Las Agualejas (Monforte del Cid, Alicante)", *Lucentum*, XIV-XVI, Alicante, 7-18. 1995-97

130 / 131

ABAD, L.; SALA, F. (eds.); GRAU, I; MORATALLA, J.; PASTOR, A. y TENDERO, M.: *Poblamiento ibérico en el Bajo Segura: El Oral (II) y La Esquera*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 12, Real Academia de la Historia, Madrid. 2001

ALBEROLA, A.; ABASCAL, A.: "Moneda antigua y vida económica en las comarcas del Vinalopó". *Estudis Numismàtics Valencians*, nº9. Valencia, Ed. Generalitat Valenciana, 1998.

ARANEGUI GASCÓ, C.: "Cerámica gris de los poblados ibéricos valencianos", *Miscelánea Pericot, P.L.A.V.*, 6, Valencia, 113-131. 1969

"La cerámica gris monocroma. Puntualizaciones sobre su estudio", *P.L.A.V.*, 11, Valencia. 1975.

"Las jarritas bicónicas grises de tipo ampuritano", *Ceràmiques gregues i hel·lenístiques a la Península Ibèrica*, Barcelona, 101-113. 1985.

ARANEGUI, C.; JODIN, A.; LLOBREGAT, E.; ROUILLARD, P. y UROZ, J.: *La nécropole ibérique de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante)*, Casa de Velázquez- Inst. "Juan Gil-Albert", Madrid. 1993.

ARASA GIL, F.; ROSELLÓ VERGER, V.: *Les vies romanes del territori valencià*. Publicacions de Divulgació General. Col·lecció *Els valencians i el territori*, 7. Generalitat Valenciana. Conselleria d'obres públiques, urbanisme i transports. Valencia. 1995.

ARCHENT AVELLÁN, G.: "Para la historia de Villena". Extraordinario de *El Olivo*. Septiembre de 1934.

"Cosas de ataño". *Programa Oficial de fiestas de moros y cristianos*. Villena. 1942.

"Villena prehistórica". *Programa Oficial de fiestas de moros y cristianos*. Villena. 1943.

ARMBRUSTER, B. y PEREA, A.: "Tecnología de herramientas rotativas durante el Bronce Final atlántico. El depósito de Villena". *Trabajos de Prehistoria*, 51,2, Madrid. 69-87. 1994.

ASQUERINO, M. D.: "La Cova de la Sarsa. Sector II: Gatera". *Recerques del Museu d'Alcoi*, 7: 47-88. Alcoi. 1998.

AVELLÁN MARTÍNEZ, S.: "Noticias históricas de Villena". Extraordinario de *El Jueves*. Septiembre de 1899.

AZUAR, R., ROUILLARD, P., GAILLEDAT, E., MORET, P., SALA, F. y BADIE, A.: "El asentamiento orientalizante e ibérico antiguo de "La Rábita", Guardamar del Segura (Alicante), Avance de las excavaciones 1996-1998" *Trabajos de Prehistoria*, 55 (2): 111-126. Madrid. 1998.

AUBET, M.E.: *Tiro y las colonias fenicias de occidente*. Barcelona. 1994.

BARBADO SALMERÓN, R.; FENOR MIÑARRO, D.; HERNÁNDEZ ALCARAZ, L.: *La Edad del Bronce en Villena: del Cabezo Redondo al Museo Arqueológico*. Publicaciones didácticas del Museo Arqueológico José María Soler, I. Ayuntamiento de Villena, Villena. 2003.

BATE PETERSEN, L. F.: *El proceso de investigación en Arqueología*. Editorial Crítica. 1998.

BERNABEU AUBÁN, J.: *La tradición cultural de las cerámicas impresas en la zona oriental de la Península Ibérica*. Trabajos Varios del S.I.P. 86. Valencia. 1989.

“Origen y consolidación de las sociedades agrícolas. El País Valenciano entre el Neolítico y la Edad del Bronce”. *Actas de las Jornadas de Alfàs del Pi*, del 27 al 29 de gener de 1994. Valencia. 37-60. 1995.

BERNABEU AUBÁN, J.; AURA TORTOSA, J. E. Y BADAL GARCÍA, E.: *Al Oeste del Edén. Las primeras sociedades agrícolas en la Europa Mediterránea*. Editorial Síntesis. 1993.

BERNABEU AUBÁN, J. CALVO, M., BADAL, E., BUXÓ, R., FUMANAL, P., GUITART, I., MARTÍNEZ, R., OROZCO, T., PASCUAL BENITO, J. LL., y PASCUAL BENEYTO, J.: *El III milenio a.C. en el País Valenciano. Poblados de Jovades (Cocentaina) y Arenal de la Costa (Ontinyent)*. Ontinyent. 1993.

BONET ROSADO, H.; MATA PARREÑO, C.: “La cultura ibérica en el País Valenciano: estado de la investigación en la década 1983-1993”. *Actas de las Jornadas de Alfàs del Pi*, del 27 al 29 de gener de 1994. Valencia. 159-183. 1995.

BOX AMORÓS, M.: “La Laguna de Villena”. *Humedales y áreas lacustres de la provincia de Alicante*. Instituto de Estudios Juan Gil-Albert. 89-115. 1987.

CASABÓ BERNAD, J.A.: *Paleolítico Superior Final y Epipaleolítico en la Comunidad Valenciana*. MARQ, Serie Mayor, 3. Diputación de Alicante. 2004.

CERDÁ BORDERA, F.: “El II mil. leni a la Foia de Castalla (Alacant); excavacions arqueològiques a la Foia de la Perera (Castalla)” *Recerques del Museu d’Alcoi*, 3, 95-110. Alcoi, 1994.

CLOQUELL RODRIGO, B.: “Esqueleto humano hallado en el Cabezo Redondo”. *Villena*, 43, Ayuntamiento de Villena. 29-31. 1993.

CORTELL, E.; JUAN, J.; LLOBREGAT, E.; REIG, C.; SALA, F. y SEGURA, J. M.: “La necrópolis ibérica de La Serreta: resumen de la campaña de 1987”, *Homenaje a E. Pla*, T.V. del SIP, 89, Valencia, 83-116. 1992.

CHAPA BRUNET, T.: *La escultura ibérica zoomorfa*, Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes y Archivos, Madrid. 1985

DE MIGUEL IBÁÑEZ, P.: “Aproximación a las manifestaciones funerarias durante la Edad del Bronce en tierras alicantinas”. *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes* (Villena 2002). Villena. 213-225. 2004.

DOMÉNECH FAUS, E.M.: “Un yacimiento lítico de superficie: el Pinar de Tarruella (Villena)”. *Villena*, 43, Ayuntamiento de Villena. 11-12. 1993.

ENRIQUE DE ARAGÓN, MARQUÉS DE VILLENA: *Arte cisoria. Tratado del arte de cortar del cuchillo*. 1423. Guillermo Blázquez Ed., Madrid, 2002.

ESQUEMBRE BEBIA, M.A.: *Asentamiento y territorio: la prehistoria en los municipios de Biar, La Canyada de Biar, Camp de Mirra, Beneixama y Banyeres de Mariola*. Fundación Municipal José M^a Soler, Villena. 1997.

ESQUEMBRE BEBIA, M.A.; ORTEGA PÉREZ, J.R.; CERECED, M.L.; ESQUEMBRE MENOR, J.M.: “Las murallas medievales de Villena”. *Castillos y torres en el Vinalopó*. Centre d’Estudis Locals del Vinalopó, Col.lecció L’Algoleja, 4. Gabriel Segura Herrero, José Luis Simón García, (Coord.) 83-88. 2001.

FERNÁNDEZ LÓPEZ DE PABLO, J.: "El poblamiento durante el Holoceno inicial en Villena (Alicante): algunas consideraciones". *Agua y territorio: I Congreso de Estudios del Vinalopó*, t. I, Petrer-Villena. 103-122. 1997.

Casa de Lara (Villena, Alicante). Un yacimiento del Holoceno superior en el Alto Vinalopó: cultura material y producción lítica. Fundación Municipal "José María Soler". Villena. 1999.

"Casa de Lara (Villena, Alicante): un yacimiento mesolítico y neolítico al aire libre". *II Congr s del Neolític a la Península Ibérica*, Universitat de Valencia, 7-9 abril de 1999. *Saguntum Extra-2*. 271-281. 1999.

El yacimiento prehistórico de la Casa de Lara de Villena (Alicante). Cultura material y producción lítica. Villena, 1999.

FERNÁNDEZ PERIS, J.: "La Coca (Aspe).  rea de aprovisionamiento y talla del Paleolítico medio". *Recerques del Museu d'Alcoi*, 7, 9-46. Alcoi. 1998.

FORTEA PÉREZ, J.: *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico Mediterráneo Español*. Salamanca. 1973.

FORTEA PÉREZ, J.; MARTÍ OLIVER, B.; FUMANAL GARCÍA, M. P.; DUPRÉ OLIVER, M. y PÉREZ RIPOLL, M.: "Epipaleolítico y neolitización en la zona oriental de la Península Ibérica". *Premières communautés paysannes en Méditerranée Occidentale*, 581-592. París. 1987.

GARCÍA GANDÍA, J. R.: "La necrópolis orientalizante de les Casetes", *Revista de Arqueologia*, 249, Madrid, 36-47. 2001.

GARCÍA GUARDIOLA, J.: *Informe Preliminar del seguimiento arqueológico para la instalación de gas en la calle Teniente Hernández Menor y Maestro Caravaca*. Original inédito. 2004.

"Los Pedruscales: yacimiento de la Edad del Bronce junto a la Rambla del Panadero (Villena, Alicante)". *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes (Villena, 2002)*. Ayuntamiento de Villena, Diputación de Alicante, 319-362. 2004.

Nuevas aportaciones para el conocimiento del poblamiento humano en el término municipal de Villena (Alicante): el valle de los Alhorines. Trabajo de Iniciación a la Investigación. Programa de Doctorado de Antigüedad. Universidad de Alicante. 2005.

Nuevas aportaciones para el conocimiento del poblamiento humano en el término municipal de Villena (Alicante): el valle de los Alhorines. Tesis de licenciatura inédita. Universidad de Alicante. 2005.

GARCÍA GUARDIOLA, J.; RIZO ANTÓN, C. E.: "Calle Corredera, 20-22". *Actuaciones arqueológicas en la provincia de Alicante 2002*. [cd rom]. Sección de arqueologia del Ilustre Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias de Alicante. Alicante. 2003.

GARCÍA GUARDIOLA, J.; LUJÁN NAVAS, A.; RIZO ANTÓN, C. E.: "La explotación del yeso en Villena: una aproximación arqueológica". *Villena*, 50. Ayuntamiento de Villena. 39-47. 2000.

GARCÍA MARTÍNEZ, S.: "Riegos y cultivos en Villena", *Cuadernos de Geografía*, 6, Valencia, 279-318. 1969.

GONZÁLEZ PRATS, A.: *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*. Anejo Lucentum I. Universidad de Alicante. 1983.

GONZÁLEZ, A., y RUIZ, E.: "Un poblado fortificado del Bronce Final en el Bajo Vinalopó". *Trabajos Varios del S.I.P. (Homenaje a E. Pla)*, n  89, 17-27. 1992.

GRAU MIRA, I.: *La organización del territorio en el área central de la Contestania Ibérica*, Publicaciones de la Universidad de Alicante, Serie Arqueología. 2002.

"La formación del mundo ibérico en los valles de l'Alcoià y El Comtat (Alicante): un estado de la cuestión". *Lucentum*, XIX-XX, 95-111. Alicante. 2002.

GRAU MIRA, I.; MORATALLA JÁVEGA, J.: *El poblamiento de época ibérica en el Alto Vinalopó*. Fundación "José María Soler". Ayuntamiento de Villena. 1998.

"El poblamiento comarcal". En *Poblamiento ibérico en el Bajo Segura. El Oral (II) y La Escuela*. Biblioteca Archaeologica Hispana, 12. Madrid. 2001.

GUILABERT, A.; JOVER, F.J.; FERNÁNDEZ, J.: "Las primeras comunidades agropecuarias del río Vinalopó". *Actes del II Congrés del Neolític a la Península Ibérica* (Valencia, 1999), 283-290. 1999.

GUITART PERARNAU, I.: "El Neolítico Final en el Alto Vinalopó". *Saguntum. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 22, 67-97 Universidad de Valencia, Valencia. 1989.

GUTIÉRREZ LLORET, S.: "De la civitas a la *madina*: destrucción y formación de la ciudad en el sureste de Al-Andalus". El debate arqueológico. IV CAME, Tomo I. Alicante. 13-35. 1993.

La Cora de Tudmir: de la Antigüedad Tardía al mundo islámico, coed. Casa de Velázquez-Instituto "Juan Gil-Albert", Madrid. 1996.

HERNÁNDEZ ALCARAZ, L.: "Un adorno metálico del Puntal de Salinas". *Villena*, 42, Ayuntamiento de Villena. 34. 1992.

"Interpretación sobre el ajuar funerario de un enterramiento ibérico". *Villena*, 43, Ayuntamiento de Villena. 54-55. 1993.

"El urbanismo ibérico en el Alto Vinalopó: Puntal de Salinas y Salvatierra". *XXIII Congreso Nacional de Arqueología*. Elche. 407-414. 1995.

"La necrópolis ibérica del Peñón del Rey (Villena, Alicante)". *Recerques del Museu d'Alcoi*, 6. 99-107. 1997.

"La restauración del Castillo de la Atalaya". *Villena*, 50. Ayuntamiento de Villena. 94-98. 2000.

"El castillo de la Atalaya : (Villena, Alto Vinalopó)". *Castillos y torres en el Vinalopó*. Centre d'Estudis Locals del Vinalopó, Col·lecció L'Algoleja, 4. Gabriel Segura Herrero, José Luis Simón García, Coord. 77-82. 2001.

"40 años de nuestro tesoro". *Villena*, 53, Ayuntamiento de Villena. 17-23. 2003.

"La ermita de Nuestra Señora de las Nieves o del Castillo". *Villena*, 54, Ayuntamiento de Villena. 119-122. 2004.

"Una panoplia ibérica con armamento decorado de la necrópolis de El Puntal (Salinas, Alicante)". L. Abad, F. Sala i I. Grau (eds.). *La Contestania ibérica, treinta años después*, Universitat d'Alacant. 2005.

"El Castillo de la Atalaya". *Actuaciones arqueológicas en la provincia de Alicante*. [cd rom]. Sección de arqueología del Ilustre Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias de Alicante. Alicante. 2001.

HERNÁNDEZ ALCARAZ, L.; HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S. (Eds.): *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes* (Villena, 20-22 abril de 2002). Ayuntamiento de Villena e Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. 2004.

HERNÁNDEZ ALCARAZ, L.; JOVER MAESTRE, F.J.; LÓPEZ PADILLA, J.A.: *Campesinos y artesanos: el Corredor de Villena hace 4000 años. Presentación de los husos y otros materiales de Terlinques*. Direcció General de Patrimoni Artístic, Valencia. 1998.

HERNÁNDEZ ALCARAZ, L.; NAVARRO POVEDA, C.: “Los grafitos del castillo de la Atalaya, (Villena, Alicante)”. *Villena*, 47. Ayuntamiento de Villena. 1997.

“Graffiti del Castillo de La Atalaya (Villena, Alicante). Representaciones Navales”. *Jornadas sobre castillos valencianos, Onda del 18 al 21 de septiembre de 2003*. (e.p).

HERNÁNDEZ ALCARAZ, L.; ORTEGA PÉREZ, J.R.: “Calle Corredera, 20-22”. *Villena*, 44. Ayuntamiento de Villena. 68-70. 1994.

HERNÁNDEZ ALCARAZ, L. PÉREZ AMORÓS, M. L.: “Aportación al estudio de los asentamientos con escultura ibérica al noroeste de la Contestania”. *Fortificaciones y Castillos de Alicante. Valles del Vinalopó (Petrer 1991)*. Caja de Crédito de Petrel. 187-207. 1994.

“Consideraciones sobre Villena en época medieval”. *Boletín de Arqueología Medieval*, 9. Madrid. 215-222. 1995.

“Recientes intervenciones arqueológicas en el casco urbano de Villena”. *Villena*, 46. Ayuntamiento de Villena. 35-36. 1996.

HERNÁNDEZ ALCARAZ, L.; PÉREZ AMORÓS, L.; ESQUEMBRE BEBIA, M.A.; ORTEGA PÉREZ, J.R.: “La evolución urbana medieval de Villena: nuevos enfoques, nuevas propuestas”. *II Jornadas de Arqueología Medieval “De la Medina a la Villa”, Petrel-Novelda, del 3 al 5 de octubre de 2003*. Alicante. 195-211. 2005.

HERNÁNDEZ ALCARAZ, L.; PÉREZ AMORÓS, M. L.; MENARQUES GIMÉNEZ, J.: “El poblado de Las Peñicas (Villena, Alicante). Excavaciones de José María Soler”. *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes (Villena, 20-22 abril de 2002)*. Ayuntamiento de Villena e Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. 351-362. 2004.

HERNÁNDEZ ALCARAZ, L.; SALA SELLÉS, F.: *El puntal de Salinas: un hábitat ibérico de época Plena en el Alto Vinalopó*. Fundación Municipal “José María Soler”, Villena. 1996.

“Una punta de lanza decorada de la necrópolis de El Puntal (Salinas, Alicante)”. *Gladius XX*. 179-190. 2000.

HERNÁNDEZ PÉREZ, M.: “La Contestania ibérica desde la prehistoria”, en L. Abad, F. Sala y I. Grau (eds.). *La Contestania ibérica, treinta años después*, Universidad de Alicante. 2005.

HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S.: “La Cueva de la Casa Colorá: Un yacimiento eneolítico en el valle Medio del Vinalopó (Alicante)”. *Lucentum*, I, 5-18. Alicante. 1982.

“Del poblamiento inicial a la Edad del Bronce”. *Historia de Alicante. II*. Alicante. 35-115. 1985.

“La Edad del Bronce en el País Valenciano. Panorama y perspectivas”. *Arqueología del País Valenciano. Panorama y perspectivas*. Alicante. 101-119. 1985.

“La Cultura de El Argar en Alicante. Relaciones temporales y espaciales con el mundo del Bronce Valenciano”. *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Cuevas de Almanzora. 341-350. 1986.

“Un enterramiento argárico en Alicante”. *Homenaje a Jerónimo Molina*, 87-94. Academia Alfonso X El Sabio. Murcia. 1990.

“La Horna (Aspe, Alicante): Un yacimiento de la Edad del Bronce en el Medio Vinalopó”. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXI, 83-116. Valencia. 1994a

“Consideraciones sobre los conceptos de encastillamiento y fortificación en la Edad del Bronce en el País Valenciano. A propósito de algunos poblados del Vinalopó”. *Fortificaciones y Castillo de Alicante* (Petrer, 1992), 19-48. Petrer. 1994b.

Espacio y tiempo en la Edad del Bronce del País Valenciano. *Espacio, tiempo y forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología, 10*. Madrid. 1997.

“Agua, río, camino y territorio. A propósito del Vinalopó”. *Agua y Territorio. I Congreso de Estudios del Vinalopó*, 17-34. Petrer-Villena. 1997a

“Desde la periferia de El Argar. La Edad del Bronce en las tierras meridionales valencianas”. *Saguntum*, 30. Valencia. 93-114, 1997b.

“La Edad del Bronce en Alicante”. *Y acumularon tesoros. Mil años de historia en nuestras tierras*. Caja de Ahorros del Mediterráneo. Alicante. 201-217. 2002.

“Acerca de otros tesoros de Villena”. *Villena*, 53, Ayuntamiento de Villena. 2003.

HERNÁNDEZ, M. S.; ALBEROLA, E.: “Ledua (Novelda, Alacant): Un yacimiento de llanura en el Neolítico valenciano”. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVIII, 149-158. Valencia. 1988.

HERNÁNDEZ, M. S. y LÓPEZ, J. A.: “Bronce Final en el Medio Vinalopó. A propósito de dos conjuntos cerámicos del Tabayá (Aspe, Alicante)”. *T.V.S.I.P.*, 89, 1-15. Valencia. 1992.

JOVER MAESTRE, F.J.: *Una nueva lectura del “Bronce Valenciano”*. Universidad de Alicante. 1999.

JOVER MAESTRE, F. J. y DE MIGUEL IBAÑEZ, M^a P.: “Peñón de la Zorra y Puntal de los Carniceros (Villena, Alicante): revisión de dos conjuntos de yacimientos campaniformes en el Corredor del Vinalopó”. *Saguntum*, 34, 59-74. Valencia. 2002.

JOVER MAESTRE, F. J. y LÓPEZ PADILLA, J. A.: “El Argar y el Bronce Valenciano. Reflexiones en torno al mundo funerario”. *Trabajos de Prehistoria*, 52, 1, 71-86. Madrid. 1995.

“El Vinalopó. Gestión del territorio y de los espacios hídricos durante el II milenio ANE”. *Iº Congreso de Estudios del Vinalopó* (Petrer, 1995), 163-189. Petrer-Villena. 1997a

“Una nueva propuesta del alcance espacial septentrional de las prácticas sociales argáricas” *XXIV Congreso Nacional de Arqueología, vol. 2 (Cartagena, 1997)*, 275-286. Consejería de Cultura. Murcia. 1997b.

“Campesinado e Historia. Consideraciones sobre las comunidades agropecuarias de la Edad del Bronce en el Corredor del Vinalopó”. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXIII, 233-257. 1999.

“2200-1200 BC: Aportaciones al proceso histórico en la cuenca del río Vinalopó”. *I Jornadas de la Edad del Bronce en las tierras valencianas y área limitrofes* (Villena, 2002), Villena. 2004.

Barranco Tuerto y el proceso histórico durante el II milenio BC en el Corredor del Vinalopó. Vestigium I. Monografías del Museo Arqueológico de Villena. Ayuntamiento de Villena. 2005.

JOVER MAESTRE, F.J.; LÓPEZ MIRA, J.A.; LÓPEZ PADILLA, J.A.: “Prospecciones arqueológicas en Villena: el Cabezo Redondo y su entorno”. *Villena*, 44. Ayuntamiento de Villena. 57-58. 1994.

El poblamiento durante el II Milenio a.C. en Villena (Alicante). Fundación Municipal “José María Soler”, Villena. 1995.

JOVER MAESTRE, F.J.; J.A. LÓPEZ PADILLA; ESQUEMBRE BEBIA, M.A. ; ORTEGA PÉREZ, J.R.: *Terlinques: vida y paisaje hace 4000 años. Reconstrucción de la vida cotidiana en la edad del bronce.* Arqueogestión. Alicante. 2001.

JOVER MAESTRE, F.J.; J.A. LÓPEZ PADILLA; MACHADO YANES, C.: "Vida y paisaje en el corredor de Villena hace 4.000 años". *Villena*, 49, Ayuntamiento de Villena. 1999.

JOVER MAESTRE, F. J.; LÓPEZ PADILLA, J. A.; MACHADO YANES, C.; HERRÁEZ MARTÍN, M. I.; RIVERA NÚÑEZ, D.; PRECIOSO ARÉVALO, M. L.; LLORACH ASUNCIÓN, R.: "La producción textil durante la Edad del Bronce: un conjunto de husos o bobinas de hilo del yacimiento de Terlinques (Villena, Alicante)". *Trabajos de Prehistoria*, 58, 1, 171-186. Madrid. 2001.

JOVER, F. J. y SEGURA, G.: *El poblamiento antiguo en Petrer. De la Prehistoria a la romanidad tardía.* Col.lecció Vil.la de Petrer., nº 2. Petrer. 1995.

JOVER, F. J.; SOLER, M^a. D.; ESQUEMBRE, M.A.; POVEDA, A.M.: "La Torreta-El Monastil (Elda, Alicante): un nuevo asentamiento calcolítico en la cuenca del río Vinalopó". *Lucentum*, XIX-XX, 27-40. 2002.

JUAN CABANILLES, J.: "La neolitización de la vertiente mediterránea Peninsular: Modelos y problemas". *Aragón/Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria*, 255-268. Zaragoza. 1992.

LABORDE, A.: *Itinerario descriptivo de España*, Valencia, edic. facsímil 1980. 1826.

LÓPEZ MIRA, J.A.: "Tejido, cestería y cordelería". *Y acumularon tesoros. Mil años de historia en nuestras tierras*, 259-265. Valencia, 2001-2002.

LÓPEZ MIRA, J. A. y ORTEGA PÉREZ, J. R.: "La Prehistoria" *Historia de Novelda*, 2, Novelda. 1991.

LÓPEZ PADILLA, J.A.: " El trabajo del hueso, asta y marfil". *Y acumularon tesoros. Mil años de historia en nuestras tierras*, 247-258. Valencia. 2001-2002

LÓPEZ SEGUÍ, E.: *Arqueología de Agost (Alicante)*. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Alicante. 1996.

LULL, V.: "El Argar". *Un modelo de estudio de las formaciones económico sociales prehistóricas.* Ed. Akal. Madrid. 1983.

LULL, V. y RISCH, R.: "El estado Argárico". *Verdolay*, 7, 97-109. Murcia. 1995.

LLOBREGAT CONESA, E.: "La singularidad de la comarca villenense en la prehistoria valenciana". *Villena*, 21, Ayuntamiento de Villena. 1971. *Teodomiro de Oriola. Su vida y su obra.* Alicante. 1973.

Contestania ibérica. Alicante. 1973.

MANUEL, DON JUAN: *Libro de la caza* Edición de Castro y Calvo, J. M. y de Riquer, M. En *Obras completas de Don Juan Manuel*. Barcelona: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid. 1955.

MARÍN CASALS, E.: *Historia de Villena.* Manuscrito en paradero desconocido.

MARTÍ OLIVER, B. y JUAN CABANILLES, J.: "Epipaleolíticos y neolíticos: población y territorio en el proceso de neolitización de la Península Ibérica". *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología*, t. 10, 215-264. Universidad Autónoma de Madrid. 1997.

MARTÍ OLIVER, B. y HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S.: *El Neolític Valencià: Art rupestre i cultura material.* S. I. P. Diputación Provincial de Valencia. 1988.

MARTÍ, M. A. y MATA, C.: "Cerámicas de tipo fenicio occidental en las comarcas de l'Alcoià y El Comtat (Alacant)". *Saguntum*, 25, 103-117. Valencia. 1992.

MATA PARREÑO, C.: "Aproximación al estudio de las necrópolis ibéricas valencianas", *Homenatge a Miquel Tarradell*, Barcelona, 429-448. 1993.

MATARREDONA COLL, E.: *Estudio geográfico del Alto Vinalopó*. Instituto de Estudios Alicantinos, Serie II, 21, Diputación Provincial, Alicante. 1982.

MEDEROS, A. y RUIZ, L. A.: "Transhumancia, sal y comercio fenicio en las cuencas de los ríos Vinalopó y Bajo Segura (Alicante)". *Lucentum* XIX-XX, 83-94. Alicante. 2002.

MEILLASSOUX, C.: *Mujeres, graneros y capitales*. Siglo XXI Editores, Cuarta edición. México. 1981.

MOLINA BURGUERA, G.: *Fronteras culturales en la prehistoria reciente del sudeste peninsular. La Cueva de los Tiestos (Jumilla, Murcia)*. Jumilla. 2003.

MOLINA HERNÁNDEZ, F.J.: "Análisis de poblamiento en el área oriental de las comarcas de l'Alcoià y El Comtat (Alicante) durante el Neolítico I, a partir de la localización de nuevos yacimientos al aire libre". *Bolskan*, 18, 195-205. Huesca. 2001.

MORATALLA JÁVEGA, J.: *Organización del territorio y modelos de poblamiento en la Contestania Ibérica*, tesis doctoral inédita, Universidad de Alicante. 2004

NAVARRO MEDEROS, J. F.: "Materiales para el estudio de la Edad del Bronce en el Valle Medio del Vinalopó (Alicante)". *Lucentum*, II, 19-70. Alicante. 1982.

NAVARRO POVEDA, C.; HERNÁNDEZ ALCARAZ, L.: "Los graffiti medievales del valle alto y medio del río Vinalopó (Alicante)". *Congreso Nacional de Arqueología*, 28-30 de octubre de 1997. Cartagena. 1999.

OLCINA DOMÉNECH, M.: "La Illeta dels Banyets, el Tossal de Manises y la Serreta". L. Abad, F. Sala i I. Grau (eds.), *La Contestania ibérica, treinta años después*, Universitat d'Alacant. 2005.

PEREA, A.: *Orfebrería prerromana*. Madrid, 1991.

PÉREZ AMORÓS, M. L.: *La Carta arqueológica del término municipal de Caudete (Albacete)*, Memoria de licenciatura inédita. Universidad de Alicante. 1990.

"El Cerrico Moro de Caudete en el Museo Arqueológico de Villena". *Villena*, 43. Ayuntamiento de Villena. 46-48. 1993.

"La Atalaya de la Toconera: (Caudete)". *Villena*, 44. Ayuntamiento de Villena. 59-62. 1994.

"Contribución al estudio de la Edad del Bronce al noroeste del Alto Vinalopó: poblamiento en el término municipal de Caudete (Albacete)" *Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología*, (Elche, 1995), 123- 134. Zaragoza.

"Los restos funerarios ibéricos en el Museo Arqueológico José María Soler de Villena". *Villena*, 53, Ayuntamiento de Villena. 29-34. 2003.

PÉREZ AMORÓS, M.L.; HERNÁNDEZ ALCARAZ, L.: "Evidencias de la cerámica pintada de tradición indígena en los yacimientos romanos de Villena". *II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora, 1996)*. Madrid. 83-88. 1999.

“Excavación de urgencia en la calle Marqués de Villeros”. *Villena*, 49. Ayuntamiento de Villena. 40-42. 1999.

POVEDA NAVARRO, A. M.: *El poblado ibero-romano de “El Monastil”*. Elda. 1988.

“La romanización del Territorio de Villena. (Materiales para su estudio)”, *Ayudas a la Investigación 1986-1987, vol.III*. Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, Diputación Provincial, Alicante. 159-175. 1990.

“La fase del Hierro antiguo y la influencia fenicia en la cuenca interior del Vinalopó (Alicante)”. *Alebus* 4-5, 49-71. Elda. 1994.

“La iberización y la formación del poder en el valle del Vinalopó”, *Actas del Congreso Internacional Los iberos, príncipes de occidente, Saguntum*, extra-I, Valencia, 413-424. 1998.

PUCHE ACIEN, J.; HERNÁNDEZ ALCARAZ, L.: “Acerca de algunos topónimos villenenses”. *Villena*, 52. Ayuntamiento de Villena. 96-98. 2002.

RAMOS FOLQUÉS, A.: *El Eneolítico y la Edad del Bronce en la comarca de Elche*. Serie arqueológica II. Elche. 1989.

RAMOS MOLINA, A.: “Presencia neolítica en La Alcudia de Elche” *XIX Congreso Nacional de Arqueología, vol. I*, 161- 175. Zaragoza. 1989.

RIZO ANTÓN, C.; GARCÍA GUARDIOLA, J.; LUJÁN NAVAS, A.: *Contribución al estudio de las canteras de yeso del término municipal de Villena*. Fundación Municipal “José María Soler”. Villena. 2000.

RUANO, E.: *La Escultura Humana de piedra en el mundo ibérico*. Madrid. 1987.

RUBIERA MATA, M. J.: *Villena en las calzadas romana y árabe*. Ayuntamiento de Villena y Universidad de Alicante, Alicante. 1985.

“Valencia en el Pacto de Tudmir”. *Sharq Al-Andalus*, 2, Alicante. 119-121. 1985.

RUÍZ-GÁLVEZ, M.: “Depósitos del Bronce Final: ¿sagrado o profano?, ¿sagrado y, a la vez, profano?”. *Complutum*, 5. Madrid. 1995.

Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo. Universidad Complutense. Madrid. 1995.

SALA, F.; GRAU, I.; OLCINA, M. y MOLTÓ, J.: “El comerç d’àmfores en època protohistòrica i ibèrica a les terres de la Contestània”, *II Reunió Internacional d’Arqueologia de Calafell La circulació d’àmfores al Mediterrani occidental durant la Protohistòria (segles VIII-III aC): aspectes quantitativus i anàlisi de continguts*, Serie Arqueo-Mediterrània, 8, Barcelona, 229-251. 2004.

SALA SELLÉS, F.: *La cultura ibérica en las comarcas meridionales de la Contestania. Una propuesta de evolución*, Col. Textos Universitarios, Instituto Juan Gil-Albert, Alicante. 1995.

“Consideraciones en torno a la arquitectura y al urbanismo de la Contestania ibérica”. L. Abad, F. Sala i I. Grau (eds.), *La Contestania ibérica, treinta años después*, Universitat d’Alacant. 2005.

SALA SELLÉS, F.; HERNÁNDEZ ALCARAZ, L.: “La necrópolis de El Puntal (Salinas, Alicante): aspectos funerarios ibéricos del siglo IV aC en el corredor del Vinalopó”. *Cuad. Preh. Arq. Cast.* 19. 221-266. 1998.

SALA SELLÉS, F.; HERNÁNDEZ ALCARAZ, L.; IVORRA ERES, M. P.; MORATALLA JÁVEGA, J.; DOMENECH MORANTE, C.: “Funcionalidad y vida cotidiana en el poblado ibérico de El Puntal (Salinas, Alicante)”. *Agua y territorio: I Congreso de Estudios del Vinalopó*, t. I, Petrer-Villena. 189-213. 1997.

SÁNCHEZ JIMÉNEZ, J.: “Escultura ibérica zoomorfa descubierta recientemente en Caudete (Albacete)”, *VI Congreso Nacional de Arqueología (Oviedo, 1959)*, Zaragoza, 163-166. 1961.

SEGURA HERRERO, G. y JOVER MAESTRE, F. J.: *El poblamiento prehistórico en el Valle de Elda*. Col.lecció l'Algoleja, nº 1. Petrer. 1997.

SIMÓN GARCÍA, J. L.: "La Illeta: asentamiento litoral en el Mediterráneo Occidental de la Edad del Bronce" en M. Olcina (ed.) *La Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante)*. *Estudios de la Edad del Bronce y Época Ibérica*. Museo Arqueológico Provincial de Alicante, Serie Mayor, 1, 47-131. Alicante. 1997.

La metalurgia prehistórica valenciana. Trabajos Varios del SIP, 95. Valencia. 1998.

SIN AUTOR. "El Museo Arqueológico Municipal". *Villena*, 7, Ayuntamiento de Villena. 1957.

"Inauguración del Museo Municipal de Arqueología". *Villena*, 8, Ayuntamiento de Villena. Año 1958.

"Creación oficial del "Museo Arqueológico José María Soler". *Villena*, 17, Ayuntamiento de Villena. 1967.

SOLER DÍAZ, J. A.: "Aproximación al estudio de las cuevas de enterramiento múltiple de facies calcolítica en el País Valenciano" *Ayudas a la investigación 1986- 1987, vol III, Arqueología, Arte, Toponimia*, 49-70. Instituto de Cultura Juan Gil- Albert. Alicante. 1990.

Cuevas de inhumación múltiple en la Comunidad Valenciana. Real Academia de la Historia. MARQ Serie Mayor 2, Madrid/ Alicante. 2002.

SOLER DÍAZ, J. y LÓPEZ PADILLA, J.A.: "Nuevos datos sobre el poblamiento entre el neolítico y la edad del Bronce en el sur de Alicante". *Lucentum*, XIX-XX, 7-26. Alicante. 2001.

SOLER GARCÍA, J.M.: "El poblado prehistórico del Cabezo Redondo". *Programa oficial de fiestas*, Comisión de Fiestas del Ayuntamiento de Villena. 1949.

"El enterramiento neolítico de la Cueva de las Lechuzas". *Villena*, 1, Ayuntamiento de Villena. 1951.

"Villena y los Reyes Católicos". *Villena*, 3, Ayuntamiento de Villena. 1953.

"Un enterramiento en urna en el Cabezo Redondo". *Villena*, 3, Ayuntamiento de Villena. 1953.

"Cerámica ornada de la Edad de Bronce: dos interesantes vasijas del Cabezo Redondo". *Villena*, 4, Ayuntamiento de Villena. 1954.

"El Poblado de la Casa de Lara". *Villena*, 5, Ayuntamiento de Villena. 1955.

"Calle de la Corredera". *Noticario Arqueológico Hispánico*, vol. II, Cuadernos 1-3, Noticia 636. Ministerio de Educación Nacional. Madrid. 1955.

El yacimiento musteriense de la Cueva del Cochino (Villena, Alicante). Trabajos Varios del S.I.P., 19. Valencia. 1956.

"En 1525, el Concejo de Villena tasa los carros, los calzados y las prendas de vestir; Un lote de loza dorada en el subsuelo de la Puerta de Almansa". *Villena*, 6, Ayuntamiento de Villena. 1956.

"La Cueva Grande de la Huesa Tacaña. Estación Paleolítica en Villena (Alicante)", Servicio de Investigaciones Arqueológicas de la Diputación de Oviedo". *Libro Homenaje al Conde de la Vega del Sella, Oviedo*, 1956.

"Ordenanzas de tasas promulgadas por el Concejo de Villena en 1525. Un lote de loza dorada en el subsuelo de la Puerta de Almansa". *Villena*, nº6. 1956.

"El poblamiento prehistórico del término villenense". *Villena*, 7, Ayuntamiento de Villena. 1957.

Bibliografía de Villena y su partido judicial. Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos, Col. Bibliografía Alicantina, Alicante. 1958.

"La Casa de Lara, de Villena (Alicante). Poblado de llanura con cerámica cardial". *Saitabi*, XI, 193-203. Valencia. 1961.

"Cabeza escultórica del Museo Arqueológico de Villena", *Archivo Español de Arqueología*, vol. XXXIV, núms. 103 y 104, Madrid, 1961.

"El Tesoro de Villena y el Tesorillo del Cabezo Redondo". *Villena*, 14, Ayuntamiento de Villena. 1964.

El Tesoro de Villena. Excavaciones Arqueológicas en España, 36. Madrid. 1965.

"El Arenal de la Virgen y el Neolítico Cardial de la Comarca Villenense." *Villena*, 15, Ayuntamiento de Villena. 1965.

"El Cabezo Redondo de Villena, suministra la primera fecha del Carbono 14 para la cultura argárica: consecuencias para la cronología de los tesoros villenenses". *Villena*, 16, Ayuntamiento de Villena. 1966.

"La romanización de la comarca villenense". *Villena*, 17, Ayuntamiento de Villena. 1967.

"La Cueva Pequeña de la Huesa Tacaña y el Mesolítico Villenense". *Zephyrus*, XIX-XX, Salamanca, 1968-1969.

El oro y los tesoros de Villena. Trabajos Varios del SIP, 36. Valencia. 1969.

"La Leona ibérica del Zaricejo (Villena) y su contexto arqueológico". *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos*, N.7, II época, Diputación Provincial, Alicante. 1969.

La Relación de Villena de 1575. Instituto de Estudios Alicantinos, Serie I, I, Diputación Provincial de Alicante, Alicante. 1974.

Villena. Prehistoria. Historia. Monumentos, Alicante. 1976.

"Los Tesoros de Villena". *Historia* 16, 73 (may. 1982), Madrid. 1976. 121-128.

"Un lote de loza dorada en el subsuelo de la Puerta de Almansa". *Villena*, n° 27. 1977.

"Necrópolis de La Losilla". *Villena*, 27. Ayuntamiento de Villena. 1977.

"Notas sobre la Villena musulmana". *Villena*, 27, Ayuntamiento de Villena. 1978.

"Breve historia de la Plaza Mayor". *Villena*, 30, Ayuntamiento de Villena. 1980.

El Eneolítico en Villena (Alicante). Universidad de Valencia, Colección Arqueología, 7, Valencia. 1981.

"Nuestra Señora de las Nieves: un antiguo culto olvidado". *Villena*, 32, Ayuntamiento de Villena. 1982.

"Aportación documental a la historia albacetense de los siglos XIV-XV". *I Congreso de Historia de Albacete*, Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete. 1983.

"Los microlitos geométricos. Ensayo de clasificación tipológica". *Helike*, I, UNED. Elche. 1983.

- “Excavaciones en el Museo Arqueológico”. *Villena*, 34. Ayuntamiento de Villena. 1984.
- “Notas sobre arqueología urbana villenense”. *Villena*, 36, Ayuntamiento de Villena. 1986.
- “ La cueva del Molinico”. *El Eneolítico en el País Valenciano*, 110-118 .Alcoi. 1986
- “Villena, casco urbano”. *Arqueología en Alicante 1976-1986*. Instituto de Estudios Juan Gil-Albert. Diputación Provincial de Alicante. Alicante. 1986
- “La Edad del Bronce en la comarca de Villena”. *Homenaje a Luis Siret: (1934-1984)*. Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 381-404. 1986.
- Excavaciones arqueológicas en el Cabezo Redondo. Villena, Alicante*. Ayuntamiento de Villena, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, Alicante. 1987.
- “De arqueología urbana. El hallazgo numismático de Santa María”. *Villena*, 37, Ayuntamiento de Villena. 1987.
- “Las murallas de la ciudad”. *Villena*, 38. Ayuntamiento de Villena. 1988.
- Guía de los yacimientos y del museo de Villena*. Consellería de Cultura, Educación y Ciencia, Difusión Patrimonio, 2, Valencia. 1989.
- Historia de Villena*. Coleccionable mensual en *Villena*. Mayo 1981 – Abril 1990. Ayuntamiento de Villena. 1981-1990.
- “La arracada de la Condomina”. *Villena*, 40, Ayuntamiento de Villena. 1990.
- La cueva del Lagrimal: Villena (Alicante) - Yecla (Murcia)*. Caja de Ahorros Provincial, Alicante. 1991.
- “La arracada de la Condomina”. *Homenaje a Guillermo Schüle*, Alemania. 1991.
- “El Puntal de Salinas”. S.I.P. Serie de *Trabajos Varios*, nº88. Valencia, 1992.
- SOLER GARCÍA, J.M.; DOMÉNECH BELDA, C; ABASCAL PALAZÓN, J.M.:** *La colección numismática José Mª Soler*. Universidad de Alicante, Secretariado de Publicaciones, Alicante. 1993.
- SOLER GARCÍA, J.M.; FERNÁNDEZ MOSCOSO, E.:** “Terlinques. Poblado de la Edad del Bronce en Villena”. *PLAV-Saguntum* 10. Universidad de Valencia. Valencia. 27-62. 1970.
- SORIA, L. y DíES, E.:** “Análisis de un espacio de frontera: el noreste de la Contestania en el s. IV. Primeras aproximaciones”, Congreso internacional *Los iberos, príncipes de occidente, Saguntum*, Extra 1, Valencia, 425-435. 1998.
- TARRADELL, M.:** “Sobre el Tesoro Real de Villena”. *Villena*, 16, Ayuntamiento de Villena. 1966.
- TENDERO FERNÁNDEZ, F.E.:** “Castillo de Salvatierra (Villena, Alto Vinalopó)”. *Castillos y torres en el Vinalopó*. Centre d'Estudis Locals del Vinalopó, Col.lecció L'Algoleja, 4. Gabriel Segura Herrero, José Luis Simón García, (Coord.). 71-77. 2001.

- TENDERO FERNÁNDEZ, F.E.; HERNÁNDEZ ALCARAZ, L.:** “Nuevos datos sobre la evolución urbana de Villena aparecidos en la intervención arqueológica del eje Santiago-Santa María”. *Villena*, 45. Ayuntamiento de Villena. 108-118. 2004.
- TENDERO FERNÁNDEZ, F.E.; FERNÁNDEZ LÓPEZ DE PABLO, J.; GUILBERT MAS, A.P.:** “La arqueología a través de las páginas de la revista Villena”. *Villena*, 47, Ayuntamiento de Villena. 64-65. 1997.
- TORRE GARCÍA, A. DE LA; ALÍAS PÉREZ, L.J.:** *Suelos y vegetación en el Alto Vinalopó*. Universidad de Alicante. Alicante. 1996.
- TORREGROSA GIMÉNEZ, P.:** “Pintura rupestre esquemática y territorio: Análisis de su distribución espacial en el levante peninsular”. *Lucentum*, XIX-XX, 39-63. 2002.
- TORREGROSA GIMÉNEZ, P. y LÓPEZ SEGUÍ, E.:** *La Cova de Sant Martí (Agost, Alicante)*. Alicante. 2004.
- TORRÓ ABAD, J.:** *Poblament i espai rural. Transformacions històriques*. Edicions Alfons el Magnànim. 1990.
- TRELIS MARTÍ, J.:** “Aportaciones al conocimiento de la metalurgia del Bronce Final en el Sureste peninsular: El conjunto de moldes de El Bosch (Crevillente- Alicante)”. *Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología* (Elche, 1995), 185-190. 1996.
- VILAR, J.B.:** “Los últimos musulmanes de la ciudad de Villena, a través de tres procesos de la Inquisición de Murcia (1611-1612)”. *Sharq Al-Ándalus: estudios árabes*, 10-11, Universidad de Alicante. 721-729. 1985.
- VILLAYERDE BONILLA, V.:** *La Cova Negra de Xàtiva y el Musteriense de la región central del Mediterráneo español*. SIP, Serie de Trabajos Varios, 79. Valencia. 1984.
- Paleolítico i epipaleolítico: les societats caçadores de la prehistòria valenciana*, Servicio de Investigación Prehistórica, Valencia. 1984.
- VV.AA.:** *Arqueología en Alicante: 1976-1986*. Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, Diputación Provincial, Alicante. 1986.
- Congreso de Historia del Señorío de Villena*. Albacete, del 23 al 26 de octubre de 1986, Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete. 1987.
- Fortificaciones y castillos de Alicante*. I Jornadas sobre Fortificaciones y Castillos, octubre de 1990. Caja de Ahorros Provincial, Alicante. 1990.
- Fortificaciones y castillos de Alicante: Valles del Vinalopó*. II Jornadas sobre Fortificaciones y Castillos, Petrer, 21 de noviembre de 1991. Petrer. 1994.
- Prehistoria en Alicante*. Diputación Provincial. Alicante. 1993.
- I Congreso de Estudios del Vinalopó. Agua y territorio*. T. I y II, Petrer-Villena. 1997.
- La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*. Ayuntamiento de Villena. Instituto de Estudios “Juan Gil-Albert”, Alicante. 2004.



M. I. AYUNTAMIENTO DE VILLENA



DIPUTACIÓN
DE ALICANTE

MARQ

Pl. Doctor Gómez Ulla s/n · 03013 Alicante
Tel: 965 149 000 · www.marqalicante.com